

# LA AURORA

## REVISTA MENSUAL DE LITERATURA.

BAJO LA DIRECCION DE DON JOSÉ ANTONIO TAVOLARA.

### LA INSURRECCION POLACA

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT.

I.

La nacion de luto es hoy una nacion presa de las llamas é inundada de sangre. La sangre que allí corre es nuestra, porque es la de nuestros hermanos, la de un pueblo unido á nosotros por lazos estrechos y sagrados. Corriendo á torrentes, cimenta de nuevo, ante Dios y ante la historia, la indisoluble union de lo que mas estima Francia, de lo que mejor personifica Polonia: la fé, la libertad, el patriotismo.

Polonia se ha sublevado. Las *legiones de la desesperacion* como se apellidan, han aparecido, y no desaparecerán, si deben ser vencidas, sino despues de unos funerales que dejarán sobre la conciencia de Europa el peso de un insoportable remordimiento.

¿Qué es lo que pasa allí hoy? ¿Qué pasará mañana? No se puede aun esponerlo ni afirmarlo con certeza; pero lo que se entrevé y oye desde lejos, basta y sobra.

Los hechos hablan con una elocuencia que la palabra humana es incapaz de igualar. Por incompletas y confusas que sean las noticias; por mas que los periódicos asalariados de Rusia, cuyo número es tan grande en el continente, amplifiquen, hermoseen los boletines rusos, siempre resulta que la insurreccion del 22 de Enero adquiere cada dia mayor importancia y se estiende mas de lo que se supuso en un principio. Los insurrectos se cuentan á millares. No hay en todo el vasto recinto de la antigua Polonia hombre ni muger cuyo corazon no lata por ellos. Toman y conservan ciudades, campamentos, puntos fortificados. Esparecidos en toda la superficie del reino, abrigados por los bosques, pantanos, eriales y lagos, ya aspiran á enseñorearse de las provincias de Lituania. Vencidos donde quiera, segun los boletines oficiales, donde quiera reaparecen y no se desalientan en ninguna parte. Estos *desesperados* obran, no solo como valientes, sino como personas honradas y de buena educación. Envian con mil escusas á la gran duquesa Constantino sus cartas interceptadas, y entretanto los generales rusos, dignos émulos de Pinetti y Fusnel, les contestan con el degüello, el incendio y la esterminacion.

Sin duda, hubiéramos preferido mil veces ver á Polonia perseverar en la vida dolorosa, pero lenta y segura, donde entró hace dos años, y en la cual deseaban todos sus emigrados, todos sus principales ciudadanos mantenerla; donde le sirvió de guia el ilustre conde Andrés Zamoyski, que ha sabido elevar hasta el heroismo la práctica de la moderacion y de la legalidad; donde Europa, distraida y desmoralizada, no podia menos de contemplarla con atencion y simpatias crecientes. Pero ¿cómo á esa distancia osaríamos juzgar las causas que han producido y justificado el movimiento?

¿Quién ha sido hoy, como otras veces, el agresor? ¿Quién ha desterrado del suelo de Polonia al conde Andrés, ese mediador escuchado y respetado por todos, para recompensar su eficaz y generosa intervencion en beneficio de la paz y del orden? Es muy facil alabar la paciencia ó la prudencia cuando se está resguardado del mal; es muy fácil predicar la confianza á aquellos cuya angustia, humillacion y cólera no se comparten; á aquellos que sienten cada dia penetrar en su corazon la emponzoñada cuchilla, de la cual ni el filo ni el veneno conocemos.

Una prudente y decorosa reserva exigia, parécenos, que Mr. Billault vacilase algo antes de declarar, como declaró en el Cuerpo Legislativo, que «la autonomia de Polonia deberá mas á los sentimientos generosos y liberales del emperador de Rusia que á una tentativa insurreccional, cuyos esfuerzos atraerán nuevos desastres sobre ese desdichado pais.»

Librenos Dios de pronunciar, ni aun en el círculo estrecho de nuestra mezquina publicidad, una palabra capaz de incurrir en la responsabilidad de una sola gota de saugre inútilmente vertida. Pero librenos tambien Dios de censurar ó desanimar á los que derraman su saugre como ofrenda á la patria y á la eterna justicia.

Si fuésemos á dar crédito á los despachos oficiales resultaría que el clero ha sido el principal instigador del movimiento, pues así, segun el telégrafo, lo han declarado los insurrectos.

La noticia es poco probable; pero lo que vamos á decir es cierto.

La fé nacional, que es el alma de Polonia, el sentimiento católico, que nada ha podido hasta aquí arrancar de esos generosos pechos, son los móviles de la nueva lucha. Las iglesias se llenan en todas partes de jóvenes y valientes insurrectos, victimas voluntarias que se preparan á marchar á una muerte segura. Van á confesarse, á cumplir los postreros deberes del cristiano que no tardará en comparecer ante Dios. En la plenitud de la vida van á pedir el sacramento de los moribundos; y una vez recibida la Estrema-uncion (1) parten y se internan en los bosques para morir allí combatiendo. Antes de sucumbir arrostran, como los primeros vendeanos, las bayonetas con sus hoces, y se lanzan, armados de simples palos, sobre el cañon ruso. Fabrican artilleria con las campanas. Como los católicos de la guerra de los Treinta Años, tienen por santo y seña los nombres de Jesus y Maria. No insistiré mas en esta glóriosa solidaridad del catolicismo y del patriotismo polaco, por todos reconocida y que no se ha desmentido jamás.

A diferencia de lo que se habia visto en 1831, la simpatia unánime de los católicos del mundo se ha declarado en la lucha actual por los polacos. Apresurémonos, sin embargo, á añadir que esta simpatia se les debería aun cuando la religion no representase allí un papel tan principal. No admito que se necesite de la accion directa de la iglesia para que sus

(1) *Diario de Posen*, citado en *El Temps* de 8 de Febrero de 1863.



fiel se inflaman en nombre de los grandes intereses de moralidad y humanidad. Basta con la justicia, la piedad, la probidad y también con el honor. Cuando los griegos se insurreccionaron, hace cuarenta años, Chateaubriand no atendió á si eran ó no ortodoxos para arrojar en la balanza la espada de su palabra y el prestigio de su genio; y cabalmente por eso mismo prestó á la religión que amaba y que defendió tan heroicamente un señalado servicio. Si no fuera así, si los católicos no se moviesen, como todos los egoístas de la tierra, sino estimulados de su interés; si no se indignarían mas que de sus personales injurias, habría que avergonzarse de la pequeñez de sus corazones y lamentar esta nueva depravación del sentido moral, alterado ya tan profundamente entre nosotros.

He nombrado á Grecia, y al nombrarla he aludido á la Grecia de nuestra juventud, y no á la actual, que, no obstante su reciente revolución, es aun digna de solicitud y depositaria de inmensos intereses en Oriente. Pero, digámoslo en honor de Polonia, su insurrección no es un movimiento atropellado, como el de Atenas seis meses hace, ó el de París en 1848, en los cuales los vencedores mismos se han mostrado mas temerosos que satisfechos de su fácil victoria. Tampoco es una conspiración tramada en secreto y que especula con los beneficios del sangriento juego de las batallas, como la que produjo la guerra de Lombardia y la revolución italiana. Es una explosión súbita y espontánea; legítima y privada; si, provocada por uno de los atentados mas exorbitantes de que ha sido testigo nuestro siglo, fértil en espectáculos de este género. La quinta ha sido la mecha que ha hecho reventar la mina; quinta impuesta, no con las formas equitativas y regulares que se acostumbra entre nosotros, sino con la salvaje perfidia que caracteriza el tráfico negro en la costa de Guinea; quinta que, según las secretas instrucciones del Ministro del Interior y la confesión pública del *Diario de San Petersburgo*, ha tenido por objeto desembarazar al gobierno de súbditos peligrosos, aplicando penas monstruosas á los inocentes instrumentos de una resistencia moral, cuyos efectos no podían ser habidos; quinta que transforma á los reclusos en presidiarios, que se propone, no armar un pueblo, sino diezmarle, cuyas circunstancias son las que acompañan á los asesinatos nocturnos y cuyo resultado es la deportación por toda la vida de 25 mil jóvenes, que la policía rusa tenía marcados de antemano!

Y apesar de lo monstruoso de tal decreto, se nos asegura que habría sido ejecutado sin resistencia, sobrelevándolo con la indignación concentrada, con la terrible resignación propia de los polacos, si los verdugos hubiesen sabido despojarse de un refinamiento de impudencia y escarnio, que no acertamos á explicar.

El día despues de la lúgubre noche en que las victimas, arrancadas de sus lechos, fueron conducidas á los cuarteles en medio del horror universal, de los gritos, de las lágrimas y maldiciones de sus parientes, el diario imperial osó declarar que «el reclutamiento no encontraba la menor oposición y que los quintos parecían solícitos y satisfechos de ir á formarse en la escuela de orden que por el servicio militar les era abierta.»

Esta gota de veneno hizo rebozar el cáliz. Lo que no habría podido provocar ninguno de los atentados cometidos durante los últimos dos años en Varsovia y en otros puntos, fué obra del oscuro escritor que trazó esas mentirosas líneas en el periódico oficial. Su mano venial prendió fuego á la pólvora. Este cínico ultraje al dolor y al pudor públicos, se colocará en la historia junto á los ultrajes contra el femenino pudor que dieron la señal en Roma para la espulsion de los

Tarquinos y de los decemvros y en Palermo para las Vespers Sicilianas.

¡Honor inmortal al pueblo que subleva la injuria moral mas que todos los suplicios materiales; que puede sufrirlo todo menos la hipocresía oficial, menos la mentira promulgada en su nombre! Esclavo, sea; pero esclavo agradecido y satisfecho, no: esclavo que consenta se le felicite por su libertad y dicha, no, mil veces no. Pase que sufra las cadenas, la mordaza, los azotes, la deportación; pero encadenado, azotado, deportado, el polaco quiere á lo menos que el mundo sepa es victima y no cómplice de la servidumbre. La muerte y la ruina, todos los desastres y todos los tormentos antes que la adhesión silenciosa á la mentira coronada é impune!

Si esas son pasiones insurreccionales, según el vocablo de Mr. Billault, las deseo para todas las naciones cristianas que no han resuelto ó que no han merecido caer en las garras de la teocracia.

¡El incendio ha estallado, pues! Desde ahora alumbrará los ángulos oscuros del sangriento calabozo donde yacía Polonia. Pero esta claridad sinistra solo ilumina rostros llenos de ternura y nobleza favorables á la victima. En vano los calumniadores oficiosos de todas las desgracias y de todas las derrotas han fingido descubrir socialistas y comunistas en los campos de los insurrectos: aun no se han visto en él mas que soldados y mártires.

La guerra social no existe. Ningun indicio de la lucha entre las clases superiores é inferiores, entre la plebe y la nobleza, entre los pobres y los ricos, supremo recurso de todos los despotismos, aparece allí. Doscientos cincuenta jóvenes de las primeras familias, con una abnegación igual á la de los trescientos espartanos de las Termópilas, se hicieron matar en Wengrow para salvar á los insurrectos de los campos que habían acudido á su voz. Todas las tramas urdidas hace tiempo para dar ocasion á que se repitiesen en la Polonia rusa los degüellos de Galitzia, han fracasado. Los campesinos se lanzan contra los opresores del país, con el mismo ardor que los obreros de las ciudades y la juventud de los palacios. Los hidalgos y la clase media, que tienen, según el *Diario de San Petersburgo*, una fisonomía aparte, se muestran tan encarnizados como la plebe, que á su vez no se distingue en nada de las grandes familias de los Zamoyiski, de los Czartoryski y de tantas otras cuya ilustración patriótica no alcanza á igualar ninguna aristocracia del mundo.

Hay mas: en adelante, en la lucha secular de polacos y rusos, á que dió origen la perversidad de Catalina II, es de esperar que el despotismo sanguinario y usurpador no podrá ya explotar la guerra de razas ni de clases. Esta arma formidable se hará pedazos, si Dios lo permite, entre las manos de los conquistadores. La Rusia de 1863 no es, á Dios gracias, la Rusia de 1831. Véase diariamente penetrar en ella el elemento liberal, mezclado todavia de mil escorias; pero mil veces preferible á la barbarie brutal y feroz que sirvió cual dócil instrumento de infame omnipotencia á Ivan el Terrible y á Pedro I.

Un emperador, del que se esperaban mejores cosas, ha dicho á Polonia: «Déjaos de sueños; todo lo que hizo mi padre está bien hecho.» ¡Inútiles frases! El, antes que nadie, las ha desmentido, demoliendo en Rusia la obra de su padre, y ofreciendo á su país reformas que Nicolás hubiera proscrito como el mas criminal de los sueños.

Ni él ni su nación podrán tener dos pesos y dos medidas. Hasta en el ejército ruso penetra el soplo de Occidente, y de hoy mas no se prestará siempre á servir de instrumento á insoportable barbarie. Alejandro II triunfará acaso de esta

segunda insurrección, así como Nicolás triunfó de la primera. Pero tendrá que comenzar de nuevo, hasta extinguir toda la raza. Mientras Rusia no renuncie á su conquista, ó mientras que, por una transformación para siempre bendita, no quiera una libertad que le permita ofrecer á Polonia el destino y papel que representa Escocia en el imperio británico, no habrá paz, no habrá seguridad ni para ella ni para Europa.

Treinta y dos años hace que, hablando de Polonia en la Cámara de los Pares, citó la admirable divisa inscripta en las banderas que Nicolás había querido desplegar contra nosotros, y que la insurrección de aquella época volvió contra Rusia: *Libertad para vosotros y para nosotros*. La presenté como el programa de la buena causa en la Europa moderna. Veo con orgullo y satisfacción que los polacos permanecen fieles á él y que lo proclaman hoy como en 1830. Hoy, mas que nunca, su triunfo sería el triunfo de la libertad en todas partes, en Rusia primero, luego en Prusia y en Austria y sobre todo en Francia.

Es muy posible que, apesar de las apariencias, apesar de los mas heroicos esfuerzos, la lucha actual termine como todas las luchas anteriores. La insurrección una vez mas podrá ser ahogada en sangre; pero ¿cuál es el hombre bastante inhumano é insensato para ver en esa hecatombe, añadida á tantas otras, una prenda de reposo ó de seguridad para el porvenir?

Ciego, mil veces ciego el que se forme ilusiones sobre las consecuencias de lo que pasa hoy en Polonia. La insurrección, vencedora ó vencida, es el tremendo sintoma de una situación absolutamente idéntica á la que, desde 1822 á 1828, ocasionó la emancipación de Grecia, y mucho mas grave que la de Italia en 1852 y 1858. Hay, pues, planteado un sangriento problema que exige una pronta solución, y que la tendrá.

## II.

¿Quién dará esta solución?

Rusia, si quiere; y si no, Francia.

Sí, Rusia; apesar de todos los crímenes de su pasado, apesar del abismo que esos crímenes han abierto entre Polonia y ella. El abismo puede salvarse. Que entre resuelta y rápidamente en las vías de la libertad; que se resigne á abandonar una tarea tan inexplicable como inmoral; que devuelva su autonomía á Polonia; que le devuelva la existencia histórica é independiente que Hungría ha obtenido y seguirá obteniendo de Austria, á condicion de unirse ambas coronas en la misma cabeza, y no tardará en ser la segunda gran potencia del continente, bienhechora y emancipadora de toda la raza eslava, objeto de la admiración y del reconocimiento del mundo.

Si hemos de atenernos á mil síntomas consoladores, la juventud rusa comprende y desea ya esa nueva vida. Imposible es que, en nación tan belicosa y que encierra en su seno tantos elementos diferentes y preciosos para el porvenir del mundo, no haya multitud de hombres honrados capaces de comprender esta gran misión histórica. Si, en Rusia hay algo mas que esos escritores asalariados, que inundan ciertos periódicos con sus correspondencias; algo mas que esas hermosas damas que van disfrazadas de diosas mitológicas á bailar en nuestros salones oficiales, mientras que se degüella á los polacos, nuestros hermanos.

¿Quién de nosotros no ha encontrado entre los rusos almas delicadas y generosas, hechas para todas las aspiraciones y todos los gozos de la libertad, corazones capaces del mas heroico entusiasmo, de los mayores sacrificios? ¿Quién de nosotros no ha saludado con júbilo á ese joven empera-

dor, cuando anunció su intención de dar libertad á los innumerables siervos del imperio? ¡Y una sociedad culta, elegante, que se interesa en todos los grandes problemas sociales y religiosos, querrá tomar sobre sí la odiosa misión de exterminar una raza entera, manteniendo así en pie por siempre la barrera sangrienta é impura que separa á su patria de la civilización cristiana!

¡Ah! No lo creemos. Creerlo sería calumniar á nuestros semejantes. ¡Maldigamos, sí, una vez mas al poder absoluto, que se hace á las grandes naciones solidarias de los crímenes y de las locuras de sus soberanos!

Si, como es de temer, Rusia no comprende, ó comprende demasiado tarde su única senda de salvación, entonces hay un gran deber, una estricta obligación para Francia.

Véamos como se dispone á cumplirla:

«El gobierno del emperador es harto sensato, y no alimentará con vanas palabras las pasiones insurreccionales, es harto celoso de su dignidad y de la dignidad de la Francia, para permitir que se repitan durante quince años en un mensaje frases inútiles y protestas baldías. (*Muy bien, muy bien.*)»

Estas son las palabras que pronunció S. E. Mr. Billault en la sesión del 6 de Febrero. Quedarán en la historia, sea para ser confirmadas con grandísimo perjuicio del poder que representa el ministro orador, sea, como lo espero, para ser desmentidas por los acontecimientos.

Puesto que nos vemos reducidos á desear, no la libertad inglesa, sino la libertad austriaca, preguntáremos si Mr. de Schemerlin, interpelado en el Parlamento de Viena por los diputados de Galitzia, no habría respondido de una manera mas política y generosa, sobre todo, mas humana.

Aquellas famosas palabras del general Sebastiani en 1834: «¡El orden reina en Varsovia!» han sido recordadas por todos, y las repitió al ministro su elocuente adversario. En cuanto á mí, puedo decir, por haber vivido y defendido á Polonia en aquella época, que fueron menos dolorosas y menos inexcusables.

En 1831, la monarquía constitucional era objeto de los mas violentos ataques, y se hallaba espuesta á los mayores peligros que han amenazado jamás un poder nuevo. En las calles, el motín diario; mas allá de las fronteras, la hostilidad universal de Europa, apenas repuesta de las luchas de 1813 y 1815. En la tribuna una oposición numerosa, encarnizada, formulando sus programas de guerra en el extranjero y de desorden en lo interior, por boca de tribunos enfáticos é impacientes, cuyos retratos ha perfilado Mr. Guizot, y cuyos caprichos estratégicos, con acompañamiento de burlescos clarines, han hecho sonreirse hasta al reciente biógrafo de Armand Carrel, del mas generoso é indignado de los defensores de Polonia.

Tristemente abandonado por Inglaterra en todo proyecto de acción comun contra Rusia; ocupado en formar la nación libre y la monarquía aliada de Bélgica; concentrando sus esfuerzos en la impropia tarea de hacer digerir á la Europa absolutista este corolario de la revolución de Julio; el poder que dirijía, como ministro íntegro, respetado é intrépido, Mr. Casimiro Périer, retrocedió ante los peligros de lo desconocido, ante la lucha con la Santa Alianza en pie, compacta, victoriosa y acérrima enemiga de la Francia liberal.

Sin embargo, el rey Luis Felipe tendrá la gloria de haber inscripto en la historia una gran palabra, destinada á resplandecer como una gran verdad. La palabra *nacionalidad*, hoy tan vulgarizada y á veces tan profanada, parece haberse inventado para Polonia. Para ella se inscribió primeramente en el derecho público de Europa, al celebrarse el Congreso de Viena; y por la primera vez se oyó en los labios de un rey,



cuando el elegido de 1830 dijo desde lo alto de su trono: *La nacionalidad polaca no perecerá...*

La frase que entonces pronunció ha pasado á ser una ley de la historia. Su culpa, y muy grande, fué no hacer nada para sostenerla y justificarla. Tengo la convicción, tal vez ilusoria, de que si el rey Luis Felipe hubiera sido menos prudente y mas resuelto en la cuestion polaca, aun su posteridad ocuparia el trono. Habiéndole hecho esa inculpacion durante su reinado, me cuesta hoy menos trabajo recordarla, confesando al mismo tiempo que existian circunstancias atenuantes. Niego este derecho á los que no le amonestaron en su prosperidad, ni obraron mejor que él despues de su caída; á los que hoy, libres de sus trabas y escrúpulos, toman de su política la parte menos honrosa.

Los poderes que precedieron y siguieron á la monarquía de Julio nada tienen que echarse en cara. La restauracion, como se ha demostrado tantas veces, apenas investida del derecho de hablar en nombre de la Francia, vencida y humillada por faltas que no eran suyas, levantó la voz en defensa de Polonia ante el arcópagó de los vencedores, reunido en Viena. No nos cansaremos de repetir que el 3 de Enero de 1815 la coalicion europea quedó disuelta por el tratado firmado aquel dia entre Francia, Inglaterra, y Austria, cuyo término podia y debia ser el restablecimiento de Polonia.

Pero Napoleon volvió de la isla de Elba y todo se perdió. Reanudóse el vineno de la coalicion y su espíritu fué contrario á la vez á Francia y á Polonia. Desde 1815, y mientras duró la restauracion, ninguna nueva circunstancia exigió que se interviniese, ni aun bajo el simple concepto moral.

La república no tuvo tiempo ni ocasion para espresar sus simpatías; y sin embargo, á los diez dias de reunida la Asamblea Nacional, se ocupó de la cuestion polaca. El 15 de Mayo de 1848, un representante, cuyo nombre basta para indicar sus opiniones; Nr. Wolowski, estaba en la tribuna, donde otros amigos de Polonia pensaban sucederle, cuando de repente, una multitud de insensatos, impelidos por tiradores, sobrevino y ahogó la discusion, la palabra y la política, cometiendo uno de esos atentados contra la libertad legal propios de la demagogia, que debian sucesivamente desarmar, estraviar y enterrar la república.

No nos hagamos ilusiones. El poder actual no tendrá ni las mismas excusas ni los mismos motivos para imitar la actitud de los poderes anteriores en la cuestion polaca. El imperio está obligado á hacer por la Polonia lo que no han podido ó no han querido hacer los gobiernos que ha reemplazado voy á decir por qué.

Primeramente: ¡qué prodigiosa diferencia en su situacion, en sus recursos, en sus alianzas! Como dice Bossuet: *¡Qué estado! ¡qué estado!* Entonces todo, en el edificio del poder, era frágil, incierto, comprometido, laborioso, erizado de obstáculos, y sin embargo, habria convenido tener resolucion, marchar adelante. Hoy todo es fácil, todo se mueve por sí mismo. Se ha convertido en verdad esta frase de Mr. de Calonne: *«Lo que es posible, está hecho; lo que es imposible, se hará.»*

Inmensidad de recursos, inmensa libertad de disponer de ellos, y por lo tanto, inmensa responsabilidad si no se les emplea, esto es evidente.

El imperio, en 1863, no es un poder nuevo, disputado, sacudido por las tempestades. No es tampoco un poder exclusivamente pacífico y liberal, que ha hecho de la paz en el extranjero la condicion y recompensa de la libertad en el interior.

En el interior ha reducido á todos sus adversarios á la im-

potencia y al silencio; silencio que interrumpe apenas algunas raras y sordas protestas, sin eco en la muchedumbre. El emperador es libre y dueño de hacer cuanto quiere. Mas aun: es el único libre, en Francia, de hacer y de decir lo que se le antoja. De ahí, repetimos, resulta una fuerza sin límites; pero tambien resultan obligaciones morales, tan limitadas y formidables como su poder.

En el exterior, este poder es tan soberano como en Francia. Hacia donde quiera que se dirija la vista, no se percibe vislumbre de peligro; diré mas: no se divisa la menor sombra de resistencia ni de hostilidad declarada.

Si existen resentimientos ocultos, nadie lo sabe, ni importa que los haya; pues por lo mismo que se ocultan, en una época de indispensable é invencible publicidad, son nulos. La Europa contemporánea, quiero decir, la Europa oficial y diplomática, consumida por un marasmo servil y una degeneracion creciente, se mantiene con trabajo de pié, como un gran cuerpo al que se le han estraído los huesos, sin savia ni médula, siempre en visperas de desplomarse. No posee un príncipe, un capitán, un hombre de Estado capaz ó deseoso de medirse con Francia.

No es mi objeto examinar hoy á costa de cuánta libertad general é individual, de cuánta vida intelectual y moral, de cuánto progreso vital y verdadero hemos conseguido esta omnipotencia del gobierno francés. Refiero sin juzgar; afirmo sin admirar.

Tampoco pretendo ¡libreme Dios! que si el gobierno actual abusase de su fuerza, como el primer imperio, para hollar la justicia, el orgullo, la independencia, los intereses y los derechos de los pueblos extranjeros, estos no encontrarán en su desesperacion una vida nueva é inspiraciones patrióticas como las que en 1812 y 1813 libraron á Europa del yugo de Napoleon I. Aléngome á lo que es y á lo que debe ser.

Digo, pues, á los depositarios del poder imperial: A la vista de lo que pasa ó de lo que se prepara en Polonia, no es posible permanecer, como vuestros predecesores, en la reserva, en la inaccion y en una contemplacion mas ó menos simpática. Tendréis, tarde ó temprano, que obrar, y añadiré que os obligará á ello, no tanto lo que sois, como lo que habeis sido y lo que habeis hecho.

Un gobierno que en diez años ha zanjado por medio de la guerra tres grandes cuestiones, la cuestion de Oriente, la cuestion de Italia y la cuestion de Méjico, no puede escudarse con la indiferencia y la impotencia en la cuestion de Polonia.

Esas tres cuestiones, apesar de su mucha gravedad, eran menos graves y estaban menos entrañadas en nuestro país que la cuestion polaca. Sin embargo, han producido tres guerras: la guerra de Crimea, legitima, gloriosa, pero estéril; la guerra de Italia, insuficientemente justificada en su origen, legitima, no obstante, si no hubiera traspasado su objeto, feliz y gloriosa en su ejecucion, fecunda en resultados, de incontestable importancia, aunque de moralidad dudosa; por último, la guerra de Méjico, que no califico, porque no entreveo aun su origen ni su fin verdaderos.

He dicho que la guerra de Crimea ha sido estéril; y esto es cierto respecto de Oriente, cuyos males ha agravado, dejando todas las dificultades en peor situacion que antes, incluso la cuestion de los Santos Lugares, pretexto de aquella lucha. Pero no es cierto respecto de Europa, donde ha producido un resultado inmenso y para siempre venturoso, destruyendo el prestigio de Rusia en Occidente y disipando una pesadilla que abrumaba á tantas capacidades oficiales y aun á tantas imaginaciones populares.

El coloso que en 1830 excitaba tantos temores, y que en

1848 proyectaba desde lejos su amenazadora sombra por cima de nuestras contiendas y peligros; ese coloso, segun se ha visto, tenia piés de barro. En Crimea los rusos mostraron su valor tradicional; pero la táctica, el arranque, la organizacion, los recursos, todo les faltó al mismo tiempo, sin que el peligro y la humillacion de la derrota engendraran nada que se pareciera á movimiento nacional.

Desde entonces, Rusia, abstraída, meditando, ¿ha encontrado en su recogimiento fuerzas nuevas, nuevo prestigio? No, porque ha entrado en el crisol de su reorganizacion social, de la abolicion de la servidumbre. Saldrá de él, lo espero, lo creo, purificada, moralizada y moralmente engrandecida; pero aun está allí y estará todavia por mucho tiempo.

III.

Todo ha cambiado, pues, desde 1831; todo, escepto Polonia, escepto su derecho y su infortunio; su derecho, confirmado por treinta años mas de heroica perseverancia; su infortunio, agravado por treinta años mas de padecimientos inauditos.

Acabo de decir, que Francia puede hoy cuanto quiere; y ahora añado, que debe hacer por Polonia cuanto pueda.

Lo que ha querido y podido en Italia, le muestran lo que debe y puede hacer para Polonia.

En vano consejos egoistas y consideraciones frívolas é interesadas tratarán de prevalecer contra el sentimiento público, contra el instinto nacional.

¡Recuérdese el famoso grito de dolor que sirvió de pretexto y origen á la guerra de Italia! No voy á discutir en este momento su intensidad ni su sinceridad. Límitome á afirmar que bastó para que doscientos mil franceses entrasen en el territorio italiano, y trastornasen en un abrir y cerrar de ojos el derecho escrito de la Europa moderna.

Ahora bien: ¡otro grito de dolor resuena! ¡Nadie, ni aun las personas mas amigas de Italia, podrá negar que es mucho mas antiguo, profundo y legitimo que el primero! ¿Dónde está el príncipe italiano que haya cometido jamás, ni aun conforme á los relatos de los difamadores británicos, algo que se pareciera á los atentados del gobierno moscovita en Polonia?

Y sin embargo, todos han sido destronados, y el mas augusto é irreprochable de todos se ha visto despojado de las tres cuartas partes de su soberania secular, en seguida de la intervencion armada de Francia, y con su asentimiento. (1)

Digo rotundamente que ninguno de los que han descado, preparado y aprobado, ó simplemente aceptado la guerra de Italia, no tienen derecho á retroceder ante la intervencion francesa en favor de Polonia, cualquiera que sean las consecuencias.

Pero se me detiene. Oigo á ciertos amigos, á quienes respeto, negar á los partidarios y admiradores, no de la independencia, sino de la unidad italiana, el derecho de simpatizar con Polonia. Comprendo su escrúpulo, pero no participo de él.

Seguramente, en buena lógica, el que ha contribuido ó aplaudido que los convenios de Villafranca y de Zurich, apenas firmados, fuesen rotos en provecho del Piamonte, no puede invocar en beneficio de Polonia convenios mucho mas antiguos, pero mucho menos respetables. El que se sonrie ante los sacrilegios, los despojos, los destierros, la proscrip-

(1) La Independencia de Italia podia revestir dos formas: la de la Confederacion y la de la unidad.... Cuando el impulso de las poblaciones italianas creó la última, Francia no juzgó que debia oponerse de una manera absoluta, ni le pareció que su interés era suficientemente poderoso para inducirle á hacer predominar en Italia la Confederacion sobre la unidad; porque, lo repetimos, en este caso el interés es solo secundario.

(Discurso de Mr. Billault, en la sesion de 10 de Febrero de 1863.)

cion y las prisiones en masa del clero, que han inaugurado el nuevo régimen en Italia, no tiene derecho para clamar contra las persecuciones religiosas que han sido el pan cotidiano de los católicos de Polonia desde que obedecen á un emperador cismático.

El que aprueba ó disimula los incendios, los fusilamientos, las columnas infernales, las cazas de hombres y el pregon de cabezas humanas que los piamonteses emplean contra los bandidos napolitanos, no debe lamentarse ni admirarse de ver á los rusos emplear las mismas armas contra los bandidos polacos.

Y sin embargo, no nos quejamos de esta contradiccion: «Cabe perdonarlo todo, decia Mirabeau, menos la inconsecuencia.» Error profundo, segun mi dictamen; pues cabalmente por su inconsecuencia, solo por ella merece la mayor parte de los hombres el perdon mientras moran en este mundo.

Hay inconsecuencias que honran á la naturaleza humana, y que conviene estimular y bendecir. No me desagrada en manera alguna ver á los fautores de la unidad italiana, á los que han aplaudido el allanamiento de todas las resistencias, el desprecio de todas las tradiciones, de todas las lecciones y de todos los recuerdos de la historia, reivindicar la resurreccion de uno de los países mas antiguos de Europa, invocar los tratados, el derecho de gentes, el derecho de los débiles, de los vencidos, de los despojados. No tienen derecho para ello, decís: concedido; pero usan del derecho que no tienen, y esta vez hacen bien.

Guárdenos Dios de querer alejar ó desanimar á un solo partidario de la mas justa de las causas. ¡Afortunada causa aquella que, única entre todas, reúne á cuantos católicos y liberales, á cuantos demócratas y conservadores hay dignos de este nombre!

Desearnos que no se encuentre un solo francés que quiera confundirse con esos rusos despreciables, la hez de su nacion, los antipodas de las personas honradas á quienes nos referiamos antes, que en la prensa y en el gran mundo llaman á gritos la revolucion por el extranjero en Roma y en Nápoles, y maldicen, haciéndolo objeto de sus calumnias, la resurreccion de un pueblo oprimido en Varsovia, que celebra los excesos de los italianos y rechinan los dientes al oír referir las hazañas de los polacos.

Tomó, pues, la cuestion italiana por lo que es en el hecho, no en el derecho, y colocó entre los auxiliares de Polonia á todos los partidarios de Italia, no solo de su independencia, que equivaldria á decir todos los franceses, sino de su unidad, ó sea á los amigos de la revolucion.

Gobierno y oposicion, imperialistas y republicanos, á todos se dirigen mis palabras; á todos, despues de consultar sus antecedentes, sus simpatías, sus compromisos, les digo: Sabed que la cuestion italiana decide la cuestion polaca, y que por una invencible consecuencia, *ineluctabile fatum*, escrita ya en el corazon y en la conciencia de todos, la intervencion de Francia en Italia la condena á intervenir en Polonia.

¡Cómo! ¡En el Mediodia de Europa, cinco Estados de los mas antiguos, de los mas independientes de esta parte del mundo; cinco Estados que, hace mil años, no habian obedecido nunca las mismas leyes, no habian sido reunidos nunca en un mismo cuerpo, pudieron ser desbaratados y refundidos en una sola masa para halagar la ambicion de nuestro cliente de ayer, librado apenas por la espada de la Francia; y en el Norte una nacion que, durante esos mil años, ha constituido siempre un solo Estado, un solo reino, un cuerpo independiente; que ha hecho de ese cuerpo, traspasado de mil golpes, el grande y sólido baluarte de la independencia eu-



ropea y de la civilizacion cristiana, se veria condenada á bajar llena de vida al sepulcro! ¡Sus mutilados miembros, que hace ochenta años no quieren morir ni permanecer desunidos, serian definitivamente suprimidos, confiscados, enterados, olvidados!

¡Ah! imposible. Tengo la consoladora certeza de que esta imposibilidad será demostrada un día por el mismo Mr. Billault, con la maravillosa habilidad que todos le reconocen. De seguro le costará menos este cambio de frente, que lo que ha debido costarle á su colega continuar de ministro de Cultos despues de haber declarado, al principio de la guerra de Italia, que se respetarian todos los derechos del Pontífice-rey.

¡Cómo! ¡Vivimos en un reinado que ha visto blanquear en los cementerios de Crimea y del Bósforo los huesos de cien mil franceses, muertos para cimentar con su sangre, joven y generosa, los podridos fundamentos del imperio otomano, y nose haria ni un esfuerzo para arrancar de la desesperacion y de la servidumbre á una nacion cristiana, cuyo heroismo no decae nunca, cuya virtud antigua é invencible y ciega confianza en nosotros se mantienen siempre inalterables!

¡Cómo! ¡La politica que va, segun dice Mr. Billault, «á sembrar los gérmenes de civilizacion» en Méjico, no tendria una sola palabra de simpatia, de piedad, de respeto, para el pueblo que vive y muere en Euro, a, á nuestras puertas, por los mas puros y generosos deberes de la civilizacion moderna!

¡Imposible, imposible! Ante la simple suposicion de una contradiccion tan elocuente, repetirémos con nuestros antiguos borgoñeses: «Ésto no se ha hecho nunca, no puede hacerse, y no se hará.»

A nuestras puertas he dicho, y lo sostengo. Ninguna persona sensata vendrá hoy á alegar las razones, mas ó menos superficiales, que servian hace treinta años para entibiar nuestro ardor. Decíansen entonces: «¿Queréis pasar por cima de la Alemania?» O bien: «¿Irémos en globo al socorro de Polonia?»

Hoy sabemos el modo de ir á Rusia sin tocar en Alemania. Sabemos, y los sabe el mundo, que nuestros buques tienen una marcha mas rápida y segura que cualquier globo, y que no hay en la tierra un punto bastante remoto ó inaccesible para estar libre de su formidable alancee.

Un poder que tan fácilmente envia cuarenta mil hombres á Veracruz y á Méjico, no se halla en el caso de retroceder ante las dificultades que ofrecer puedan el mar Báltico ó el mar Negro.

Pero, se dirá, Francia no tiene ninguna injuria que vengar en Polonia; Rusia no la ha ofendido.

¿Por ventura, Austria la ha ofendido en 1859? ¿Qué injuria fué á vengar á Italia? Nadie la habia provocado. En esto no cabe duda; no hay discusion posible.

Cavour no se llevó sus secretos á la tumba; al contrario: dejólos á amigos que no han tardado en revelarlos. Cavour nos ha dicho que la guerra de 1859, lejos de haber sido provocada por Austria, estaba prevista hacia tres años, prometida y concertada seis meses antes. Estalló en el momento mas á propósito para aprovecharse del lazo en que Austria tuvo la simpleza de caer.

Dejemos, pues, á un lado los escrúpulos. Francia fué á Italia á socorrer á un aliado, á un cliente, cuya gratitud estaba justipreciada de antemano. Ahora bien: Polonia, como aliada y como cliente, vale tanto como el Piamonte; y la deuda de su gratitud ha sido ya pagada en los campos de batalla del primer imperio; no es posible que lo olvide el segundo.

Francia ha ido á combatir en Italia por un grande interés francés y europeo, que los tratados habian olvidado y la diplomacia desconocido: por la independencia italiana. ¿Y quién osará decir, desconocida tambien por la diplomacia, pero garantizada por los tratados, la nacionalidad polaca no espera para la Francia y para todo el Occidente un interés tan grande como la independencia italiana?

Se insiste, y se nos dice que Francia fué á combatir en Italia por una idea, pues es la única nacion que se consagra á tales empresas. Nosotros nos guardaremos bien de negarle ese privilegio y esa gloria; pero en la eleccion de la idea está la dificultad. Por mi parte, desafío al mas exigente á que nombre una mas legitima y popular, mas sencilla y generosa, mas adecuada al génio, al deber, al instinto de Francia, que la de la salvacion y restauracion de Polonia.

Por todos estos motivos y por otros que se callan, en especial por la esperiencia que tenemos de la aficcion de la política reinante á las grandes aventuras y á los proyectos lentamente combinados y misteriosos, se me figura que Mr. Billault se ha engañado, y que el porvenir no tardará en desmentirle, siendo quizás (así se lo deseo) él mismo su órgano. ¿Quién sabe si ha querido, á fuer de cortesano delicado, proporcionar al emperador uno de esos triunfos oratorios que brillan principalmente por el contraste de la elocuencia liberal del soberano con la de los ministros?

Pero ademas, ¿se trata de desenvainar la espada? ¿Necesitanse, para salvar á Polonia, escuadras y ejércitos, de expediciones lejanas y peligrosas? Lo dudo. Se reirá de mi credulidad, y consiento de buen grado en que se ria, con tal que se me deje decir lo que pienso. Estoy convencido de que, segun está hoy la vieja Europa del Congreso de Viena, y despues de las pruebas de irresistible energia é incontestable superioridad militar que ha dado Francia en Crimea y Lombardia, la intervencion puramente moral de su gobierno produciria un efecto suficiente y prodigioso.

Si el ministro del emperador, en vez de afectar en la Cámara la sequedad y desdeñ glacial de un plenipotenciario del antiguo régimen, hubiese pronunciado una de esas palabras que advierten antes de herir, que exaltan y proclaman el derecho antes de vengarlo, se habria alcanzado una gran victoria moral. Europa hubiera palpitado de emocion; Rusia se habria detenido en la carrera que la conduce á su ruina; Prusia retrocediera ante la complicidad que despues ha aceptado; Austria se hubiera animado á proseguir su saludable y reparadora politica; Polonia habria encontrado de nuevo esa paciencia que prepara y merece los triunfos; por último, el ascendiente de Francia se hubiera aumentado hasta donde puede hacerlo creer el hecho de todo un pueblo salvado, y de una solemne reprobacion dada al atentado mas inexcusable de la historia moderna.

¡Sí, apesar de eso, la ceguedad de Rusia continuase; si, encarnizada en su pérdida, hubiese cerrado los oidos á todos los consejos de la prudencia y la humanidad; si, no obstante la inmensa reprobacion moral de toda Europa, el czar siguiese atormentando á su victima, entonces y solo entonces habria que acudir á la guerra! Guerra verdaderamente desinteresada, verdaderamente legitima, que heriria al culpable sin tocar al inocente, al indiferente, á los paises intermedios, sobre todo sin inquietar á Alemania, garantizándole, por el contrario, la integridad de su territorio federal.

¡Y qué guerra! No habria ninguna mas aceptada, mas aclamada. Aceptaríanla unánimes los elegidos del sufragio universal; y digo unánimes, porque, ¿cuál de los individuos de la mayoría, despues de haber votado en favor de la guerra de Méjico, se atreveria á votar contra la intervencion en Polonia? Por primera vez se veria á esa mayoría de acuerdo

con los cinco enérgicos combatientes que acaban de dar tan reñida y brillante batalla.

Pero aun ese asentimiento, tan respetable como infalible, de los grandes cuerpos del Estado, no es nada comparado con el irresistible entusiasmo de la nacion. No; ningun soberano habria escitado ni contemplado jamás un movimiento mas popular, una simpatia mas unánime. La Francia entera diria á su emperador: «Marchad, señor, marchad sin miedo. El sentimiento nacional os llevará en sus alas de llama hasta las estremidades del mundo; vuestros mas encarnizados enemigos hundeirán vuestras armas, y llorarán de alegría al saber vuestros triunfos.»

IV.

Resumamos para concluir.

En 1856 vió Polonia al polaco que tenia el honor de presidir, en nombre de la Francia, el Congreso de Paris, tomar en este concepto la peligrosa iniciativa de la cuestion italiana, sin decir una palabra alusiva á los dolores y derechos del pais que fué su cuna.

En 1863 ha oido al francés que tiene el honor de representar á su soberano ante los elegidos del sufragio universal, espresarse con frialdad implacable.

Sin embargo, Polonia no desespera de la Francia, y tiene razon. Porque, repetimos, el gobierno que ha querido y sabido hacer las guerras de Crimea, de Italia y de Méjico, se verá obligado necesariamente, en llegando el día y la hora, aunque no sea ni hoy ni mañana, á sostener y defender la causa polaca. Habrá vacilaciones, se tanteará, se disimulará, se resistirá quizá mucho tiempo; pero al fin será preciso hacerlo. Exigento la justicia, el honor y las fuerzas de las cosas.

Así, pues, cualquiera que sea el resultado inmediato de la sangrienta crisis que acaba de estallar, Polonia puede y debe contar con el porvenir. Tiene á su favor dos imposibilidades, de las cuales una por lo menos será su salvacion. Imposibilidad para el emperador Alejandro de conservar en Polonia la servidumbre que aspira á destruir en Rusia. Imposibilidad para el emperador Napoleon de permanecer siempre sordo al grito de dolor de la mas noble é inocente de las victimas.

No estamos, pues, ya en el caso de esclamar con Mr. Armand Carrel en 1831: «Hay allí trincheras cegadas por cadáveres polacos, sublimes tumbas á donde un magnifico pueblo acaba de descender, llevando consigo el bien, el mal, su nombre, sus dioses, sus grandes recuerdos y hasta la esperanza.»

No, esto no es posible; ese magnifico pueblo ni bajó al sepulcro en 1831, ni bajará en 1863; confia, no en los dioses, sino en Dios; conserva honra, recuerda é impone á la ingrata y distraida Europa, su nombre, su memoria, su indomable esperanza: no quiere morir y no morirá.

Si nuestra confianza se viese burlada, y esperásemos inútilmente; si la Francia de nuestros días se declarase incapaz de hacer la guerra por lo que no sean provincias que anexionar ó créditos que cobrar; si la civilizacion moderna, despues de suprimir el tormento, el horrible tormento de los individuos, acusados ó culpables, se mostrase insuficiente para librar á toda una nacion, á veinte millones de hombres y mugeres del tormento permanente ó periódico; si el siglo, que ha decretado la abolicion de la esclavitud de los negros y que vé sus restos sepultarse en los sangrientos campos americanos, dejase durar y arraigarse en medio de Europa la esclavitud de un gran pueblo cristiano; si á eso se redujese todo.... ¡ah! en ese caso, no puedo ni quiero decir cuál

seria el fallo de la historia, ni lo que diria en el porvenir la conciencia del géncro humano!

No es que me falte en este momento libertad para decirlo. Mi pensamiento está por cima de todas las cuestiones de partido, de poder, de dinastia. Lo que me detiene es el dolor; el dolor que excitaria en mi, no tanto la inaccion del gobierno, como la frialdad é indiferencia del público, la conducta frívola y pusilánime de un pais enervado é incapaz, sea de oponer una formal resistencia, sea de imprimir un impulso enérgico á los que tienen el peligroso honor de presidir á sus destinos.

Afligeme el pensamiento de que causaríamos á los que desenterrasen de los escombros la historia de los hechos de nuestra época, el efecto de aquel romano envilecido, cuya casa, sepultada bajo las cenizas del Vesubio, se descubria el año pasado en Pompeya. Habia puesto en el umbral esta inscripcion, espresion de la mas impúdica elocuencia: SALVE LUGRO; lo cual no impidió que el volcan la sumerjiese, para no revelar, sino al cabo de diez y ocho siglos, tan in noble divisa á la humillante lástima de la posteridad.

20 de Febrero de 1863.

Acabamos de leer en un periódico inglés, que pasa por ser órgano del primer ministro de Inglaterra, un artículo cuya torcida intencion conviene hacer ver en el acto.

Apláudese en él la simpatia de Francia en favor de Polonia, y aun se nos incita á no retroceder ante ningun estremo. Invócase á Némesis y á Napoleon I; y todo esto, no por amor á la justicia y la humanidad, sino bajo el punto de vista... de la cuestion de Oriente. Si; segun el *Morning-Post*, es preciso que Francia vaya á socorrer á Polonia; y como esta intervencion no puede ser, en sentir de dicho periódico, *desinteresada*, adhiérese de antemano á las *compensaciones* que buscaríamos en el Rhin ó en otra parte, porque, añade, el acuerdo de Francia y Rusia se destruiria en Oriente y no pondria ya obstáculo á la *solucion amistosa* con que sueña Inglaterra.

Es deber de todo buen francés protestar contra esos consejos perversos y peligrosos. Francia hará siempre bien en no buscar en la política rusa la solucion de la cuestion de Oriente; pero hará aun mejor en no buscarla en la política inglesa.

Inglaterra, obstinándose en conservar el Oriente cristiano, griego, slavo y armenio bajo el yugo odioso de Turquía, ha arrastrado ya demasiado á Francia en la órbita de su egoismo inhumano é inmoral. Francia no debe seguir en Oriente mas que sus propias tradiciones, que son las del honor, de la humanidad y sobre todo del desinterés.

Ese desinterés debe ser el carácter esclusivo de su intervencion en Polonia. Soñar para ella con *compensaciones*, esto es, con anexiones en el Rhin ó en el Meuse, seria dar un golpe fatal á la causa polaca, seria ultrajar precisamente el principio de nacionalidad que debemos invocar y defender en Polonia. Seria armar, y con justicia, contra nosotros el sentimiento nacional de Alemania y Bélgica. Seria restablecer contra Francia la coalicion, no de las impotencias absolutistas, sino de las naciones amenazadas é indignadas.

Inglaterra seria la primera en abandonarnos en la lucha que empeñásemos con Alemania.

Rechacemos, pues, esos pérfidos consejos é inmorales tentaciones. Que nuestra simpatia hacia Polonia conserve el carácter puro y generoso, el entusiasmo caballeresco propio de la Francia y único que puede poner á su génio en armonia con su deber.

26 de Febrero de 1863.



# EL DESTERRADO

Al Señor Don José Antonio Torres.—dedica estas líneas, el autor agradecido.

Il s'en allait errant sur la terre;  
Que Dieu guide le pauvre exilé!  
L'AMERNAIS.

## I.

Hay momentos que pueden ser el objeto de una vida: Colon corona sus largos años de desgracias, presentando á la humanidad atónita, el nuevo mundo que descubre: Sócrates muriendo, nos inicia con la tranquilidad del heroísmo, en los misterios del espíritu inmortal: Galileo revoluciona los cielos, y recogiendo para siempre la *lenda de Jehová* ó el firmamento antiguo, restablece la noción de la omnipotencia de Dios, en la inmensidad del espacio.

Bien empleada es toda vida consagrada á realizar uno de esos momentos.

El momento de Colon se llamó: ¡tierra!

El momento de Galileo: «*per si muove!*»

El momento de Sócrates: ¡su muerte!

Contemplar los hemisferios, decapitar la antigua teocracia de la tierra, en el sistema planetario, y conducir al hombre con la serenidad de la virtud hasta las puertas de la eternidad, hé ahí epopeyas inmortales, que depositan el germen sagrado del divino movimiento y que revelan la patria del espíritu.

¿Y quién es el hombre que no busca su mundo? ¿quién es el que no indaga la ley del equilibrio que sostiene á los astros, y que ha de ser la misma ley que rija á los individuos y naciones? ¿quién es el que no busca la luz de su destino, sea en los abismos del pasado, sea en el seno mismo de la eternidad que nos envuelve?

Como Colon, sentimos el mundo incompleto, y limitado el horizonte:—como Galileo, encontramos estrecho el cielo de las teocracias, y usurpada la colocacion de la potestad sobre la tierra: y como Sócrates, sentimos la verdad que elabora el ser, en nuestros seres imperfectos.

Buscamos el horizonte sin límites,—pedimos el cielo inmenso donde palpita la ley del equilibrio,—y exigimos ver sobre el mundo, la balanza de la justicia, por la mano del Eterno suspendida.

Hé ahí por qué somos desterrados.

## II.

La aspiracion y el recuerdo se dividen nuestra vida. Venimos al mundo como gérmenes finitos preñados de infinito;—y de ahí nace el impulso infatigable, el deseo insaciable, la locomocion perpétua, la sed inextinguible de poseer mas ser, mas poder, mas inteligencia y de realizar una fusion universal con los seres, desde el océano con sus arenas y sus rocas, hasta los cielos con sus soles y sistemas.

El alma viene al mundo con la forma latente de todos los valles, con la fisonomia de todos los países. En la vida, encuentra sucesivamente esos valles y paisajes como visiones de un territorio ideal cuyo recuerdo despertará. ¡Paraiso perdido, paraiso prometido!—y entre el recuerdo y la esperanza, el presente armado como un guerrero de la epopeya de la creacion.

La aspiracion es el presentimiento de una patria futura;—el recuerdo, es la ausencia de una patria conocida;—pero el deber es la posesion de la eterna patria. Hé ahí cómo acabará el destierro.

## III.

¡El recuerdo!—La memoria, esa incomprendible facultad, luz misteriosa y vacilante entre el organismo y el espíritu,

que resuscita la vida en ideas, y transporta la retaguardia de la vida condensada, enciende en los abismos del pasado, tal dia, tal hora, tal siglo, tal lugar, fulgurando imágenes ó nombres, que pasan por la mente, como centellas de felicidad en las tinieblas.

¡Mientras tengamos memoria, seremos siempre desterrados!

Hijos de la bondad suprema, somos herederos de justicia y profetas de felicidad.—Un testamento heroico nos impulsa, una profecía divina nos alienta;—y en todo momento y lugar, contra el dolor y la injusticia protestamos.

Hé ahí por qué estamos desterrados.

Vision del infinito, y aspiracion sin fin por alcanzarlo;—recuerdo y aspiracion por un presente que reuna las extremidades de la inmensa parábola compuesta del pasado y porvenir:—peticion de justicia en todo y para todos, hé ahí las líneas de la figura de la patria que buscamos, al través de las peregrinaciones de la historia.

Hé ahí por qué estaremos desterrados.

## IV.

¡Omnipresencia en el espacio,—omnipresencia en el tiempo,—paisajes de todos los climas,—gloria de todas las edades! ¿cómo hacerlos vivir en alma humana?—Solo Dios posee la omnipresencia.—¿Seremos siempre desterrados?

Pero á la omnipresencia en el espacio, nos acerca la posicion de la idea y sentimiento de la ideal belleza: á la omnipresencia de todas las glorias, nos encamina la marcha continua á la virtud suprema.

La Grecia ha simbolizado la tentativa titánica de la humanidad por la posesion del fuego divino y del secreto de los cielos, en el tormento de Prometeo. Fué el tormento de la inmovilidad para la raza mas movible de la historia. El Cristianismo se pone en movimiento y encarna su espíritu y su genio en el simbolo de Ahasvero. El Judío-Errante representa la peregrinacion sin fin, el destierro perpétuo. Fué el tormento del movimiento continuo.

Prometeo aspira por lanzarse hasta los cielos: Ahasvero por el reposo. Todos los que han sentido el divino llamamiento, esa atraccion del infinito, han escuchado las palabras de Cristo á Ahasvero: «*Marcha, marcha!*» Y los que han osado traspasar los límites del firmamento antiguo y medir los Dioses con la vara de la Justicia, han podido profetizar el derrumbamiento del Olimpo.

¡ADELANTE! es pues el imperativo de la atraccion divina y de la aspiracion humana.

La patria definitiva es la justicia. El que adelanta en justicia disminuye la distancia. La justicia es la medida de la libertad y del amor en las acciones. Y la belleza es la encarnacion y «*esplendor*» de la medida de justicia en los objetos. Adelantar en justicia es pues acercarse á la omnipresencia y á la posesion de la belleza. Todos cargamos ese testamento divino y tambien la divina profecía. Llevamos en nosotros nuestra patria. Con la justicia tenemos la ciudad,—con la belleza el territorio. Y su aplicacion y propaganda, con sus dolores y alegrías, forman su atmósfera vital.

¡Resplandece pues en nuestras almas, aurora, que revelas el horizonte idolatrado! ¡Disipa las tinieblas que entorpecen nuestra marcha! ¡Adelante, adelante!

## V.

¡Feliz el que vuelve á su patria!—Su mirada devora las distancias,—su memoria arranca del pasado las imágenes,—su alma le anticipa los aspectos de su tierra.

¡Es acaso la emanacion de la tierra natal, un despertamiento de los elementos de nuestro organismo, formado con los jugos de su suelo, con el aire de sus valles, con el agua de sus torrentes, con el lenguaje de sus bosques, con la impre-

sion de sus montañas, con el resplandor de su cielo! ¡Misterioso matrimonio de la materia y del espíritu! ¡Cuánta ternura y conmocion profunda! El ser, intimamente sacudido al toque eléctrico de su tierra, derrama los efluvios de amor del corazón comprimido que dilata sus potencias, como si el Ser Supremo nos recibiese entre sus brazos. ¡Momentos inefables, al sumerjirnos de nuevo en el seno de la patria, sois primicias que revelais la exaltacion futura de la patria definitiva de la humanidad transfigurada y unificada por el amor y la verdad!

La patria del hombre moderno se ha ensanchado como el mundo, y donde quiera que se encuentre, tendrá que sobre llevar recuerdos de los fragmentos de esa patria universal. Ausencias siempre roerán la vida. No podemos abrazar en un lugar y en un tiempo, á todas las afecciones, á todos los recuerdos, á todos los espectáculos bellos de la tierra.

## VI.

Pero así como al divisar las perspectivas de la tierra natal, cuando despues de larga ausencia y desde la superficie del océano, vemos aparecer las crestas nevadas de los Andes, giganteza cristalización incendiada por el crepúsculo ó aurora, y adivinamos los valles, recordamos las facciones de los montes, y todo en la naturaleza nos habla como un ser animado por todos los amores, haciéndonos sentir las emociones del génesis divino;—así tambien, el desterrado reconoce la fisonomia, el acento, la palabra de la eterna patria, en las conquistas de la ciencia, en todo acto de heroísmo, en las victorias de la justicia, en las transfiguraciones de los mortales, en la rehabilitacion de los caídos, en la marcha de los hombres y pueblos á la fraternidad en la verdad.

¡Y qué importa entonces llevar el sello del destierro, si la alegría del himno primitivo nos comunica el ritmo para marchar adelante! ¡Santa alegría de la vida de amor y de justicia! En tí llevamos el alimento, y tus resplandores nos alumbran para salvar todos los desiertos y desgracias.

¡Feliz el que vuelve á su patria!—pero mas feliz aun, el que la lleva consigo viviendo en justicia y bendiciendo la vida.

FRANCISCO BILBAO.

# EL MEZZO-MATTO

RECUERDOS DE LA VIDA SICILIANA BAJO LA DOMINACION BORBÓNICA.

POR GEORGE SAND.

TRADUCCION PARA «LA AURORA.»

## III.

(Concluye.)

El Comisario que vió que sus maniobras interesadas se habian estrellado contra la inflexible rectitud del marqués, dió á todos los diablos al noble salvaje que no queria someterse al progreso de la civilizacion en materia de procedimientos judiciales.—De buena gana habria continuado si el dilema que le habia presentado el marqués no le hubiese dejado entrever un mal desenlace para sí mismo.—Desistió pues, prometiéndose aprovechar la ocasion de vengarse si llegaba á presentarse.

El marqués, resuelto á correr todas las contingencias antes que consentir en allanar las dificultades por medios reprobados de la moral, hizo buscar á Carlo á quien encontraron en el *bosco* (bosque) del Etna.

Como no ofrecian sólida garantia las respuestas vagas que el marqués habia arrancado á las autoridades, Carlo vivía sobresaltado, y la vista de un gendarme le hacia temblar.

Matteo y su mujer, criados en el temor de Dios y de los *artagineses*, declararon que no se atrevian á dar su hija á un hombre que se creia bajo la accion coercitiva de la justicia.

Zita suspiraba contemplando su vestido de boda y el señor Germano rabiaba de los obstáculos que se oponian á la union de dos bellos jóvenes, cuyos vástagos, acreciendo la poblacion siciliana, segun todas las probabilidades le hubiesen hecho honor por la perfeccion de sus formas.

Esta predisposicion de ánimo en los personajes de nuestra historia, iba á ser alimentada con nuevas complicaciones, que surgió de los mismos hechos que hemos relatado.

Un ingeniero encargado de la inspeccion de los caminos, observó que el cercado de madera del terreno dependiente de la *Villa Germana*, tomaba terreno á la via pública de Mesina á Catania.—Redactó un informe cuyo resultado fué que el marqués recibió la órden de retirar su cercado tres varas para el interior de su propiedad.

El marqués examinó la cosa,—midió las distancias y reconoció que el cercado avanzaba una vara y no tres;—señaló él mismo la línea donde debian ser colocados los postes é hizo retirar el cercado.

Recibió nuevas intimaciones de que no hizo caso,—y habiéndosele entablado un pleito, cuyo alcance comprendió sin desanimarse, encargó la defensa de sus derechos al mejor abogado del país.

Un dia, en el curso del pleito, sentado el marqués delante de un café de Mesina, tomaba una limonada, en medio de un círculo de curiosos.

Un padre capuchino, que frecuentemente habia sido hospedado en la *Villa Germana*, se sentó á su lado:

—Hijo mio, le dijo en voz baja,—vos que pasais por el hombre mas moderado y mas instruido del país—¿es cierto que pleiteais con el Estado por algunas pulgadas de terreno?

—Padre mio, en primer lugar,—contestó el marqués,—esa reputacion de que hablais, es muy superior á lo que yo merezco, y luego, es tiempo ya de que se me retire la benévola estimacion que á vuestro juicio ella ha despertado en la conciencia pública, porque no podeis figuraros cuántas ideas insensatas el *sirocco* hace fermentar en mi cerebro—¿Qué pruebas de sabiduria puede exigir la sociedad á un pobre hombre que, enamorado de la hija de su arrendador, hace sin embargo lo posible por casarla con un simple multero, no porque ella haya cesado de agradarle, sino porque, mas que á la jóven, ama á otra entidad, de quien se considera mas bien el hijo que el amante? (1) ¿Creéis que ese proceder sea el de un hombre en la plenitud de sus facultades?

—Ese proceder envuelve un misterio que escapa á mi penetracion, como tambien la relacion que pueda tener con el asunto del terreno, que á mi juicio no merece la pena de que os ocupeis de él.

—Si pudiérais penetrar en el fondo de mi pensamiento, dijo el Sr. Germano, conoceriais todo el alcance de mi resistencia.—Os diré únicamente que, del desenlace de ese pleito depende mi fortuna, el porvenir de mis relaciones con los hombres y quizás mi libertad.—Pero hé aquí justamente á mi abogado que sale de la audiencia,—vamos á conocer la sentencia que ha fijado mi destino.

El abogado vino á decir á su cliente que habia sido condenado en costas y á una multa de diez y seis *tarí* (como dos pesos de nuestra moneda.)

(1) Creemos que el autor alude á la patria.



—¡Diez y seis tari!—esclamó el marqués.—Es exorbitante—¿De dónde quieren que saque yo diez y seis tari?—¡Dios mio!—¿qué vá á ser de mí?—Soy un hombre perdido; deudor insolvente, sin asilo,—en una palabra—un verdadero siciliano.—Es necesario que recurra á mi amigo el príncipe \*\*\*—Únicamente de su generosidad, espero los medios de salir del paso.

El marqués, despues de una larga visita hecha al príncipe, volvió á sentarse á una mesa del café.—Hablaba solo y gestionaba con vehemencia.—Preguntáronle por broma si habia podido procurarse la suma de diez y seis tari.

—He consultado al príncipe, respondió—y de mis investigaciones he sacado en consecuencia que mis previsiones se han realizado,—me será imposible pagar la multa y las costas del proceso.—No se me escapa que debe pareceros increíble, pero voy á hablar con el padre capuchino, y despues, pueden dirigirse á él los curiosos, los interrogantes desocupados, porque para mí, será ruda tarea tener que satisfacerlos.

Cinco minutos de conversacion con el padre capuchino, bastáron al marqués para esplicar el misterio de su lenguaje y conducta.—El fraile tomó un aire grave, y dirijiéndose á los asistentes:

—El señor Germano, dijo, no se chancea;—tiene razones poderosas para no poder pagar los diez y seis tari de la multa.—Suspended vuestro juicio hasta la conclusion de este negocio.

—¡Pardiez!—esclamó un jóven—Yo no veo en todo eso nada de misterioso.—El señor marqués es simplemente un MEZZO-MATTO.

Una hora despues la ciudad entera sabia que el señor Germano era un mezzo-matto.

Con frecuencia sucede que reputaciones usurpadas de aerisolado civismo, no necesitan mas tiempo para cimentarse.

IV.

El dia siguiente á la pérdida del pleito, el marqués dió una comida de despedida á los habituales de su casa, haciendo servir en vajilla de loza y con cubiertos ordinarios, so pretexto de que el desastre que habian sufrido sus intereses le obligaba á reformar su casa.—A pesar de eso, la comida fué menos suculenta y variada.

Durante toda la semana siguiente, diversos carros, cargados con el mueblaje de la Villa Germana rodaban en el silencio de la noche por el camino que de allí conduce á Gallidoro.

Cuando se notificó al marqués la orden de pagar las costas del proceso, la multa y de retirar el cercado de su propiedad, contestó negándose á todo y esta respuesta complicó la situacion.

Los ujieres se presentáron una mañana para disponer de los objetos que debian afectarse al pago;—el mayordomo abrió las puertas y presentó á la vista de los agentes las habitaciones completamente desnudas.

Los asuntos de interés público no abundan en Mesina, asi es que la singularidad del caso, que los ujieres hicieron circular, despertó la curiosidad de los habitantes y un segundo capítulo del mayor interés, registróse en la historia del proceso.

Algunos observadores habian reconocido en el palacio del príncipe \*\*\* los cuadros y curiosidades artisticas de la Villa Germana, como tambien en los dedos y la corbata del príncipe la sortija y el alfiler de diamantes del marqués.

Todas estas circunstancias excitaban vivamente la ansiedad pública y se esperaban con impaciencia los episodios de

esta guerra sorda entre el marqués y las autoridades judiciales.

Cuando el mezzo-matto, con su traje de paño ordinario, su sombrero de segador y sus gruesos zapatos claveteados, venia á pasear á Mesina, se recojian sus palabras como dicen que sucedia en la antigua, con las de Timon el misántropo. Comia en la tratoria mas modesta, al precio mas módico, y dormia en la posada—y siempre que se trataba de pagar, regateaba sobre el precio aunque se tratase de un grano.—Sin embargo de todas estas apariencias de indigencia, se habia notado que sus antiguos sirvientes no buscaban colocacion y que ellos empleaba en continuas comisiones.

Un dia se detuvieron dos mulas conducidas por Carlo á la puerta del café que servia de cuartel general al señor Germano.—Los observadores diéron la alarma y un grupo numeroso formó círculo al derredor del mezzo-matto, quien cargó su equipaje en una de las mulas, se enarquetó en la otra, saludó á los mirones y emprendió su marcha.

—Signor marchese, le dijo un chusco, nos vamos á fastidiar durante vuestra ausencia —Con el hombre de los diez y seis tari se aleja la alegría de Mesina.

—Lo siento, contestó el marqués, pero es justo que la ciudad de Catania, á donde me dirijo, goce á su vez del espectáculo.

—¿Cómo!—¿Vais á Catania en una mula, cuando la diligencia os podria llevar en nueve horas con toda comodidad?

—¡La diligencia! esclamó el marqués, ¿pensais en ello?—Eso era muy cómodo y preferible antes de la pérdida de mi pleito, pero un hombre arruinado como yo debe contentarse con una mula ó con la lettiga, que son medios de transporte sicilianos,—un poco morosos, es cierto, pero seguros y baratos.—Luego, ya lo veis, llevo por compañero á mi amigo Carlo, jóven artista y excelente muchacho, apesar de su condicion de mulero.

—Perfectamente, replicó el chusco;—no os hago ningun encargo, visto que necesitais un mes para llegar á Catania al paso de andadura de vuestra mula.—Pero seriamente, ¿no temeis que la justicia os decrete fuera de la ley? ¡Diez y seis tari! es una bonita suma.

—Veo que me haceis perder tiempo, contestó el marqués, quiero dormir esta noche en Taormina.

Y nuestro héroe, desplegando su viejo paraguas que le servia de sombrilla, se puso en camino.—Cuando pasó por frente de su Villa, vió al conserje, sentado sobre los palos del cercado que habia sido destruido por la autoridad.

—Buen dia, Pipo, le dijo;—¿has ejecutado mis órdenes?

—Punto por punto, excelencia;—he despedido á los albañiles que trabajaban en la azotea; la argamasa falta en muchos puntos, y la lluvia, filtrándose cae adentro de las habitaciones; he dejado las puertas y ventanas abiertas; el viento haroto ya muchos vidrios; el jardinero ha recibido orden de no regar las plantas, la maleza brota en los arriates. Las vacas del vecino Giacomo pacen tranquilamente sobre el musgo, y las cabras del vecindario se han encargado de esquiluar vuestra arboleda.—Si vuestra excelencia quisiera entrar un momento en su casa, quizás diese la orden de atajar toda esa ruina.

—Haz lo que te he ordenado, Pipo;—una de las estátuas de la fuente está por caerse,—no la toques, deseo que se caiga.—Cuando el acueducto de desagüe se haya obstruido, no lo hagas limpiar, deja que el agua inunde los patios.

—Asi se hará, señor; pero es doloroso tener que presentiar toda esa destruccion—parte el corazon.

—Y bien, Pipo, tu corazon honrado, tendrá eso de comun con el cercado; un cercado hecho pedazos basta para guardar una propiedad arruinada.

—Comprendo, excelencia.—Todas esas disposiciones, son de un triste y desconsolador presajio para mí, murmuró Carlo, moviendo leutamente la cabeza.

—Amigo mio, dijo el marqués; tú conocerás un dia que tu matrimonio y mi cercado, tus amores y mi pleito, son hoy influenciados por una misma causa.—El viaje que emprendo tiene por objeto buscar un incidente que rompa el encanto ó impida tu bancarrota y la mia.

—Vuestra excelencia sabe lo que ha de hacer, y yo confio en que dirigido el asunto por su intelijencia, ha de arribar á un desenlace deseado.

—Haces bien de confiar en mí.—Adios, Pipo, cuida siempre de la casa hasta mi vuelta.

El señor Germano se estasió durante todo el camino en la contemplacion del litoral de Mesina á Catania en todos sus detalles, de cuya pintoresca belleza no se puede gozar plenamente viajando en carruaje.

La carretera que serpentea entre la cadena de montañas, dominada por la nevada cabeza del Etna, y las riberas del mar Jonio, ofrecen á cada paso puntos de vista tan sorprendentes, que el marqués se sentia poseido de admiracion ante el grandioso espectáculo de aquella rica naturaleza.

Sin embargo, en las cercanias de Torza, el marqués descubrió á su frente un vasto espacio de terreno desprovisto de interés, por el cual se dilataba el camino á cuyo extremo se divisaba Taormina, sirviendo de vistosa corola á una inmensa roca.

Durante la marcha de ese trayecto, Carlo distrajo al marqués cantando una Popolana, música y poesia de su número. Por el silencio que guardó el señor Germano mientras duráron la música y el canto, se pudo deducir que escuchaba con placer y que reconocia en Carlo el sentimentalismo del arte, procurando conmover los sentidos y la imaginacion, combinando con el interés de la poesia las modulaciones de la armonia.

La serie de aventuras descriptas en esa sencilla composicion, absorviéron la atencion del marqués hasta su llegada á Taormina.

En una pequeña locanda hiciéron alto, donde sirviéron al mezzo-matto una buena porcion de macarones y otros accesorios, de que Carlo participó.

El marqués, satisfecho, protestó que no comia mejor en el tiempo que tenia un buen cocinero, asistido de sus marmitones.

—Ahora, continuó, pensemos en dormir: he visto á la entrada unos postes propios para suspender mi hamaca, donde pienso dormir como un bienaventurado.

El posadero agotó toda su elocuencia para hacer que diese la preferencia á sus camas, cuya limpieza encomiaba; pero el marqués se mantuvo firme en su idea y como lo habia dicho, durmió tan bien que por la mañana costó trabajo á Carlo para despertarle.

Los dos viajeros se pusieron en camino, precisamente en el momento en que medio disco del sol irradiaba su luz sobre la Sicilia, mientras la otra mitad parecia bañarse en el mar, prometiendo con su aspecto un dia ardiente.

En Au-Real se reposáron durante dos horas y las vibraciones de las campanas de Santa Agata anunciaban el Angelus (oracion) cuando entraban en el corso de Catania,—la mayor y mas rica ciudad de Sicilia, des. ues de Palermo.—Inmensa concurrencia animaba el corso,—elegantes carrozas descubiertas rodaban hácia el mar conduciendo un enjambre de verdaderas sílfides encarnadas. Otras, envueltas en sus dominós negros, marchaban pausadamente, intrigando á los estudiantes con las capuchas que ocultaban sus ojos.

El marqués que era muy conocido, contestaba á derecha é izquierda á las saluciones que le dirijian.

Algunos se admiraban de ver viajar en mula á un gran señor, pero en Sicilia, la critica y la maledicencia están proscriptas. Todas las excentricidades se respetan, y desde luego, se creyó que el marqués viajaba asi para gozar mejor del paisaje.

El señor Germano se instaló en una modesta habitacion de la posada de la Corona. Siguió usando su traje de segador; solo visitó á un corto número de sabios y benedictinos, y en lugar de alquilar una carroza se sirvió de un asno, segun la costumbre de las gentes pobres. No visitó los palacios donde tenia muchas relaciones y siguió guardando una especie de incógnito que todos respetáron, atribuyéndolo á causas naturales. Pero el soplo de la fama, trajo de Mesina la palabra del enigma y circularon entre las gentes las anécdotas del pleito del cercado y de los diez y seis tari de la condena; y entonces, las consideraciones que habian hecho respetar el misterio de que se rodeaba, se desvanecieron; el mezzo-matto fué interrogado y sus contestaciones establecieron su reputacion ventajosamente para sus planes.

Un dia, hallábase el marqués entre otros curiosos, en el atrio de un templo, gozándose en la contemplacion de las bellezas que salian, concluido el sermón. A corta distancia de él, un grupo de bellas jóvenes charlaba alegremente haciendo comentarios sobre el mezzo-matto; una de ellas, notablemente hermosa, se retiró, y al pasar por su lado, le miró con aire tan dulce y compasivo, que le conmovió vivamente.

—Signorina, dijo á la jóven saludándola,—¿Os habeis separado de vuestras compañeras porque no encontráis gusto en divertirnos á costa mia?

—Es ofender á la dignidad humana, burlarse de las debilidades ó de las desgracias de sus individuos. La revelacion de la palabra divina que acaba de serme transmitida, de lo alto de la cátedra del Espíritu Santo, ha penetrado muy adentro de mi alma, para que pueda incurrir en esa lijereza, y fuera de eso, yo tambien soy mezza-matta, porque tambien he pasado por el crisol del infortunio.

—La fortuna no debe tener conciencia, cuando asi se encarniza en atormentar el alma tan bella que se anida en un cuerpo tan perfecto. Vuestros hermosos ojos parecen fatigados por las lágrimas y el insomnio.

—Vuestra excelencia lo ha dicho—lágrimas y trabajo.—¡Y bien!—el encuentro de un maniático de mi especie puede cambiar todos esos sinsabores en felicidad,—confiadme vuestros pesares.

—Mis pesares tienen de bueno que se pueden contar en pocas palabras, sin despertar el rubor. Tenia diez y seis años cuando perdí á mis padres, quedando á cargo de una parienta anciana, pobre y de carácter agriado por las enfermedades. El pan que comia en su casa me costaba lágrimas amargas. Un dia que la acompañaba á la iglesia, me retó con dureza é injusticia tanta, que lloré en la calle de despecho. Un jóven que nos observaba nos siguió hasta el templo y colocándose á mi lado:

«—Carmina, me dijo, sé que os maltratan y que sufris mucho. Para emanciparos de esa tutela inconsiderada que amarga vuestra bella existencia, os ofrezco mi mano y mi corazon, la tranquilidad y el bienestar. Somos ricos de juventud, Dios bendecirá nuestra union y el amor la amenizará.»

Miré con enternecimiento al que asi se espesaba y vi en los ojos de un bello jóven la nobleza de su alma; mi corazon se dilató y le tendí la mano. Por singular que pueda pareceros,—esa demostracion bastó. ¡Estábamos en el templo del Señor!—Antonio pidió mi mano y mi pariente, considerándose feliz en desembarazarse de mí, la concedió sin obje-



ion. Antonio Alessi fué mi esposo y mientras permaneció á mi lado, la felicidad habitó bajo nuestro techo. Al cabo de un año tuvimos un hijo que hoy es todo mi consuelo.

No sé qué fatal pensamiento tuvo mi marido de ir á visitar á un primo que tiene en Siracusa, y partió á pesar de mis presentimientos. Tres días despues me escribió una carta desesperada en que me anunciaba haberse enganchado como marinero á bordo de un buque. Despues supe por su primo que mi Antonio habia navegado algunas veces en un *speronare*; sus conocimientos en la marina y su aire determinado habian llamado la atencion. Procuraron primero seducirlo y como se resistiese, le armaron la intriga cuyas consecuencias fuéron forzarlo á engancharse *voluntariamente* á fuerza de palos y amenazas.

—¡Cuerpo de Cristo!—esclamó el marqués—No es permitida la leva de marineros aquí.

—¡Ah! tantas cosas se hacen que no son permitidas.

—Debiais haber reclamado y no haber desistido hasta no obtener la libertad de vuestro marido.

—Cada día tiene sus ocupaciones y sus exigencias, contestó Carmina; mi hijo tiene seis meses; para alimentarlo es fuerza que me alimente yo misma, y es preciso trabajar para procurarse los alimentos. En una palabra, me era imposible disponer de mi tiempo para emplearle en reclamaciones de que es muy posible que no hubiesen hecho caso. Hoy, mientras que una vecina cuida de mi chico, vine á ofrecer un cirio á Santa Agata. De todo esto podeis deducir que no debo hallarme muy dispuesta á reirme del prójimo, aunque hubiese en mi inclinacion á tales miserias.

Diciendo esto, Carmina, llegaron á su casa;—el marqués pidió permiso para ver al niño y entró;—se acercó á la cuna, descubrió un poco á la criatura, y quedó encantado ante su robustez y belleza.

—Muchos como este, dijo, quisiera yo que se presentasen diariamente en Sicilia á la pila del bautismo.

A la voz del marqués, el chico abrió los ojos y empezó á gritar de una manera que hacia honor á las fuerzas de sus pulmones, lo que arrancó una nueva exclamacion de entusiasmo al *mezzo-matto*, que se prometió cuidar de este bello fruto del árbol de la Sicilia.

Cuando Carmina hubo hecho callar á su hijo por medio del procedimiento que la naturaleza puso á disposicion de las madres, volvió á acostarle en su cuna y el marqués se puso á mecerla.

Carmina tomó su labor y modulando esas notas soporíferas de tan grata y melancólica armonia, con que se arrulla á los niños, comunicó al suyo el magnetismo maternal, pero entre tanto, el doctor no abandonaba su tarea y seguia meciendo la cuna.

La jóven madre le miró y con una sonrisa—

—Si os viesen, excelencia, dijo, os llamarian *mezzo-matto*. Y prosiguió cantando:

¡Duerme mi chiquito,  
Un gran señor te arrulla,  
Dormi *puviriddu!*

V.

El marqués habia dicho, cuando su encuentro con Carmina, que la presencia de un *mezzo-matto* podia muy bien influir en la felicidad.

El vaticinio se realizó; los ojos de Carmina recobraron su brillo y el bienestar penetró en su casa. El chico embellecía mas y mas y los vecinos admiraban la eficacia del cirio que la fé de Carmina habia ofrecido á Santa Agata.

Un día, el señor Germano fué á decir á su nueva amiga que sus vastos proyectos y su misteriosa empresa, le obliga-

ban á partir para Siracusa. Segun se espresaba, la felicidad de la Sicilia entera, dependia del éxito de este viaje fantástico, y concluia agregando que de lejos como de cerca, sabria socorrer al hijo y á la madre.

Carmina dejó caer su aguja.

—¡Viejo loco! dijo con vivacidad, ¿de lejos tambien fortificaréis mi espíritu con las palabras consoladoras y las atenciones de todos los momentos, que le comunican valor, resignacion y alegria?—*Mezzo-matto!* ¡no me arrebateis á mi amigo!

—Hay un medio muy sencillo de no separarse de los que se van, cuando se les tiene afecion—ese medio es, seguirlos.

—¡Fácil es decirlo!—¿Cómo puedo yo seguirlos, con un niño de seis meses, é ignorando la suerte de mi pobre Antonio?

—Todas razones se presentan para apoyar mi proyecto. El procedimiento que se ha observado con Antonio y la pérdida de mi pleito, parten de una misma causa. El día en que encuentre lo que busco, alcanzaremos una triple victoria. Carlo, el atleta de brazos de hierro, se casará con la Zita del pecho de acero.—Antonio Alessi, el esperto marino siciliano, será devuelto á la bella y candorosa Carmina,—y el *mezzo-matto* se verá libre del peso que lo agobia y podrá pagar la terrible deuda de diez y seis *tari*, que hace de él un vagabundo y un rebelde á las leyes. El cercado de la *Villa Germana* se colocará en su sitio y el sirocco y las lluvias no invadirán las habitaciones de aquel palacio, y Pipo el conserje verá cicatrizar su destrozado corazon. Si el destino hubiese querido que el pobre Alessi encontrase la muerte en plena mar, yo os proporeionaria inmediatamente otro esposo, tan bello y tan amartelado como él, porque quiero que vuestro chiquirritin tenga una legion de hermanos bellos. Todo esto, siempre que no prefirais quebrar conmigo y no volverme á ver. Ya estamos de acuerdo—me acompañaréis á Siracusa.

—No me es muy intelijible vuestro lenguaje de *mezzo-matto*, contestó Carmina, pero tengo confianza en vos y os acompañaré aunque fuese al fin del mundo.

El héroe de nuestra historia aumentó su tren con una mula con árganas, en una de las cuales Carmina hizo un primoroso nido para su preciosa cria. Sentóse ella en la silla é introdujo sus piés en la árgana opuesta, quedando cómodamente instalada para velar sobre su tesoro y darle el pecho cuando lo reclamase, al paso monótono de su cabalgadura, cuya *arfada* imitaba muy bien el movimiento oscilatorio de la cuna.

Carlo no pudo ver sin complacencia semejante aumento de compañía, y el ánimo del marqués se dilató—¡Privilegio de la juventud y de la belleza!

Para no llamar la atencion de los curiosos é importunos, la caravana se puso en marcha al despertar de la aurora, saliendo de la ciudad por la puerta Fernanda,—de modo que cuando se supo en Catana, que el *mezzo-matto* mudaba el teatro de sus excentricidades, la caravana iba lejos ya.

El talento artístico de Carlo distraia á los viajeros cuando no absorbian su atencion las magnificencias de la naturaleza que iba desplegándose á sus ojos.

Al segundo día de marcha las herraduras de las mulas hacian resonar las piedras de la antigua calzada construida por Hicron; el amigo de los romanos.

Costeaban las ruinas de la antigua Siracusa, que en los tiempos de su esplendor, fué la mayor y mas populosa ciudad del mundo. En el centro de ese dilatado desierto de mármol se alza el mausoleo levantado en honor de Arquímedes—¡de Arquímedes!—cuyo recuerdo vive en la memoria de los hombres, asociado siempre al recuerdo de su patria!

¡Privilegio esclusivo de los grandes hombres!

—Amigos míos, dijo el marqués, reposémonos un poco aquí; tenemos tiempo de sobra para llegar á la ciudad fortificada de Siracusa, cuyas puertas no se cierran hasta una hora despues de puesto el sol.

La caravana hizo alto y nuestros amigos echaron pié á tierra.

Dirijióse el *mezzo-matto* hácia los fragmentos diseminados de la gran puerta *Exapilon*, y allí, de pié, con los brazos cruzados, la vista recorriendo el inmenso espacio, animado en otro tiempo por el populoso barrio de *Epipolis*, llamó á sí el recuerdo del pasado.

—Tres millas, dijo con melancolia, tres millas que recorrer antes de encontrar una habitacion, un solo muro en pié; ¡y sin embargo, estamos en Siracusa! Millon y medio de hombres se han agitado en este recinto, cuando rivalizaba en poderio con la soberbia Atenas y con la soberana del mundo! ¡Qué movimiento de vida sobre esas plazas públicas! ¡Qué animacion sobre ese puerto donde mil embarcaciones se cruzaban! ¡Admirad esos templos, esos palacios, esas maravillas del arte, esas innumerables naves que surcan el mar, trayendo á Siracusa las producciones de todos los climas! ¡Ved ese comercio floreciente, esos ejércitos invencibles, victoriosos de Alcibiades, de Nicias y de Demóstenes! ¡Oh Sicilia, patria mia, cuán elemente es tu cielo! ¡qué perfumadas son tus auras y cuántas armonias vibran al oido de tus hijos! ¡Cuál se fascina la vista en la contemplacion de tu espléndida naturaleza!....

—¡Alucinaciones del espíritu!—continuó despues de un momento de silencio—¿A quién se persuadiria que la civilizacion, abandonando este paraíso, emigrase á las comarcas heladas del Septentrion, donde César enviaba á sus enemigos para que muriesen de nostalgia? Preguntad al sábio Arquímedes, si una idea semejante, de imposible cumplimiento, pudo presentarse á sus conciudadanos.... Pero ¿dónde está Siracusa?... ¡Montones de fragmentos, matorrales y el silencio de la muerte!....

Viendo el marqués que sus amigos le miraban asombrados, se calló; ocultó su cara entre las manos y se dejó caer á tierra, como anonadado por la fuerza de un pensamiento desolador, que arrancaba de su pecho sollozos desgarradores.

Carlo se acercó á él y le advirtió que la hora del *angelus* se aproximaba.

El marqués se levantó silencioso y prosiguiéron su camino, pero al pasar el puente levadizo de la moderna Siracusa, la alegria natural de su carácter triunfó de sus dolorosos recuerdos.

Se alojaron en buenas habitaciones en la posada del *Sole* y al día siguiente el señor Germano salió á recorrer la ciudad. Media hora despues, Carlo encontró recostado en el parapeto de la fuente de Arethusa, divirtiéndose en lanzar pulas á una docena de lavanderas.

Como el *mezzo-matto* no era conocido en Siracusa por sus antecedentes de sábio y hombre de juicio recto y de gran señor, le fué fácil formarse desde luego la reputacion de loco que queria adquirir para llegar á su objeto. Su aire de escolar en vacaciones y su lenguaje incoherente y el cortejo bohenizo de que se rodeaba, fueron el asunto de las conversaciones del día entre los desocupados. El posadero de la calle *Maestranza*, á cuya casa acudia la gente para recojer anécdotas sobre el *mezzo-matto* para hacerlas circular, ganó buenos pesos en el despacho de sus refrescos.

Una mañana, un médico de la ciudad, cuya reputacion de sabiduria no tenia gran cosa en que fundarse, contó en la posada, que un carpintero del puerto habia muerto de una enfermedad muy semejante al cólera. Esta anécdota alar-

mante evocó los recuerdos fúnebres de la última invasion del terrible flajelo. Se recordó que en la corriente del año 1837, Palermo habia perdido un tercio de su poblacion y que influenciado por la absurda preocupacion de envenenamiento, el pueblo habia *descuartizado* como veinte personas en Siracusa misma.

Los efectos de tal conversacion fuéron sobreexitar los ánimos, y todos se dispersaron yendo á esparcir la alarma por la ciudad. El incidente que vamos á relatar fué una consecuencia de esa alarma, que hubiera ensangrentado nuevamente á Siracusa con la sangre de un inocente, sin la intercesion del *mezzo-matto*.

Poco tiempo hacia que se veia en las calles un pobre napolitano que recorria la Sicilia tocando la gaita;—este hombre era maestro en su arte y daba lecciones por módico interés á los pastores sicilianos.

El *zampognaro* tocaba tambien en frente de los hoteles y *tratorie* para divertir á las gentes; y la tarde misma del día en que los rumores del cólera inquietaban á los habitantes de la ciudad, delante de la posada del *Sole*, arrancaba de su instrumento notas artisticas que llamaban la atencion del marqués. Salió este á la ventana para ver al profesor y distinguió una de esas varoniles figuras napolitanas, cuya miseria, con todos sus atributos, no destruye el tipo de belleza clásica. Estaba apoyado contra la pared en una actitud verdaderamente trágica, realzada por su manto en girones, terciado con la arrogancia de un príncipe de *Braganza*. Su fisonomia dulce, intelijente, resignada, y los sonidos que arrancaba á su *zampogno*, á fuer de artista consumado, inspiraron al corazon del marqués profunda compasion.

De improviso, el músico se detiene, observa espantado un grupo de personas que se acerca y se precipita en la posada cuya puerta cerró.

Una multitud armada de palos y orquillas de hierro, llegó en breve á enfrentar con la posada, lanzando alaridos salvajes, y el que al parecer mandaba la horda, pidió en voz alta que se entregase al envenenador para hacer justicia.

—No hay ningun envenenador aquí, dijo el marqués; no hay mas que idiotas ó ignorantes. Retiraos á vuestros quehaceres y dejad en paz á las gentes.

—Nosotros queremos al *zampognaro*, dijo una vieja, que con una escoba en alto podia servir de modelo para pintar una bruja de las baladas antiguas;—queremos el *zampognaro* y nos lo entregarán. Lo han enviado de Nápoles para envenenar nuestras fuentes.

—Eso es falso,—traedme agua de la fuente de Arethusa, yo la voy á beber, y si me enfermo, entonces, os entregaré al napolitano.

Carlo que andaba aun paseando, y oyó el tumulto, corrió á informarse de lo que se trataba y oyendo á su patron, atravesó la multitud, subió sobre una grada y le dirigió esta arenga:

—Respetad la autoridad del que os ha hablado. Es un buen siciliano y á mas, un hombre de caridad. Retiraos porque sinó yo me encargo de machucar á los recalcitrantes.

Esto diciendo, se remangaba las mangas de su camisa, y mostraba unos brazos á cuyo extremo se veian unos puños, cuyo violento contacto nadie hubiera querido arrostrar. Este modo de argumentar fué de un efecto saludable y los mas exaltados de la turba enmudecieron.

El marqués aprovechó el momento para pronunciar una arenga que llevó el convencimiento á los ánimos de aquellos hombres, que se retiraron saludando, con gran sentimiento de la harpa de la escoba.

El señor Germano fué en seguida á ver al napolitano, á



quien encontró rezando de rodillas, pues ya se consideraba *amazalato*.

—Desecha tus terrores, le dijo; ya no tienes nada que temer. Si quieres, te tomo á mi servicio y te protegeré todo el tiempo que permanezcas en Sicilia.

Al oír esto, el *zampognaro*, no acabó el padre nuestro que rezaba; se puso en pié de un salto y preguntó cuánto ganaría mensualmente.

El marqués le ofreció dos pesos, manutención y alojamiento.

—Excelencia, dijo el músico, con ademanes bufonescos; la gaita es un bello instrumento, pero fatigante para el pecho, teniendo que tocar tarde y mañana; tres pesos mensuales sería un sueldo moderado.

—Te daré cinco llegando á Mesina, pero será para pagar tu pasaje en el paquete de Nápoles, porque veo que permaneciendo mucho tiempo en tu sociedad, todos vamos á adquirir costumbres de bufones.

Las bufonías del pobre *zampognaro*, apesar de la observación del marqués, introdujeron un elemento de acción que realizó los goces de la vida bohemiana.

Carlo, malgrado su ojeriza contra los napolitanos *maldetti*, le cobró afición—Carmina, que tenía buena voz, aprendía sus canciones populares y el marqués se divertía grandemente con sus gesticulaciones.

## VI.

Un día, á la vuelta de un paseo que hicieron para admirar las vistas magníficas del monte *Rosso*, oyeron un gran ruido de herraduras y campanillas. Guardaron silencio y á poco, distinguieron una *lettiga* escoltada por muchos caballeros, que rodaba costearo el mar. Este tren venia del *Noto*, capital de la provincia.

Carlo como périto, aseguró que la *lettiga* debía encerrar á una gran dama ó á una gran señora.

—¡Atención! exclamó el marqués, ahí viene lo que ando buscando.

La carroza avanzaba, con rapidez, correspondiente al aire de dos vigorosas mulas.

La banda compuesta por nuestros amigos, dejó el paso libre, en el momento en que un anciano, de rostro venerable, vestido con el uniforme de capitán general se asomó al postigo. A la vista del señor Germano, su fisonomía se dilató y le saludó afectuosamente. El marqués contestó al saludo y puso su mula al paso de las que conducían la carroza, manteniéndose á la portezuela.

—¿No es el señor marqués Germano, á quien tengo el honor de hablar? preguntó el anciano militar.

—Precisamente,—con la diferencia de que el señor Jeneral no puede recibir honor de los que se le acercan, sino comunicárselos.

—Me considero feliz de encontrar me con una persona de vuestro mérito, señor marqués. Sé que el vulgo os dá el dictado de *mezzo-matto*, pero me han contado un rasgo vuestro que haría honor al mismo Aristides, á quien los Atenienses apedillaban *el justo*. Hablarémos de eso en Siracusa, pues tengo la pretension de manifestaros mi alta estimación en otro lugar menos desierto que este. Los rumores del cólera, que circulan excitando alborotos populares, me han hecho venir á esta provincia, pero en *Noto* me han asegurado que no tendria que usar de mi autoridad, gracias á vuestro valor y á vuestra humanidad.

—¡Ah! dijo el marqués, si tenéis tiempo y dáis crédito á mis informes, os proporcionaré muchas ocasiones de desplegar vuestra autoridad. Hay desgraciados á quienes proteger—hay heridas que cicatrizar.

—¡Hablad, en nombre del cielo! exclamó el Jeneral. Este encuentro es providencial, porque en vano interrogo, escudriño, amenazo;—el odio, el temor ó la adulación, impiden que la verdad llegue á mi oído. ¡Dios sea loado!—encuentro un hombre de corazon y un amigo.

—¡Dios sea loado, digo yo tambien, puesto que mis procedimientos han sido premiados con la realizacion de mis ensueños! Hace largo tiempo que buscaba una alma, noble y generosa, que debía atraer hácia mí, la fama de mis extravagancias. No es preciso ir muy lejos, jeneral, para presentarnos ejemplos, que, como el hilo de Adriadna, puedan guiarnos en el laberinto de las impropiedades administrativas y conducirnos al descubrimiento de la verdad que os ocultan. Esa encantadora mujer que veis dando el pecho á su hijo, es *mezza-matta* de dolor, porque su marido le fué arrebatado por los reclutadores de la marina. Hace seis meses que ignora su paradero, y si la Providencia no me hubiera inspirado la idea de hacerme el loco y divagar y proceder como tal, á la hora de esta, ella y su hijo hubieran muerto, rodeados de todos los horrores que la espantosa miseria arrastra en pos de sí. Ese jóven de anchas espaldas que lleva una guitarra, es un pobre muletero que tenia un pequeño empleo de mensajero;—fué destituido en favor de un napolitano, pero su sucesor se presentó á desempeñar su servicio antes de que este hubiese recibido el aviso oficial de su destitución; se negó insolentemente á exhibir su patente. Carlo, que es mozo de corazon, ofendido de este proceder, le quitó violentamente la correspondencia. Su reemplazante se presentó á la autoridad y dió falsos informes sobre el proceder de Carlo. Fué preso este y se escapó de las garras de los gendarmes. He hecho diligencias en su favor, pero no he podido obtener una resolución que le autorice para circular libremente, no habiéndose tampoco clasificado de contumás, gracias á ciertos temores que hice nacer en el ánimo de sus perseguidores, si llevaban las cosas al extremo. A su tiempo, os informaré en detall de todas esas cosas. Este incidente en la vida de Carlo, impidió que se realizase su casamiento con una magnífica jóven á quien ama y de quien es amado. Ya lo veis, jeneral, de esta manera jamás la Sicilia llegará á tener los seis millones de habitantes que en tiempo de Strabon, disfrutaban de su hermoso clima. ¿Cómo queréis que su fecundo seno no se esterilice si los maridos jóvenes vogan en alta mar y los enamorados se ven forzados á esconderse como malhechores!

—Marqués, dijo el jeneral, veo que lágrimas ardientes que tienen su origen en un corazon entusiasta, inundan vuestros ojos; enjugadlas, marqués. Harémos de manera que vuestros jóvenes acaricien la realidad de sus ensueños, aunque no nos impulsase á ello mas que el deseo de agradaros. Habéis olvidado á otra persona por quien tengo especial interés, deseando conocer los motivos de disgusto que hayan podido influenciarle á tal punto, que haya abandonado su sistema habitual de vida, para conquistar en derecho los privilegios de *mezzo-matto*. Ese de quien os hablo, es el señor Germano, hombre raro y bueno cuánto es preciso serlo, para olvidarse de sí mismo en favor de los demás, que salvó la vida del *zampognaro*, esponiéndose á ser desconocido por la cólera del populacho en efervescencia.

El marqués acereó mas su mula á la portezuela del carruaje, y habló largo tiempo con el jeneral, pero tan bajo que nadie oyó lo que decía. Debía tratarse de cosas serias y de funesta trascendencia, porque el jeneral mordía sus bigotes y fruncía las cejas con aire de indignación y de furor.

—¡Esa es la manera, exclamó al fin, cómo se conducen, cuando se creen lejos de toda vijilancia é inspeccion! ¡Así es cómo se procura conquistar los ánimos en un país donde se-

ria necesario hacer uso de la moderacion y la equidad, á falta de inteligencia y habilidad! ¡Ab! he hecho bien en pasar á esta provincia, en donde me proveeré de preciosos documentos. Sí, marqués, redactarémos juntos, un informe de extremo interés.

—Esperad un poco, observó el marqués; las quejas y declamaciones de un *mezzo-matto*, carecen de fuerza moral, que se obtendria por medio de una pesquisa que recojiese los hechos bastantes á acreditar la exactitud de sus aseveraciones.

—No, no, nada de pesquisa, me ocultarian la verdad.—Vos dictaréis y yo mismo escribiré. Los hombres de mi edad saben distinguir la rectitud y la sinceridad, del fraude y la impostura. El *mezzo-matto* ha adquirido un derecho incontestable á mi confianza. Os estimaba antes de conoceros y ahora que os he conocido, mi afecto es igual á mi estimación. Dadme vuestra mano y hacedme la promesa de que cuando todos los males que me habeis señalado sean curados, cuando vuestros nobles instintos queden satisfechos, volveréis á vuestro palacio, y os rodearéis de vuestra ilustrada sociedad, probando así, que habeis sido reconciliado con el siglo.

—Jeneral, habeis tocado la cuerda sensible de mi alma. No tengo mas que una pasión exaltada, el amor á mi patria. Sobre ella, formemos una figura alegórica, poesia del pensamiento de un *mezzo-matto*. Figuraos una mujer perfectamente bella y cubierta con los andrajos de la miseria,—el *mezzo-matto* la amó en razon misma de su indijencia, cuyo espectáculo envuelve á su corazon en una compasión infinita. Si como Diógenes, tomáis una linterna y vais á buscar un entusiasta exaltado hasta la demencia, dispuesto á morir en la oscuridad, en un rincón del mundo, sin gloria y sin consuelo, por ella,—por reanimarla un instante, por comunicarle una chispa de alegría,—ese hombre sería el *mezzo-matto* que tiene el honor de hablaros, ¡pues tanto y mucho mas que eso haria yo por comunicar á mi patria algo de la vida que la animaba en los siglos de su esplendor!

—Si la Sicilia tuviese muchos hijos que pensasen de esa manera, no tendria que deplorar la prosperidad del pasado. Os espero en Siracusa; recomendadme á vuestros amigos para que no vean con odio á un soldado viejo, cuya sensibilidad pudo ser embotada por la severidad de la disciplina y á quien sin embargo veis conmovido hasta el fondo de su alma, por la relacion que de vuestros sufrimientos le habeis hecho.—Hasta la vista, mi querido Germano; el momento que hemos pasado juntos no se borrará de mi memoria.

Tres dias permanecieron encerrados el jeneral y el marqués en las oficinas de la sub-intendencia. Despues se abrazaron y separándose, el uno partió para Palermo, donde debía embarcarse para Nápoles, llevando un informe voluminoso, redactado con el mayor secreto;—el otro, habiendo alcanzado el fin que tanto deseaba, acompañó á Carmina hasta su casa de Catania y regresó á Taormina con Carlo, diciéndole que podia pasearse tranquilamente, sin cuidarse de la presencia de todos los gendarmes del mundo.

El atlético muletero, vestido de gala, condujo á la iglesia de Gallodoro á su amada Zita, bella como la Diana antigua, ostentando los adornos de boda, que un dia, en su ansiedad, contemplaba con melancolía, como si no debiesen servirle ya. Zita sintió bajo su cotilla de seda que su corazon se estremecía de felicidad, y en su arrobamiento, creyó que la presión de su bracelete de oro era ocasionada por la mano de la fortuna misma, que la conducía al eden de sus esperanzas. A su vista, la admiración de las gentes rayaba en impertinencia, y al señor Germano le pareció tan bella, que manifestó su entusiasmo de una manera alarmante para to-

do otro que no fuese Carlo, que lo atribuyó á su benevolente amistad,—tanto mas, cuanto que el marqués, frotándose las manos, añadió que esperaba llevar pronto á la pila del bautismo un vástago vigoroso de la antigua altiva raza siciliana.

Los desposorios fueron celebrados con alborozo, al compás de las gaitas y guitarras dirigidas por el *zampognaro*. A la noche hubo cohetes voladores que llevaron hasta la exaltación la alegría de los paisanos. Los fogones encendidos al aire libre para preparar la comida, recordaban vivamente la escena de las bodas de Camachos, descritas por el inmortal Cervantes.

La entrada de los esposos á su domicilio, en un carro adornado de follajes, á cuyo derredor danzaba la juventud, terminó esta fiesta pastoral, tan anhelada por el protagonista de estos recuerdos históricos—el *mezzo-matto*, marqués de Germano.

El esposo de Carmina le fué devuelto y la felicidad se instaló definitivamente bajo el techo que ocultaba sus amores, prueba incontestable de que la presencia de un *mezzo-matto*, sirve de benéfico talisman al infortunio, como en otros términos lo habia dicho el marqués Germano, al encontrarse con la interesante Carmina, *mezza-matta* de pesar y abatimiento.

Un mes despues de estos acontecimientos de plácido recuerdo, presidiendo el marqués á los trabajos reparatorios de su *Villa*, cuyo cercado estaba en pié, sobre la línea de justicia, recibió una carta del jeneral.

Despues de haberla recorrido con la vista, se volvió á los amigos que le rodeaban, y leyóles el párrafo siguiente:

«No podeis figuraros, mi querido Germano, ¡cuánta abnegación á favor del bien se necesita, para abogar por él en estas altas esferas,—cuántos intereses de oposicion hay que vencer y cuánto mas fácil y menos peligroso es callarse y dejar al mal que siga en sus labores depredativos!—No os alarmeis, sin embargo, mi entusiasta *mezzo-matto*;—cachaza y esperauza—es mi última palabra sobre nuestros vastos proyectos. Cuando hayan recibido definitivamente la sancion del éxito anhelado, os escribiré, lanzándoos un alarido de triunfo, que será oído en toda la superficie de la Sicilia»

Conociendo el noble carácter y la reputación brillante y justamente adquirida, de su ilustre amigo, el marqués esperó con la confianza que la fé comunica, é hizo levantar triunfalmente las ninfas caídas, que en otro tiempo adornaban su artística fuente.

Cultivó sus antiguas relaciones, sin dejar por eso de divagar con frecuencia por el litoral de Sicilia, en representación del *mezzo-matto*,—hablando segun las circunstancias, ó el lenguaje filosófico de Sócrates, ó el dialecto bufonesco de Pasquino; siempre con la idea de enaltecer la humanidad, rodeando de beneficios al infortunio, como ofrendas dignas de depositar en el arca santa de la patria!

La deuda de los diez y seis *tari*, quedaba satisfecha.

## DEDICATORIA DEL TRADUCTOR

Señor Doctor Don Jaime Estrázulas:

Al hombre de inteligencia, al ciudadano eminente, al excelente patriota, al leal amigo y protector,—rindo un débil homenaje de adhesión, de afecto y de respeto, dedicándole la pálida traducción de este episodio histórico de la vida siciliana.

Pídole permiso á la vez, para reasumir mi opinión sobre sus grandes virtudes y sus altas cualidades, en la clasificación de *mezzo-matto* que el ejercicio del derecho y de la justicia conquistaron al protagonista de estos recuerdos.

AGUSTIN DE VEDIA.



## AVENTURA NOCTURNA

Uno de los parajes mas tristes, sombríos y solitarios que tiene la Ciudad de Montevideo, cuando en una noche de invierno ha tendido la oscuridad su denso velo, acompañado de una de esas espesas neblinas que caracterizan esa estación del año entre nosotros, es la Casa de Gobierno, especie de recuerdo histórico que aun dura de la dominación Española, negruzco como ella misma.

Las doce de la noche resonaban en el reloj de la Caridad, y yo me retiraba de uno de esos soirées en que á merced de una polka ó de un vals concebimos un enjambre de ilusiones que se concluyen tan rápidas como los giros del segundo.

Ningun ruido importuno interrumpía el silencio; la escasa luz de uno que otro farol que luchaba moribundo con la bruma que llenaba las calles, solo servia para aumentar lo fantástico de la hora.

Envueltos el cuerpo en mi cavour y la imaginación en mis recuerdos, atravesaba tranquilamente la calleja del 1.º de Mayo que rodea el Fuerte de Gobierno y que desemboca en la de Washington, cuando á diez pasos de distancia percibí un bulto blanco que con paso mesurado, se dirigía á mi encuentro.

No sé si me asustaría al aspecto de un fantasma, pero cuando vi aquel bulto, preparé mi estoque y seguí adelante.

Aquel bulto era una mujer, cuyo rostro no pude percibir ya por la oscuridad que reinaba, ya porque estaba cubierto por un negro velo; pero ese rostro podía ser bello, y en tal caso, mis diez y ocho años me inclinaban á pretender una aventura.

Por otra parte; la soledad del sitio, lo misterioso de aquella dama, todo excitaba mi curiosidad. Venció pues esta, que es una de mis pasiones dominantes y me acerqué á la encubierta.

—Señora, le dije, creo que lo avanzado de la hora me autoriza para ofreceros una compañía.

—Caballero, me contestó, si la necesitara no hubiera esperado á que un desconocido me la ofreciera.

La voz de aquella mujer era tan dulce que sin embargo de la repulsa que yo sufría, sentí latir vivamente mi corazón, y me empeñé en acompañarla á donde fuera.

Esa mujer me habia dado una respuesta poco satisfactoria, pero me habia respondido y era lo bastante para que yo no desistiera de mi propósito.

—Cuando me interesa una cosa no me arredran los obstáculos que tengo que vencer. Si hubierais sido mas condescendiente, tal vez os hubiera dejado, señora, le repliqué, pero ved aquí que vuestra resistencia ha aumentado mi curiosidad y decido seguirlos.

—Es un atrevimiento.

—Os engañais, es una galantería, á que no solo me autoriza sino que me obliga el temor de que os acontezca algo desagradable.

—No os conozco.

—Aun no me habeis visto el rostro, ¿cómo sabeis que no os intereso?

—Soy casada.

—Tanto mejor, respondí, pretendiendo dar á mis palabras el tono que tienen las de los calaveras.

Nunca he sido atrevido en materias de amor, pero aquella noche pasaba por mi alma algo de extraordinario que me habia transformado completamente.

La noche era muy fría y la bruma espesa; pero mi rostro estaba encendido, y mi corazón latía vivamente.

Todo esto no era un obstáculo para que mi audacia creciera de momento en momento.

Durante el diálogo que acabo de transcribir habíamos llegado á una casa cuyo exterior no pude distinguir á causa de la estremada oscuridad de la noche.

La desconocida se detuvo al llegar á ella; y yo que entonces me concretaba á imitarla, hice lo mismo. Introdujo una llave en la puerta, y mientras ejecutaba esa operación, me dijo:

—Ya os he advertido que soy casada, mi esposo no está, y cuando esto sucede, ningun hombre entra en esta casa; por lo tanto, os ruego que os retiréis.

Entre tanto la puerta se habia abierto, la luz de un farol que pendía del techo del zaguán dió de lleno sobre el rostro de aquella mujer, cuyo velo habia desaparecido; pude pues contemplar la belleza de aquel rostro, belleza peregrina, incomparable, ideal, que me desconcertó; creí tener delante de mí un ángel, pero un ángel tentador, provocativo, el ángel de la lascivia en una palabra.

De cierto que si mi timidez habitual no hubiera cedido en aquellos momentos el imperio de mi alma á una especie de audacia febril que me animaba, me hubiera retirado maldiciendo mi destino.

Pero yo habia notado un tanto de afectación en la indiferencia con que me trataba la desconocida, y esto hizo crecer mis fuerzas admirablemente.

*Audaces fortuna juvat*, dice el adagio latino, y creí llegado el momento de experimentarlo.

Aprovechando los instantes y con toda la lijereza que puede me apoderé de una de sus manos añadiendo al mismo tiempo:

—Estais comprometida y en vano tratais de ocultar la turbación que precursora del amor que me debeis os agita interiormente.

Dió un grito y cayó en mis brazos presa de un accidente vertiginoso.

Un minuto mas tarde estaba aquella mujer desmayada sobre un sofá de la sala, y yo locamente enamorado le daba á oler un pomo de agua Colonia.

Vanamente busqué los criados que era de suponerse existieran en la casa. No habia nadie.

En todo aquello habia algun misterio.

¿Quién era aquella mujer? ¿de dónde venia á hora tan avanzada? ¿cómo se encontraba sola en aquella casa? fueron las preguntas que me hice en tales circunstancias.

Por fortuna el accidente pasó con prontitud, y si bella me habia parecido antes del desmayo, sublime y espléndida me pareció despues de él.

Yo era un niño que jamás me habia encontrado en situación tan difícil; acostumbrado á la coquetería de las niñas de salón, no habia podido hasta entonces sentirme dominado por una pasión que absorviera toda mi alma; y si mil ilusiones me habian alagado en medio de la agitación de una mazurka; cuando mi brazo rodeaba la cintura de alguna de aquellas habian desaparecido como desaparecia el cansancio producido por ese ejercicio. Y es que hasta aquel momento, yo no habia contemplado mas que la belleza afeminada de mis amigas; habia visto rostros bonitos pero lánguidos, impotentes, por decirlo así, y que no eran capaces de inspirar mas que pasiones pasajeras.

En el libro del destino estaba escrito que debia llegar un instante en que encontrase una mujer magnífica, una especie de ángel endemoniado que hiciera latir mi corazón con toda la fuerza de sus fibras, que hiciera estremecer mi sensibilidad con toda la violencia de que ella es susceptible.

Aquella mujer estaba delante de mí imponente y majestuo-

sa, y amándome, porque el desmayo que habia sufrido no era efecto del temor, sino de una impresión repentina que indudablemente le habia producido mi inesperada audacia.

Hay en la vida del hombre momentos supremos que deciden de su porvenir, y yo creia encontrarme en uno de ellos.

—Estamos solos, señora, dije á la desconocida, fácilmente comprenderéis que vuestra hermosura me ha sorprendido y deslumbrado; en vuestra mano está la vida ó la muerte de mi corazón. Una sonrisa puede hacerme dichoso, un reproche infeliz. Decis que sois casada, bien, acaso me engañe, pero no sé por qué se me figura que los lazos conyugales no han sido para vos los del amor.

—¡Caballero, me replicó, si creéis estar delante de una de esas mujeres vulgares que buscan en los brazos de otro hombre los placeres que la indiferencia ó el odio hácia un esposo puede impedirles buscar en este, os engañais groseramente. Cierito que vuestro acento me ha hecho estremecer, cierto acaso que os ame, pero tengo la bastante firmeza de alma para guardar ileso mi honor; si sois digno de que os ame, respetadme.

Por tantas transiciones habia pasado mi espíritu que me sorprendió bien poco encontrarme delante del ángel de la pureza, cuando creia tener á mi frente el de la lascivia.—Me habia, pues, equivocado, pero me alegré de ello porque me pareció que un amor tan espiritual como el que se me ofrecia me elevaba un tanto sobre la esfera de los seres vulgares. Y es que en medio del prosaismo de mi vida tengo mucha inclinación á lo maravilloso, á lo orijinal, á lo que rara vez sucede.

Cada vez me interesaba mas la aventura y procurando por lo tanto que mi nueva amante no notara en mi rostro ningun signo que le hiciera conocer el engaño que yo habia sufrido, le dije:

—Me habeis revelado en esas pocas palabras el secreto de toda vuestra vida. Sois casada, pero no amais á vuestro esposo. Me pedis respecto, y os ofrezco adoración.

Asaltóme de pronto una turbación terrible; recordé la pregunta que poco antes me habia hecho, ¿de dónde viene esta mujer á hora tan avanzada? Si supiera lo que es el miedo diria que entonces lo habia sentido. Resolví salir de aquella penosa curiosidad, y lo que me habia preguntado á mi mismo se lo pregunté á ella.

—Es un misterio, me respondió.

—¡Ah! pero hay misterios que nos matarian si siguieran siéndolo; y este es uno de ellos para mí. Comprendí que el demonio de los celos empezaba á enseñorearse de mi corazón.

—Pues bien, os diré de donde vengo, pero antes es necesario que escuchéis una historia cuyo solo recuerdo me estremece.

Hace cuatro años que en una tarde de verano, cuando descendia el sol lentamente á su acaso dorando las crestas del cerro de... en cuya falda se eleva el pueblecito de... en que á la sazón vivia con mis padres, se apareció en nuestra casa un hombre, cuyo rostro no dejaba de ser bello, lo que no impidió para que yo antipatizara con él fuertemente. Era un primo mio, rico, poderoso y lleno de ese orgullo tan general en los que tienen una gran idea de sí mismos. Mi padre me lo presentó como el elegido para hacerme feliz. Protesté esponiendo que no solo no amaba á quel hombre, sino que le aborrecia; la única respuesta que obtuve del autor de mis dias fueron estas palabras:

—Espero que no desbaratarás mis proyectos; porque de tu matrimonio depende mi riqueza.

En tan horrible situación recurrí á mi madre, le espuse mis temores acerca del porvenir que me esperaba, el odio

que habia concebido hácia mi primo, y en fin, mi infelicidad si los proyectos de mi padre se realizaban. ¡Oh! yo odiaba tenazmente á aquel hombre. Lloré mucho en los brazos de mi madre y ella me prometió oponerse á la boda.

Entre tanto mi primo me perseguia; en vano le dije que no le amaba, en vano que jamás seria suya.

—¡Bah! me replicaba, tú me debes amar, Elisa; eres muy jóven aun, y no comprendes las ventajas que reportarás con nuestro enlace.

Yo me admiraba de su impavidez, y él parecia desafiar á mi resistencia. Aquello me martirizaba.

Quince dias se pasaron en aquella lucha atroz. Mi primo debia partir para el Paraguay por ciertos negocios de importancia; pero antes de ello concertó con mi padre que á su vuelta se efectuarían los proyectos de ambos. Tuve miedo, pero mi madre me alentaba ofreciéndome su auxilio para todo caso.

Partió, pues, despidiéndose de mí con cierta sonrisa, tan diabólica, tan horriblemente espresiva, que me acometió un vértigo repentino, pero no tanto que no le oyese decirme: «Serás mía antes de lo que te supones.»

Me puse mala; el médico del pueblo dijo que si no me trasladaban á Montevideo ó á otra ciudad cualquiera, concluiria prontamente mi existencia.

Seis meses habian transcurrido; nos hallábamos alojados en una casa de la calle de... era una noche de invierno igual á esta; la niebla era tan espesa como ahora, la oscuridad sombría. ¿Oís? un trueno, tambien entonces tronaba; estaba mi madre sentada en una butaca, y yo un tanto restablecida de mi salud, leia una novela de costumbres—mi padre no estaba en casa; le esperábamos.

Llamaron á la puerta de la calle, se abrió esta y entraron como seis hombres; á su cabeza venia mi primo.

Lo que entonces sucedió fué terrible, (noté como una nube que pasaba por la frente de Elisa; palideció y una lágrima rodó por sus mejillas); quisieron apoderarse de mí, pretendió privarlos mi madre, pero cayó asesinada por aquellos foragidos—Yo no veia, no oia nada; perdí mi sentido. Cuando volví en mí, me hallaba en una pieza tan pequeña que no pude comprender en donde estaba, observé que habia una ventana, miré por ella, y solo se estendia ante mis ojos el imponente aspecto del océano; me hallaba en un buque.

A poco rato se apareció mi primo preguntándome con una mirada burlesca cómo me sentia.

—¿Qué has hecho de mi madre? le dije.

—Duerme, me contestó, en un pozo de la casa que acabas de abandonar. Pero no llores; ahora vas á gozar, irémos á Paris, á Londres, á Madrid, pasearémos la Europa entera, quierolucirte esposa mia. No viviremos mas que en palacios suntuosos; verás todas las maravillas que encierra el viejo mundo. ¡Oh! vamos á gozar mucho;—y aquel infame reia de todas veras.

—Has dicho que soy tu esposa, le contesté; pero mientes, miserable, jamás lo seré del asesino de mi madre.

—¡Ola! cualquiera diria que te olvidas de que estás en mi poder; y sin embargo, esto tambien te parecia irrealizable. Cálmate, yo espero que me has de amar.

Llegamos á Paris, los miserables se encuentran en todas partes, así es que contra mi voluntad, no faltaron un sacerdote y unos testigos que me hicieron la esposa de mi primo D. Francisco Fernandez.

La iglesia nos bendijo, pero mi corazón repelia tenazmente á mi primo.

Todo fué en vano; él no pudo conseguir poseerme de la manera que su sensualidad le hacia desear.

A fuerza de artificios logré que su mayordomo me pres-



tara su cooperacion, para huir del lado de mi esposo; y pude secretamente conseguir dinero y un pasaje para Montevideo.

Me hice acompañar de una sirvienta de confianza, y á las doce de una noche me embarqué en Madrid en la diligencia que salia para Barcelona, donde un buque se aprestaba á salir al otro dia para la América del Sud.

Llegamos á Montevideo, y mi primer diligencia fué alquilar la casa donde existen los restos de mi madre. Los vecinos creen que está habitada por duendes; y aseguran que todas las noches á las once sale uno de ellos. Soy yo que oro por el alma de mi madre.

—¿Y no teméis caer de nuevo en poder de vuestro inhumano esposo? la pregunté.

—No por cierto, me contestó, tiene muchos remordimientos; y además, como es cobarde, teme terriblemente á la justicia de los hombres con quien se estrellaría si viniese.

Yo me sentia fuertemente afectado con las raras cosas que oia y que me habian pasado aquella noche.

Elisa, cada vez mas bella me miraba dulcemente, y yo me extasiaba con su hermosura.

—¿De manera que hasta hoy no habeis amado!

—Es verdad, pero desde que oi vuestra voz senti que mi corazon se agitaba interiormente y comprendo que amo.

—¡Ah! le dije; el amor que me ofrecéis, es un amor tan espiritual, que solo vos me lo podiais hacer desear—veo que jamás seréis mía, pero me habeis transformado y encuentro muy dulce el idealismo que me haceis probar.

—Comprendo que sois digno de que os dedique el alma entera, si, si, os amo, os amo hasta no poder mas.

Poco á poco nos habiamos ido acercando uno á otro, hasta que nuestros lábios se sellaron en un beso magnético, embriagador, dulcísimo.....

—Tengo deseos de suicidarme, le decia ayer á mi amigo Eduardo de.....

—Estás loco, chico, me replicó.

—No, pero has de saber que, (y le conté la historia que acabo de narrar.)

—¿Y qué mas? me preguntó.

—Que todo ha sido un sueño.

JOSÉ MANUEL.

## UNA MUJER COMO HAY POCAS

POR

Mateo Magariños Cervantes.

VIII.

Mientras Carlos se retiraba apesadumbrado por reconocer que eran vanos sus propósitos para encontrar la dicha en el aturdimiento, un grupo de calaveras, entre los que se encontraba Antonio, se entretenían en ridiculizar á un almirante galan que le decia á su dama:

—Si, Dolores, como le he repetido muchas veces, cuando no me casé entonces, ya no me casaré nunca.

Este entonces se referia á la época en que D. Narciso se creia ciegamente apasionado de Dolores, sin embargo que su pasion no era un obstáculo para que su vientre creciese y sus formas fuesen mondas y redondas como su inteligencia.

Un si ó no ó de lusingo cuando necófito en la carrera social fué parte para que entonces no se atreviese á mani-

festar sus inclinaciones, contribuyendo por otra parte á su silencio le raquíptico de su bolsillo.

Dolores que ahora se encuentra casada con un individuo por quien en aquel entonces hizo todo género de locuras interpretando por un sentimiento de amor apasionado lo que no era sino un raptó, lo que no era sino un capricho ó una necesidad de los diez y ocho años, le contestó con un refinado coquetismo:—«Hace Vd. muy bien porque para Vd. no hay mujer digna»—acompañando sus palabras con una mirada espresiva y tierna á que un hombre de mundo daría mil diversas interpretaciones.

Antonio y sus amigos no pudieron contener su hilaridad.

D. Narciso, sin embargo, por temperamento frígido, por falta de inteligencia ó por otras causas que no son del caso, erguió el cuello, meneó la cabeza y sacó la pechuga como hace el mas orgulloso, vano é inútil de los animales conocidos, el pavo real, así que se percibe lo están contemplando.

Antonio, luego que D. Narciso se hubo alejado con su pareja, dijo á sus compañeros:

—El único sentimiento que me experimenta ese tonto es el del amor propio lisonjeado; no ha meditado un instante ni comprende el alcance de las palabras de Dolores, porque es una criatura incapaz de coordinar dos ideas diferentes, y menos resolver el dilema que se desprende de las palabras que se le acaban de dirigir. O en efecto Dolores siente lo que dice, ó no lo siente. Si lo siente, ella experimenta despues de casada el sentimiento de amor que no supo inspirarle cuando soltera y está dado el primer paso para que Narciso le haga el amor puesto que ella es la primera en sublimarlo. Si no lo siente, si sus palabras no pasan de un refinado coquetismo, si es, como creo, un cruel sarcasmo que tal vez ha repetido á otros en iguales circunstancias, si solo significan las muchas palabras que forman la moneda corriente del cambio de galanterias que la sociedad ha emitido, entonces ha debido sentarla inmediatamente.

—Pero Narciso, contestó uno de los del corrillo, se contempla feliz con solo las apariencias.

Alejandro Dumas le llamó bello, desde Paris; una mujer le dice que ninguna es digna de él, y eso basta para tenerlo perfectamente empachado. Para una cabeza bien organizada esa respuesta de Dolores nada otra cosa significa sino un horrible sarcasmo.

La mujer que siete años antes no creyó á Narciso digno de ella y se casó con otro, no puede siete años despues aplicarle la parodia de Carlota con su querido Werther, cuando este puso en manos de su amada su destino diciéndole:—«Buscadme una mujer que te sustituya en mi corazon y entonces dejaré de amarte.»

—Por otra parte, repuso Antonio, un observador frio y perspicaz encontraría argumentos y pruebas muy palpitanes en este mismo baile para tomar como un escarnio las palabras de Dolores. Hace un instante estaba radiante de coquetismo provocativo con el embajador de F..... hombre sin mas atractivo que su posesion social por el cual tampoco sentia otra cosa Dolores que vanidad, y digo vanidad, porque si ella fuese capaz de sentir amor y lo ejercitase en el embajador, seria preciso desesperar del corazon de la mujer; vanidad, sí, porque no otra cosa sienten las criaturas que tienen mas espíritu que corazon, mas amor propio que expansion.

Entre tanto el bullicio de la música, el calor de las luces, los movimientos cadenciosos del wals daban vida y animacion á todos los semblantes.

Dolores paseaba satisfecha del brazo de Narciso gozándose en su ficcion, único alimento de esas almas secas para quienes el amor tiene horizonte, ó mas bien para las que el

amor equivale á un juguete que acaricia el niño con entusiasmo el primer dia que lo recibe y lo desdeña y quiebra pocas horas despues.

Por su parte Narciso se contoneaba regocijado por la seguridad que habia adquirido del amor de Dolores y continuando el diálogo le decia:

—Siquiera se prolongasen estos momentos que son los únicos que gozo la felicidad de tenerla á mi lado.—Vd. no se imagina cuanto reboso siento en mi corazon al estrechar su brazo con el mio.

Y Dolores contestaba:

—Por mi desearia que nunca se acabase el wals, hay algo que no puedo esplicar que me conmueve dulcemente á su lado; y ambos se miraban con ternura.

¡Oh! vosotros los que nada podeis espresar porque nada sentis, vosotros los que haceis un escarnio de los efectos del alma, vosotros comprenderéis lo que quiere decir ese algo.

Ese algo es hermano legitimo del sentimiento que experimenta Satanás cuando vé una criatura presa de una tentacion violenta.

La mujer que provoca ser amada sin participar de esa sensacion, está poseida de instintos diabólicos, poniendo en juego su belleza para evocar las malas pasiones de los hombres.

Terminado el wals, Antonio buscó por todo el salon á su amigo Carlos y no encontrándole se dirigió á Elisa, quien le refirió la conversacion que habia tenido y su indisposicion aparente, con lo que Antonio comprendió la verdadera causa de la ausencia de su amigo cuyas huellas siguió inmediatamente.

IX.

Dos meses habian transcurrido desde la última noche que vimos á Carlos en una tertulia particular, y durante ese periodo se habia entregado esclusivamente al estudio en el Museo Británico Fatigado de recorrer en vano los sitios de placer sin encontrar la tranquilidad que buscaba, habia reconcentrado todos sus afectos y procuraba extraer de la purisima fuente de los conocimientos humanos, si no la felicidad completa, el consuelo que proporciona la tranquilidad del estudio.

Unicamente su amigo Antonio solia interrumpir la monotonía de su vida de estudiante, y fué este quien vino á recordarle con los colejales de Putney, á la regata que debia tener lugar ese dia.

Esta fiesta es una de las mas populares de Londres.

Todos los puentes estaban coronados de espectadores.

Los innumerables vapores que á todas horas recorren el Tamasis, contenian crecido número de pasajeros á quienes llamaba la curiosidad.

En ambas riveras del rio se veian apiñados elegantes carruajes conteniendo las familias mas distinguidas.

Esta regata tenia lugar á consecuencia de un desafio entre los colejales ya mencionados y los de Eaton College.

El punto de partida era el Puente de Londres, y á la vuelta estaba en el puente suspendido de Hammersmith.

Inmensa era la ansiedad de los concurrentes á la vista de las preciosas piraguas de un génio especial, que debian disputarse el triunfo.

Cada una de ellas contenia ocho remeros distinguiéndose los del Colejio de Putney por su traje celeste y blanco y los del Colejio de Eaton punzó y blanco.

Aparejadas las dos piraguas partió el tiro que servia de señal para comenzar á remar, y al son de los estrepitosos aplausos de la multitud, los vigorosos remeros hacian es-

fuerzos para quebrar la corriente contra la cual tenian que luchar valerosamente.

Debe advertirse que la estructura de estos botes no permiten mas que un remero en cada asiento, de manera que es necesario unir al vigor la destreza en el manejo del remo, sucediendo con frecuencia que la falta de armonia en uno solo de los remeros, contribuye á que se pierda el equilibrio y darse vuelta.

Era de verse la ansiedad de los espectadores, cada vez que al atravesar los arcos de los puentes intermedios, algunos de los botes perdian un palmo de terreno.

Sucesivamente se pronunciaban la victoria y la derrota.

Esto no obstante se multiplicaban las paradas y habian innumerables libras esterlinas interesadas en el triunfo de cualquiera de los contendientes.

Ya se habian vencido los principales inconvenientes que ofrece las insinuosidades del rio, ya estaban aparejadas las dos piraguas, ya no faltaban sino cien varas para llegar á la meta, cuando la del distintivo azul y blanco comenzó á tomarle la delantera á su adversario.

Vanos eran los inauditos esfuerzos de estos para conseguir aparejarse.

Podia decirse pronunciada la victoria porque ya no habian puentes que atravesar, ni tortuosidades que casualmente los favoreciese, en ese trecho la destreza y la pujanza eran las únicas que debian decidir la cuestion.

Vivos y estrepitosos aplausos llenaban el espacio, cuando de improviso la piragua victoriosa se dió vuelta con la velocidad de un relámpago.

En las regatas como en las carreras de caballos ingleses, el no llegar á la meta aun cuando se lleve delantera, produce un resultado negativo, pues no está previsto el caso fortuito; de manera que á la desgracia del golpe de un caballo ó de un baño intempestivo, se reune el disgusto de perder la apuesta.

A esta desgraciada eventualidad fué debido el que una fiesta tan popular, concluyese con poquísima animacion.

Algunas de las familias que con entusiasmo la presenciaban tenian entre los remeros deudos y amigos, y fué por eso sin duda, que al mismo tiempo de la catástrofe, partió de uno de los coches un grito agudo, cayendo desmayada una jóven de peregrina hermosura.

Entre tanto los remeros procuraban salvarse, ganando la orilla mas próxima, no sin grande dificultad, puesto que no es el momento mas oportuno para tomar un baño, despues de una hora de esfuerzos que determina un sudor general.

Fué despues de algunos minutos de acaecido el suceso que los espectadores mas próximos se apercibieron de la falta de uno de los remeros.

Era Carlos que no pudiendo soportar la impresion súbita del agua fria, perdió el sentido y fué arrebatado por la corriente.

Para fortuna suya detrás de los botes que se disputaban la apuesta, acostumbraban venir otros muchos con el resto de los colejales y demas *amateurs* de este género de juegos, así que uno de estos botes recojió el inanimado cuerpo de Carlos y colocándolo en uno de los carruajes que al momento se puso solicitante á su disposicion, lo llevaron á *Loner Mallin* que como ya se ha dicho, estaba próximo á *Suspension Bridge*.

X.

Durante la enfermedad de Carlos venia todos los dias á interesarse por la salud una jóven sirvienta, sin manifestar la familia en cuyo nombre inquiria, lo que, en Londres, no despierta la menor sospecha, puesto que la sociedad transi-



e con ciertas relaciones ilícitas de la juventud que son una garantía para la moralidad de una familia.

Esta joven sirvienta pertenecía á la familia de Alejandrina, que era la que tan solícita se mostraba por la salud de Carlos.

Alejandrina habia concebido por este una pasión tanto mas violenta cuanto el pudor le obligaba á una severa reserva que estuvo á punto de romperse en la ocasion que se viró el bote que manejan Carlos y sus amigos, cuando la regata de los colejiales de Putney; siendo ella la joven que vimos desmayar por aquel suceso.

Próxima á contraer un matrimonio que era el resultado de uno de esos compromisos de familia, tan comunes y tan fatales en Europa, vió á Carlos en Windsoe, y desde entonces le encontraba con frecuencia en sus paseos á Hyde Park y en los teatros, alimentando así un irresistible sentimiento de amor oculto, que suele ser el mas verdadero y puzante, de tal manera que paseándose por Regent Street, á pié, un día vió entre varios retratos colgados á la puerta de uno de los principales establecimientos de electrotipo, el retrato de un hombre que amaba, y cediendo á un irresistible impulso del corazón, joven y entusiasta, puso los medios por otra parte muy sencillos, para obtenerlo y lo consiguió.

Es preciso haber amado con idolatría y en secreto alguna vez en la vida, para comprender los efectos que produce la contemplación de la inanimada imájen del objeto de nuestro cariño, sobre todo, en la mujer joven á quien el rubor no consiente estasiarse por mucho tiempo delante del hombre que la enamora.

A ese irresistible encanto fué sin duda debido que Alejandrina olvidase todas las conveniencias sociales, y apesar de estar comprometida para contraer un matrimonio convencional, le dirige á Carlos la siguiente carta que recibió por la posta.

«Te amo! te amo!

«Es la primera vez que experimento un deseo vehemente de repetir, de probar por todos los medios lo que siento. En todos los idiomas quisiera gravar, cantar, escribir, bordar, con mis cabellos esas palabras *yo te amo*.

«Pensar en tí, soñar contigo, escribirte, hé ahí mi único consuelo, ya que no puedo estar á tu lado noche y dia.

«¡Oh Carlos!..... mi amor..... sabes que no puedo tener amante pero ahora tengo amor.

«Si supieses cuantas veces sola en mi cuarto invoco tu imájen y me arrodillo delante de ella delirante de amor y de deseos que nunca se podrán satisfacer.

«Lloro, muerdo mis cabellos, corro por todo el cuarto, llamándote con los brazos abiertos, el corazón palpitante, y por fin, fatigada, toda trémula, me reclino en el sofá con tu retrato en el cual imprimo mil besos.... pero ¡ah! mis labios están ardiendo y el vidrio es tan frio!...

«Pero ¿qué digo? ¡insensata!... si aunque estuviese, yo no podría besarlo, acariciarlo, de manera que despues el menor contacto con otro no fuese una profanación en cuanto él me amase.

«Las caricias que para otras son calmantes, aumentarían en mí la fiebre que me ajita hace cinco meses.

«¡Dios mío! ¿Por qué tanta energía para desear lo que quizás nunca podré alcanzar? y sin embargo, no me atrevería á decir que sería feliz si no te hubiese encontrado. Yo juzgo que mi organización era débil pero no susceptible de pasión.

«Ahora conozco que hay un amor que ningún idioma puede expresar, que no se puede exajerar en las poesías y en los romances.

«El romance de amor es el amor del cual no se puede hacer romance. Queda en el fondo del corazón de aquellos que tienen el corazón como los nuestros y amor como el mío. No

digo amor como el nuestro porque tú ya amastes á otra y mucho.

«Quieres que maldiga los sufrimientos que padezco por tu causa, cuando esos sufrimientos me prueban que no tengo energía física, que si he de vivir una vida siempre combatida, esos mismos sufrimientos me revelan que se aman estrechosamente?

«Acepto todo lo que venga de tí. Penas y venturas, sonrisas y desdenes.

«Alejandrina.»

La enfermedad de Carlos coincidió con la fiesta de San Valentin que en Londres sirve de pretexto para chasquear á los amigos y conocidos, enviándoles cartas amorosas ó alguna otra broma que se armonice con los instintos de la persona á quien se pretende embromar; de manera que Carlos no dió á la carta firmada por Alejandrina la menor importancia, atribuyéndola á su amigo Antonio, única persona con quien habia conservado de las impresiones que esta joven le produjera desde que la encontró en Virginia Water.

Por lo demas, Carlos ignoraba lo del desmayo y en un momento del delirio que le produjo la fiebre, al principio de su dolencia, si nombraba á Alejandrina era suponiéndola casada con otro.

Sin embargo, apenas se vió con su amigo, le mostró la carta que acababa de recibir manifestándole al momento la sospecha que tenia, pero Antonio le aseguró que no era escrita por él.

Entonces Carlos la atribuyó á una broma de Elisa y comenzó á preocuparse con aquella carta buscando su verdadero significado cuando habian transcurrido muchos dias despues de las fiestas de San Valentin, y en circunstancias que Alejandrina debia verificar su enlace con otro hombre.

Antonio le fortificó en esta creencia, encargándose de investigar la verdad.

(Continuará.)

## LA CRUZ Y EL DIABLO.

«La Cruz de América», artículo que publiqué en *El Nacional* de Buenos Aires y que reprodujo *La Aurora*, ha sido analizado y combatido por el *insigne literato* D. Domingo de Beltran.

Unas veces castiga Dios y otras veces castiga el Diablo.— Es sabido que el rey de los infiernos, no castiga lo malo sino lo bueno, como contrario á su sistema infernal.

¡Buena fuera que el génio  
De los abismos,  
De los hijos del Cielo  
Fuese padrino!

«La Cruz de América» recuerda los horrores de la conquista, los abusos del clero y la tiranía de España.—El Diablo ha hecho oír su voz caberosa para protestar contra esas verdades y blasfemar contra mí.

Decía que el Sr. de Beltran se ha ocupado de mi artículo, refutándolo, defendiendo la inquisición y la conquista, y apostrofándome de *miope*, de *atrevido*, de hombre de *pasión vulgar* etc.

Que dónde las dan las toman,  
Dice un refran español;  
Vamos pues, dando y tomando,  
De la pandereta al son.

Yo no quiero tomar estas cosas á lo sério, ni menos defender mi escrito;—lo primero sería ridículo, lo segundo se lo dejó á la historia.

Solo me propongo hacer un *juguete literario*, para aprovechar las ráfagas de buen humor que tengo siempre en el mes de Mayo, mes de nuestras glorias y de las derrotas de los dominadores del Nuevo Mundo, á los que defiende el redactor de *El Eco*—

Y como diz que soy miope,  
Para seguirle la pista  
Tendré que andar al galope,  
O para que no me tope,  
De antejo de larga vista.

*El famoso publicista catalán*, ha clasificado de *barbaridades* mis asertos; y si en verdad lo fueran, no habria hecho mas que probarnos lo que dice un refran de su tierra, que *no es mal sastrer el que conoce el paño*.

Pero el *lince* llama barbaridades á toda idea liberal, á toda acusación contra la España, á todo anatema contra los crímenes cometidos en América, por los esbirros de la monarquía y la teocracia.

Y en este sentido son tambien barbaridades, todas las obras escritas por nacionales y estrangeros, en las que se atacan los mismos abusos y los mismos delitos.

El por qué de haberse apresurado el Sr. de Beltran á llamar barbaridades á mis ideas de «La Cruz de América» se explica en esta cópla—

Lláname antes que te llame  
Pues no sea,  
Que te apostrofe la infame  
Tan pronto como te vea.

El redactor de *El Eco Español* dice que la conquista es un mal, que mas tarde se transforma en bien. Pero si el mal puede transformarse en bien, con mas razón podrá este transformarse en mal.

Solo así se explica el por qué los mas santurriones suelen ser los mas pícaros. Como el Sr. de Beltran *está enfermo*, no es extraño que en el desorden de sus ideas quiera abusar de los principios invariables y eternos.

Y volviendo sobre su singular teoría sobre las transformaciones del bien y del mal—

A nadie habrá sorprendido  
Ver á los buenos con cola,  
Y á los malos, en el nido  
De San Ignacio Loyola.

Hé aquí un párrafo *magnífico* cuya redacción es *sui generis* y cuyo contenido es una verdad de *Pero Grullo*:

«América sin el descubrimiento de Colon, sin la conquista de los Españoles, aun serian sus habitantes miserables, ignorantes, perdidos y errantes en su mayor parte; aun como Cafaleurá tendria que hacer la guerra á muerte con otras tribus, aun como muchas tribus del Brasil y otras, sobre la guerra á muerte cometerian el nefando crimen de comerse á sus prójimos.»

¡Chasco se hubiera llevado  
El indio mas antropófago  
Si hambriento de carne humana  
Se hubiese engullido al prójimo! (\*)

Indudablemente que si el Nuevo Mundo no hubiera sido descubierto, tampoco hubiese llegado á él la *rancia* civilización española. Pero es *cuestión de apreciaciones*, saber si conviene mas á los pueblos permanecer en su estado primitivo, ó salir de él para tener señores, educarse en el vicio y vestirse de harapos.

(\*) Beltran es una mómia.

Nadie conquista para hacer la felicidad ajena sino la propia. Todas las naciones han conquistado y conquistan para dominar y usurpar; pero hablando de la España—

La ciega ambición del oro  
Fué el móvil de su conquista,  
Quien afirmo lo contrario  
Adula y dice mentira.

El Sr. de Beltran confunde la civilización con la conquista; civilizar es una y conquistar es otra. Llevar á un país inculto la ciencia y la verdad, la libertad y la luz, es una virtud; esclavizar á sus habitantes y educarlos en el error, es un crimen.

La España conquistadora esclavizó á estos pueblos, les robó sus tesoros, les dió un Código sangriento y les hizo adorar al Dios del fanatismo.—Por eso fué criminal, y por eso la América en uso de sus derechos, la arrojó á balazos de su seno!

En cambio de las riquezas con que cargó sus naves é inundó su suelo, nos dejó el herrumbre de sus cadenas, porque la tiranía fué su sistema político y religioso.—A propósito de religión—dice D. Domingo que denigro la religión católica, y es porque no sabe que yo—

Entiendo por religión  
El dogma del Cristianismo,  
La muerte del fanatismo  
Y el triunfo de la razón.

Las verdades de «La Cruz de América» están comprobadas con la historia. Los esclavos de los reyes y sus miserables apologistas, son los que *unas veces sientan hechos falsos y otras los desfiguran*; pero los que estamos habituados á mirar á todos los hombres por igual, decimos siempre la verdad, porque no nos intimidan los fantasmas del poder.

Esos fantasmas son los ídolos del redactor de *El Eco Español*, nuevo Quijote, que lanza en ristre, pretende derrumbar los Andes, para borrar las verdades que el génio de la libertad grabó sobre sus cimas.

¡Oh España del presente  
Si así son los campeones  
Que lidian por tu honor en Occidente,  
Que lloren tus leones

De lágrimas amargas un torrente!

Pero ya que el mismo Beltran confiesa al fin que la conquista es mala, que los Españoles fueron crueles y que el clero cometió abusos, doy al desprecio sus impertinencias y sandeces y perdono su ignorancia y su audacia.

Y porque no se crea que abrigo animadversión contra los españoles dignos, concluyo así: Aunque nacido en América todos los hombres son mis hermanos;—pero distingo á los Cain de los Abel;—para aquellos la infamia, para estos la gloria, para todos la justicia.

Mayo—1863.

LAURINDO LAPUENTE.

## LOS AMORES DE MONTEVIDEO

POR

ANTONIO DIAZ (hijo).

VI.

Don Indispensable.

Los movimientos de la política, que á impulsos de un orden progresivo, dejeneran á veces en trastornos civiles, produciendo revoluciones materiales é intelectuales, han he-



cho del Estado Oriental, de algunos años á esta parte, el gran escenario, donde se han producido cuadros dignos de estudio.

Las revoluciones en consecuencia, despiden figuras tan remarcables y caracterizadas, que apoderándose del espíritu de la época, dominan en el terreno de la celebridad para pasar á las edades.

Pero no pensamos ocuparnos de las notabilidades verdaderamente célebres, tanto en armas, como en política y literatura de la República Oriental.

Las sombras laureadas de los valientes que pasaron, de los hombres ilustrados, que produjeron también la libertad del Rio de la Plata, con la pluma mojada en lágrimas, y tinta con la sangre de Mayo, nos inspiran veneración, y no tratamos de usurpar á la historia, lo que de derecho le corresponde.

Nuestro designio es poner al lector en relacion con un personaje, que á nuestro juicio acabará por serle simpático.

Don Indispensable, era un sujeto de aspecto grave, de peso, y que se creía llamado á tomar parte en todo lo concerniente á la política, en la que necesariamente debía jugar un rol conspicuo, atenta su erudicion, su posicion social, etc.

No respondemos ni de sus cualidades ni de su origen. Sabemos que no fué buen hijo. Veremos despues si pudo ser útil para algo.

Lo que sabemos es que de manos á boca, nos encontramos á bout-portant con el hombre en juego, y así lo tomamos, para presentarlo á nuestros lectores, limpio y de buena calidad como la plata.

Don Indispensable era uno de esos personajes brotados de los disturbios, merced á su habilidad para injerirse por medio de discursos, en toda reunion que pasa de cuatro hombres.

Don Indispensable es hombre que se encuentra en todas partes.

En los salones de un baile, parado espectablemente en una puerta con aire majistral.

Su aprobacion en algo, es una sentencia

En una mesa de ambigú, Don Indispensable toma la copa, anuncia que él vá á hablar: medita: da vuelta la copa en los dedos, impera sobre el silencio que lo rodea, levanta la cabeza, y dirigiéndose á la persona mas notable, le descarga sin piedad—y lo que es peor, sin vergüenza—una descarga de epitalamios, laudatorias y sentencias que ha estudiado y sabe de memoria, arrancando finalmente los bravos que nunca faltan entre la gente alegre y la gente vividora, entre los imbéciles y los papamoscas.

Don Indispensable sentado en los bancos de la Representacion Nacional, hubiera hecho furor en distintas épocas; hubiera diseutido sobre fábricas volantes de zuecos... y apoyado la oposicion á la educacion de la juventud de la tierra de su nacimiento.

Habria declamado en favor de contratos que otros mas encopetados le pasasen por las narices, auxiliado con soberbios pulmones para dominar en los auditorios.

Lástima es, que no haya sido nunca Representante. Don Indispensable hubiera hecho mas.

Don Indispensable gritaria cuando le zurrasen la pavana en el debate, haciendo alarde de su erudicion pomposa, de su estilo declamatorio y pedagoga; afectando cálculo profundo y conocimientos universales.

Don Indispensable está dotado de admirable aplomo, para discurrir sentenciosamente y con pausas, y de una impavidez á toda prueba en el debate.

¡Oh tiempos en que hablase Don Indispensable!

Serian tiempos caros, pero al fin, Don Indispensable hablaría, y abortarian los montes.

Don Indispensable estaba establecido en Montevideo.

Su historia es esta:—

Nació en uno de los pueblos de la República.

Se educó en Montevideo.

Vivió en el hogar de la familia.

Se hizo hombre.

Disputó el patrimonio á sus hermanos.

Disfamá á su hermana única, virtuosa y jóven.

La llevó ante los tribunales.

La despojó.

La arrojó á la miseria.

Y la mató de pesar y de vergüenza.

Y despues de todo esto se introdujo impunemente en la sociedad, y dijo:

Aquí está el hombre.

La sociedad dijo entonces:

Paso al hombre.

¡Oh! la sociedad no tiene la culpa.

Se compone de una masa heterogénea.

Los hombres del jacz de Don Indispensable lo acreditaban como tal, gritando *hossana*.

Los que no lo conocian se alzaron de hombros y le dejaron pasar con indiferencia.

Y finalmente, los que le conocian, también se alzaron de hombros, pero al pasar murmuraron por lo bajo; ¡Qué truan!

Y Don Indispensable siguió pasando, con los hombros encojidos y sin mirar á nadie.

Así es el mundo. ¡Viva la libertad de ser truan!

Esta es la historia de Don Indispensable.

Ahora lo presentamos al lector sentado en su bufete de trabajo rodeado de libros, de espedientes, de borradores, todo compilado en una mesa en desórden, y alumbrado por una lámpara solar con pantalla.

Don Indispensable campea sobre aquel desórden, hijo legítimo de la embrolla y la trapizonda.

De pronto esclama:

—Me hace falta el legajo referente á la testamentaria F\*\*\* Es preciso que ese antecedente se registre en el espediente que está en trámite.

Se trata nada menos que de sesenta mil patacones, que me quiere absorber D. Luciano\*\*\*

Eso se llama proceder de mala fé.

Ese papel debe encontrarse en manos de Eujenia ¿pero cómo arrancarlo? ¿De qué agente valerse?

¡La miseria! ¡Oh! la miseria es un auxiliar poderoso. No hay nadie íntegro, firme ó incorruptible, cuando se halla sujeto entre las descarnadas manos de la desnudez y el hambre.

Yo conseguiré el papel, y una vez conseguido, quedan inutilizados los títulos falsos que tiene D. Luciano. Exhibo el mío, el legal, el válido, y se justifica el despojo de la familia F\*\*\*\*

Si en su despecho me acusa de complicidad, niego la parte directa, probando que mi intervencion en el asunto es accesoria en calidad de abogado.

—El señor Bengochea, dijo entrando un criado.

—Se quiere ir á los infiernos ese majadero: dile que entre.

El señor Bengochea entró con la mayor cachaza del mundo, se arrellenó en un sillón y dijo:

—¡Hola! querido amigo, ¡qué ajitacion! ¿está Vd. fatigado?

—Sí, señor Bengochea: Vd. sabe que soy hombre ocupado, y que no tengo la suerte de que me sobre el tiempo....

—Muy bien. Pues á mi me sucede lo mismo; todo el día en mis quehaceres, y cuando pienso que voy á descansar á

mi casa, aquí tiene Vd, que ese Juanito y el otro, se me suben por las rodillas, y me asaltan los bolsillos buscando los caramelos: que quiere Vd. ¿cuando uno tiene familia!

—Pero, segun las noticias que se corren, Vd. ahora no piensa solo en el negocio y la familia....

—¡Cómo! interrogó Bengochea inflamándose. ¿Sabe Vd. por ventura....?

—Por supuesto; que se ha dado Vd. á la política....

El señor Bengochea, en su viento progresivo, iba tomando las dimensiones de un globo.

—Y bien, ¿qué hay en eso de particular? dijo.

—Nada, que es muy justo que Vd. se interese en los negocios de su pais....

—Qué quiere Vd.; cuando uno ha llegado á adquirir posicion por medio del dinero, se presentan á la palestra otras aspiraciones justificadas. Yo, francamente, aspiro, y eso que mi aspiracion se limita únicamente á la cartera de Hacienda.

—Efectivamente, es un buen puesto.

—¿Pues qué? ¿le parece á Vd. mucho?; Cuántos habrá que anden arañando por ser Presidente de la República! pero la desgracia es que la República no es mas que una é indivisible, mientras que los Presidentes *debutantes* deben ser como sesenta.... (Y Bengochea agregó para sí): *Sácate ese clavo*.

—¡Jesus nos asista! La edicion no es floja, dijo D. Indispensable con cierta risa de falseto.

—Pues ahí verá Vd.—Cada periodo se presenta mas aumentada y corregida; pero allá se las campancen.... Yo solo he hablado sobre la Cartera.... y aquí para los dos.... sepa Vd. que la tengo en el bolsillo.

—Mucho lo celebro. (¡Qué tragaderas! pensó D. Indispensable.) ¿Pero hay alguna probabilidad?

Bengochea tomó un aire importante.

—La seguridad, la seguridad, dijo.

—Pero es que.... difícilmente....

—Señor Don Indispensable, esa duda me ofende. Sepa Vd. que tengo la cartera en la punta de las uñas.... Si, señor, como Vd. lo está oyendo. ¿Se le figura á Vd. que estará mal colocada?

—Dios me libre, señor Bengochea. (Este hombre, pensó Don Indispensable, lo que quiere es mandar, aunque sea un palo de escoba que le pongan en la mano.)

—Pues yo creía que lo ponía Vd. en duda. ¡Ah! señor Don Indispensable; ¡cuántos mas escasos que yo han ocupado el puesto que pretendo! Y sobre todo, cuando veo en mi pais individuos que tienen cola de paja, y pican mas alto que yo; otros que se meten como por asalto en los puestos públicos; otros que se organizan en cuadrillas, siguiendo un sistema de especulacion para apoderarse del mando, distribuirse los cargos y convertirse en sanguijuelas, para pegarse desapiadadamente al *cuasi* esqueleto de la patria, á fin de chuparse la poca sangre que le han dejado *otras sanguijuelas que se han caído de puro repletas*.

—¡Toma! pensó Don Indispensable, no es tan animal como yo pensaba.—Y en voz alta: De modo, señor Bengochea, que á ese paso nunca tendremos una época de órden.

—Ya la tendríamos, señor mío, si yo integrase el gabinete como espero. Es una picardía lo que sucede en nuestro pais. Si, señor; la prueba es esta:—aparece un *quidam*, que anda dándose contra los postes de puro pobre. Semejante al vampiro, tiene la mirada fija y las alas en agitacion, circulando todo lo que tiene olor á puesto público, todo lo que se llama gobierno, influencia ministerial, hasta que consigue pegarse á la presa, y chuparle la sangre.... y como este hay unos cuantos.

—¡Unos cuántos! añadió Don Indispensable, con cierta tosecilla que le salía del gazna te.

—Si, señor; estas amables esperanzas del porvenir de Montevideo, se encuentran á cada paso: tienen una coleccion estudiada de cortesias: poseen unos dientes muy agudos.... su palabra favorita es *la situacion* (negocio).... y finalmente, caen como llovidos en circunstancias especiales, introduciéndose en todas partes.

—Eravo, dijo Don Indispensable, como si le dieran un puntapié en la barriga—Ya veo que está Vd. al cabo de los asuntos; bien se conoce que tiene Vd. sus miras, ¡eh!

—No, no, dijo Bengochea con sonrisa; conozco imperfectamente el verdadero estado de las cosas; pero no me son del todo desconocidos esos nuevos *debutantes*, que con esa coraza barnizada, se abren paso en todas partes y en todos los círculos representando *la situacion*.

—¡La *situacion*, eh!

—Si, señor, la *situacion*—eso es muy cómodo.

—Y hasta ingenioso; pero esto necesita por lo menos una lijera esplicacion. Vamos á ello.

—La esplicacion, todos la piden—aparece un tal Don Jota—se pregunta ¿quién es? Nadie contesta, pero no falta quien le conozca; adelante. ¿Y Don X\*? ¡Oh! este es un sujeto de mucha capacidad.... hombre de la *situacion*, muy influyente en todo. Se rie con frecuencia y habla como el Tripode....

—¿Conque como el Tripode? Vamos, que está Vd. de broma, señor Bengochea: adelante.

—Viene otro *debutante* político en seguida—¿quién es?—¡Chiton! este es un tribuno exaltado que, como Mirabeau, se ha propuesto tronar con los acontecimientos. Tiene buenos pulmones, y cuenta con ellos: ademas, conoce todas esas frases como apropiacion... peculado.... despojo, etc.

—Si, si... adelante... adelante.

—Pero aquí se presenta otro *debutante* también afiliado de la *situacion*. Uf.... este trae nueve mil setecientos proyectos embutidos en el meollo.... Magnífico para sentarlos en los bancos de la Representacion Nacional. Divino, señor Don Indispensable, divino... Pero aquí se nos atraviesa el *debutante* mas superfino, ¿Vd. conoce á *Don Importante*? ¡Oh fecundidad sin las *situaciones*! y sobre todo, ¡oh increíble portento de las fusiones! Don Importante metiendo su cuchara como cosa ó entidad política. Don Importante político, diplomático, mediador, fucionista, *situacionista*, baruntando en sueños la... la... la... ¡Jesus!.... ¡Jesus!

—Pero hombre.... pero ¡qué diablo!....

—Qué ha de haber; que aquí se presenta.... aquí se me atraviesa otro, pero ¡qué otro!

—¿Quién? ¿qué otro?

—D. Silvestre Tonina, *debutante* también.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Quién?

—El mismo, si señor, el mismo.

—Vade retro: ¿qué dice Vd., hombre de Dios?—Pobre Montevideo; por feliz puedes contarte, si no te cae otra vez la epidemia; no hablemos mas del particular....

—Como Vd. guste.—Esos son los *debutantes* por ahora; ¿qué quiere Vd? tienen la habilidad de sobrevivir á todas las *situaciones*.... ¡Pobre pais, señor Don Indispensable, pobre pais! y despues quiere Vd. que no aspire á la Cartera, porque, al cabo, si yo no tengo grandes condiciones, tengo al menos la de ser un buen esposo y un excelente padre de familia.

—Cierto.... ciertísimo.

—¡Ay! ¡santo cielo! ¡cuánto me he entretenido, y mi mujer me estará esperando tal vez!



—Si, si, señor Bengochea, no se demore Vd. porque puede incomodarse.

—¡Qué! Vd. no la conoce; es capaz de arañarme; y después de todo, los chicos; ese Juanito sobre todo, que es una criatura tan.... Adios, señor Don Indispensable, adios.

Y el señor Bengochea salió con la mayor precipitación. Don Indispensable se quedó mirando a la puerta y dijo:

—¡Puf! este hombre me hace el efecto de un puntapié en el estómago. ¡Mire Vd. qué hombre que aspira a un alto puesto, y no puede gobernar a su mujer! ¡Bah! ¡bah! Vamos a otra cosa. Necesito salir, caminar, moverlo todo, hasta conseguir el papel que tiene esa vieja que está por morir; y si se muere, que es lo mejor que podía suceder, me arrojaré sobre los papeles, y conseguiré mi objeto. Por lo que hace a la chica, ella no comprende la importancia de aquello, y sobre todo no resistirá.

Don Indispensable tomó el sombrero y el baston y desapareció.

V.

**Entrevista leonina.**

Don Indispensable llegó a casa de D. Luciano y se hizo anunciar.

D. Luciano trataba con su esposa asuntos de familia, y acariciaba a su hija sobre sus rodillas.

Cuando el sirviente abrió la puerta, y exclamó:

—El Sr. Don Indispensable.

El rostro de D. Luciano cambió inmediatamente de aspecto, y poniéndose de pié:

—¿Qué me quiere ese hombre? dijo.

Después agregó:

—Que pase a mi escritorio; y se dirigió a él.

Don Indispensable entró con el sombrero debajo del brazo, ensayó una cortesía, y se preparaba a una descarga cerrada de cumplimientos, cuando su colega le salió al encuentro diciéndole:

—Caballero! extraño mucho la presencia de Vd. en mi casa.

Don Indispensable contestó con la mayor flemma:

—Si, pues a mi no me causa la mas mínima sorpresa.

Y se sentó en un sillón, dejando el sombrero en una silla.

—Repito que no encuentro motivo para esta visita.

Don Indispensable colocó su enorme baston entre las piernas, y dando vuelta el infalible cigarro de hoja, entre los dientes, contestó:

—Pues yo encuentro esta visita demasiado indispensable y justificada.

—Pero, en fin ¿qué se le ofrece a Vd. señor mio?

—No es necesario ir tan de prisa; algo se me ofrece y a Vd. no puede ocultársele, que si se me ofrece algo, debe ser de mucho interés para los dos.

—Rechazo la comunidad de ese interés—en nada me conciernen los asuntos de Vd. Con respecto a los míos, creo que están perfectamente destacados del interés de nadie; por consiguiente estamos en completo desacuerdo.

—Perdone Vd.; estoy convencido que reina entre nuestros asuntos, la mas admirable unidad, la mas estrecha convivencia, y hasta la mas indispensable comunidad de intereses.

—¡Señor mio!—no he tenido, no tengo, ni tendré comunidad de intereses con nadie, y mucho menos con Vd. que me parece la persona menos a propósito para tenerla.

—No trato de preocuparme con los descargos de Vd., ni creo que me costará mucho trabajo probar que el asunto es mas serio de lo que Vd. piensa, ó de lo que Vd. niega.

—Yo no niego nada; desconozco solamente la rareza de la

pretension de Vd. Por fin, caballero, al grano, porque estoy de prisa; ¿qué quiere Vd. en mi casa?

—Vamos por partes. Quiero un arreglo de asuntos; que me firme Vd. cuatro letras de quince mil pesos cada una, pagaderas en dos años, perdonándole a Vd. el rédito del dinero....

—Este hombre está demente... ¡Caballero!

—¡Eh! no tanto como le parece a Vd.: ese es el saldo que me corresponde de la transacción de la testamentaria F\*...; el completo de la iguala, de la primitiva que Vd. no quiso reconocer.

—La testamentaria está chancelada, no debo nada a nadie: a Vd. se le pagó su iguala por cinco mil pesos, y no tiene Vd. ningun derecho mas. Lo que tengo, es legítimamente mio, y tengo mis papeles en forma; si, señor, el expediente completo, autorizado por autos, y seguido por Vd. mismo, con su firma en las diligencias.

—Si; pero es que en ese expediente no figura un papelito, cabeza de proceso, que yo tuve el cuidado de reservar; un pacto de retroventa.... entiende Vd., con una firma que Vd. conoce por demás.

—¿Y bien?... ¿y qué?

—Nada, sino que ese papel puede pasar a manos hábiles; a títulos legítimos, y que formando cabeza de un expediente puede aclarar el despojo cometido en los herederos de la familia F\*... y conducirlo a Vd. a la cárcel pública.

—No lo temo, señor mio; ese papel no existe, y si existiese, buen cuidado tendria Vd. de sepultarlo, porque tambien le tocaria a Vd. alguna parte, bastante importante.

—No lo crea Vd. Mi intervencion en el asunto, ha sido de carácter accesorio, como mero abogado. Vd. me llamó para que lo defendiese: tomé los papeles (los falsos)—no se presentaron mejores derechos: le serví a Vd. en mi profesion, me pagó Vd. una miseria y quedó Vd. en posesion de lo que no le pertenecía. No es culpa mia. Ahora es otra cosa, ahora aparecen los verdaderos títulos, los legales. Yo los pongo en manos de los herederos; sigo el pleito, se les devuelve lo que es suyo; ellos me pagan, y Vd. pasa a la casa central a pernear algunos años por estafador de menores que fueron confiados a su curatela.

—¡Caballero! dijo D. Luciano, pálido y con los puños apretados.

—Nada: es inútil andar con exclamaciones; un arreglo, señor D. Luciano, un arreglo es la mejor salida que encuentro en este asunto.

—Señor mio, no conozco arreglo posible, entre un hombre de bien que está en la tranquila posesion de lo que le pertenece, y un aventurero de pluma y trapisondas.

—Señor D. Luciano; examine Vd. un poco las cosas.

—Soy un hombre de bien, señor mio, tengo mi crédito bien establecido, mientras que Vd. por el contrario.... No le temo a Vd.

—La conciencia, señor D. Luciano; eche Vd. una mirada retrospectiva....

—Repito que en nada puede afectarme la delacion de un hombre que ha llevado a la madre que le dió el ser, ante los tribunales.

—Espacio, señor D. Luciano.

—Sostengo que ha despojado Vd. a su madre y la ha muerto Vd. a fuerza de pesares.

—No hablemos de despojo. Acuérdesse Vd. que estaba en la miseria; que a la muerte de sus padres quedó Vd. de tutor de sus hermanos menores; que dispuso Vd. de los bienes que pertenecian a todos ellos, y se puso Vd. a jirar el dinero; que cuando fueron mayores Vd. les presentó una cuenta de diez mil pesos para repartir entre todos, negando-

les que les habia usurpado cuarenta mil pesos que les pertenecia; que sus hermanos por evitar el escándalo no lo conduxeron ante los jueces; que mas tarde abusó de la buena fé de su amigo F\*..., y del desamparo de los huérfanos que dejó a su cargo, los mismos que arrojó Vd. a la calle con el pleito que yo mismo le maneje, huérfanos que hoy están en la miseria y que tienen derecho a pedir lo que es suyo. Con que ya vé Vd. que nos conocemos, y por consiguiente será bueno que nos entendamos. Quince mil pesos cada letra—cuatro—¿lo oye Vd?—sesenta mil pesos; la mitad de lo que Vd. solo ha tomado a los herederos, y quedamos del otro lado.

—Ni un centavo.

—Mire Vd. que merece la pena de reflexionarse.

—Ni un centavo he dicho.

—¿Entonces harémos uso del documento?

—Haga Vd. el uso que quiera, tengo mis papeles en forma.

—Corriente.

—Corriente.

—Adios, señor D. Luciano.

—Venga Vd. caballero.

Don Indispensable que ya pisaba el umbral de la puerta, se volvió con aplomo.

—¿Y bien? preguntó.

—Lo pensaré, dijo D. Luciano haciendo una pausa.

—Corriente, yo no soy muy exigente; ¿qué tiempo necesita Vd. para pensarlo?

—Primero necesito la exhibicion del documento.

—¡Oh! el documento está seguro.

—Para Vd. puede estarlo, pero tambien puede no existir: necesito ver el documento.

—Lo verá Vd. despues que firme las letras. Vd. comprende que esa clase de créditos no pueden andar volando.

—Pues bien: presénteme Vd. el documento y....

—¿Y despues?

—Despues lo pensaré.

—Veinticuatro horas tiene Vd. para pensarlo.

—Si; pues Vd. tiene doce para presentarme el documento.

—Yo no necesito ser aplazado; el documento está en mi poder. El no presentarlo no me acarrea ningun perjuicio, mientras que si Vd. no me firma las letras, antes de quince dias está Vd. en la calle.

—El documento.... el documento.

—Las letras.

—El documento he dicho.

—Señor D. Luciano, ya nos veremos.

—Pues bien, nos veremos.

—Ya tengo una probabilidad, dijo saliendo Don Indispensable: ahora al hecho.

—Este no tiene el documento, pero puede obtenerlo. Si existe no puede estar en otras manos que en las de la tia de los menores. Lo pensarémos.

(Continuará.)

**VIAJE POR LA REPÚBLICA CARRILANA**

(DE TILITIL A LOS LOROS.)

X.

Pero entremos en la línea de nuestro viaje, pues harto hemos vagado ya por las sinuosidades de la ruta.

A pocos pasos de la faena del Naranjo comienza la quebrada de San Ramon, que es la primera gran dificultad na-

tural de la via férrea que encuentra el viajero de la capital. La garganta es estrecha, tortuosa, sumamente escarpada, pero felizmente de corta estension, pues todos sus trabajos mas árdios están agrupados en un espacio de poco mas de una milla. En este recinto se halla concentrado, como en la faena de los Loros, todo el vigor del trabajo, toda la fuerza del ingenio, toda la pujanza del brazo y de la pólvora. Los elevadísimos terraplenes, las calzadas de piedra viva, los diques para desviar el curso de las aguas, los gigantescos acueductos para dar paso a los torrentes de las quebradas laterales sobre el camino, los canales subterráneos para la irrigacion de las pequeñas fincas del valle, y que ha sido preciso borrar de los faldeos, y sobre todo, los profundos tajos de las laderas y puntillas de la montaña, forman un conjunto casi portentoso de fuerza, de osadía y de éxito ya logrado. Parece a primera vista que el cerro ha sido sacudido y derribado por un espantoso terremoto y que los escombros han inundado todo el espacio. Otras veces, a la distancia, divisanse los cortes de los promontorios como enormes grietas cubiertas de manchas blancas movedizas, pues tales parecen con sus lijeros trajes de tocuyo los enjambres de trabajadores, quienes, con el combo y la barreta, y muchas veces asidos de cables, descujan los cerros de su lecho de rocas. Figúrase a veces el viajero que las montañas han abierto sus mandíbulas de granito, y que aquellos desfiladeros que hierven con hombres encorbados entre los peñascos, fueran el pábulo que llevara a sus ardientes entrañas, que no deja que palpar, entre nubes de humo, al estruendo de la pólvora. En esta faena, cuyo contratista es un inteligente jóven chileno llamado Sepúlveda, y el ingeniero director Mr. Higgins, cuyos talentos todos alaban, habrá actualmente dos mil trabajadores.

XI.

Al salir de la quebrada de San Ramon, sobre las mesetas de Runge y de Rutal, que corren directamente hácia el Oriente, encontramos un carruaje que el Sr. Ovalle habia hecho adelantarse desde el dia anterior hasta aquel punto; y echando sobre sus blandos cojines nuestras no poco mal traídas máquinas, fuimos otra vez a reposarnos a corta distancia de la faena del Colo.

No sin razon hemos llamado *República Carrilana* la via que hemos recorrido entre Tilitil y Llai-Llai, porque de distancia en distancia íbamos encontrando estas faenas, ó Estados federales, donde éramos tratados con toda la cordialidad de enviados de una nacion amiga. Hizonos los honores de la estacion del Colo el Sr. D. José Hill, á quien, vaso en mano, deseamos toda la prosperidad que su celo é inteligencia en empresas de ferro-carriles merece. El punto en que está situada la faena y su poblacion es sumamente ameno y esplayado, con dilatada vista en todas direcciones, inclusa la de los Andes, sin la cual parece que en Chile no hubiera en realidad perspectiva. Además, los ingenieros residentes habian embellecido el sitio con un pequeño lago, deteniendo las aguas del estero de Runge, á cuyas cristalinas ondas no faltaba, sin duda, alguna encantada aunque escondida sirena.

XII.

Desde Colo hasta la faena de los Maquis, una distancia de tres á cuatro leguas, hicimos el camino cómodamente en carruaje, llegando al último punto cuando ya estaba bien cerrada la noche.

El camino corre en toda ésta estension por el fondo del tortuoso y angosto valle de Montenegro, donde los ingenieros han tenido comparativamente pocas dificultades que



vencer. La línea férrea atraviesa una serie casi interminable de aplastadas laderas y declives ondulados, á los que ha sido preciso formar un sinnúmero de acueductos á fin de que en el invierno las aguas busquen su nivel hácia el fondo del valle. Estas son las obras, al parecer, mas costosas de esta parte de la vía. Sin embargo, á la distancia de pocas cuadras al norte de la posada de Montenegro (nombre de los dueños, no de la localidad, pues aquí todos los montes son blancos ó rojos) en el punto en que, al ojo desnudo, se nota la eminencia que divide las aguas que corren hácia los afluentes del Aconcagua y del Mapocho, hay un corte enorme de roca viva. Esta es la parte mas alta de la línea entre Santiago y Valparaíso, alcanzando á una elevación de 2,600 piés, muy poco inferior á la de la cuesta de Prado y 800 piés mas encumbrada que la de Santiago. Los trenes que vengán desde las orillas del mar, encontrarán aquí un rápido descenso que aumentará su rapidez, así como los que regresen de la capital á su vez se lanzarán con mayor celeridad aun por entre los farellones de Tabon hasta el ameno valle de Llai-Llai.

Las obras mas notables que se observan entre los Maquis y Montenegro, despues del corte de la cima de este último nombre, son un viaducto sobre terraplenes elevadísimos en la quebrada de las Chilcas, con un camino subterráneo para el servicio de la hacienda de Tabon, donde aquel se aumenta, y un corte en la puntilla llamada por los ingenieros del *pólvoro rojo*. En este lecho de piedra durísima, el contratista Mr. Pearce hizo sepultar atrevidamente una tonelada de pólvora, y con su explosión logró romper el cerro, arrancando una cantidad de roca que se calculó en 14 mil varas cúbicas. Por la tarifa de los trabajos, esta operación hecha á combo y broma, habria costado 10,500 pesos ó 6 reales la vara cúbica; pero el ingeniero y el atrevimiento del constructor hizo el tajo con un gasto de menos de 500 pesos. El mismo Mr. Pearce nos decia que al reventar la mina, el cerro se estreñeció con una explosión sorda y apagada, como si esta tuviera lugar á algunas leguas de distancia, é hinchándose el promontorio de rocas hasta una altura de diez ó doce varas, se abrió como una granada á ambos lados de la vía.

XIII.

Al llegar á la faena de los Maquis, preguntamos á unas mujeres quién era el patron de aquel distrito. Una de ellas, con voz muy sonora y pronta, nos respondió que era *D. Mitipil*. Comprendimos luego la mistificación del nombre, pues la gente de nuestros campos tiene el mas curioso talento para decir todas las cosas estranjeras al revés. *D. Mitipil* era *Mister Pearce* (ó *Pirce*, como pronuncian algunos viciosamente); y de aquí el hacer del título y apellido juntamente un solo nombre cristiano, como otros suelen hacer de un nombre de almanaque un apellido. Conoció yo á un americano á quien llamaban todos por su nombre de bautismo de *John* (Juan); pero los huasos le habian de llamar *D. Juan John* como á otro amigo mio llamado *Januario*, le dicen sus inquilinos *D. Juan Arios*. Casualmente á este propósito, uno de los arrieros de la faena de los Maquis enviado por el Sr. Goñi, proveedor de viveros de la línea, llegó donde *D. Mitipil* aquella noche y le dijo que *D. Goña* le mandaba decir tal y tal cosa. Pero en materia de palabras torcidas no lo hacen mal á su vez los estranjeros: testigo Souper, sin ir mas lejos, quien con su lengua mestiza de gringo-chileno llamó al Sr. fiscal Herquinigo, en un alegato ante la Corte Suprema, el *fiscal Jeringa*.

XIV.

Pero dejando estas cuestiones de nuestra filología indijena, que podrian ser interminables, nos resolvimos á hospedar-

nos aquella noche en los Maquis, por ser muy densa la oscuridad y tan áspero el camino de á caballo, que nos habria sido imposible pasar hasta los Loros; además de que habriamos perdido la vista de las obras portentosas de la quebrada de este nombre. Llevábamos una carta de recomendación para el director de aquella faena, Mr. Tomas Braniff, el jefe de estado mayor en toda la línea de Mr. Meiggs, este jeneralísimo del trabajo, que hace ya diez y ocho meses ha abierto esta campaña gigantesca contra la naturaleza, que ya se ostenta domada y que en seis meses mas (Dios mediante) ha de servir de blando lecho á las veloces ruedas del progreso y la civilización.

Vacilábamos pues, entre alojarnos democráticamente entre los peones de la faena, ó ir á pedir albergue á Mr. Pearce, cuya confortable casita, á corta distancia en la falda del cerro, parecia enviarnos por cada una de sus tres ventanas, coquetamente iluminadas, una acariciadora invitación al apetito y al sueño. Resolvimos en consecuencia aceptar aquel mudo convite. Golpeamos á la puerta de Mr. Pearce, y este, sin querer leer la carta para Mr. Braniff que le presentamos, pues dijo ser innecesario, nos recibió con esa cordialidad patriarcal de nuestros campos, que es la mejor parte de los viajes en esta tierra enemiga de hoteles y posadas. El mismo Mr. Pearce nos preparó un excelente té y nos acomodó blandas camas por sus propias manos que acababan de soltar los fierros de la faena.

XV.

Mr. Pearce es el décano de los contratistas y directores de obra del camino, y su faena se cita como modelo en toda la línea. Hace mas de treinta años que se ocupa de trabajos de este género, y en Estados Unidos, su patria, ha dirigido no pocas de estas empresas, particularmente en la línea del famoso ferro-carril de Erie, que une á Nueva York con los lagos del Norte. Por esta razón ha sido colocado aquí, junto con Mr. Braniff, para vencer las mas grandes dificultades del camino, horadando montañas y salvando con inmensos viaductos las abismos. Le acompañan tres de sus hijos, que tienen á su cargo las faenas de las Chilcas y de Montenegro; pero desgraciadamente el mayor de ellos y el mas activo é inteligente, ha perdido en estos dias la razón, á causa del exceso de fatiga y violenta ansiedad con que ha trabajado para terminar oportunamente las obras que le han sido confiadas. ¡El trabajo tiene tambien su heroísmo y sus mártires! Este joven no dormia de noche, trabajando en sus cuentas y planos, y durante el dia los calores del sol y la privación de alimentos en las horas acostumbradas, concluyeron por desorganizar su cerebro. Esta desgracia habia acontecido en estos últimos dias, y Mr. Pearce estaba recién llegado de Valparaíso, donde habia pasado una semana sin desnudarse ni dormir, velando á su hijo. Pero Mr. Meiggs llegó á relevarle, tomando á su cargo al enfermo para conducirle personalmente á Santiago, mientras su padre volvia aceleradamente á proseguir, asaltado de una penosa incertidumbre, sus urgentes y áridos trabajos.

XVI.

Mr. Pearce ha tenido especialmente á su cargo el túnel de los Maquis, y como diariamente recibiese cartas de Mr. Meiggs apurándole por la conclusion de aquella obra, que la preocupación pública miraba como interminable desde que el de San Pedro habia durado una eternidad, se resolvió á hacer un esfuerzo para darle fin el 1.º de Enero del presente año. Con este propósito llevó sucama al cerro, juntó todos los mineros de las faenas inmediatas, reunió 30 ó 40 toneladas de pólvora, pues solo en las brocas y barrenos

gastaba 15 quintales diarios (sin contar los *pólvorazos* ó minipapas de explosión en los que se gastan diez ó mas quintales á la vez) y, por último, ofreció á sus *boys* (muchachos) que si el túnel daba luz de una parte á otra el dia prefijado, les obsequiaba un almuerzo *ad libitum*, por vía de *yapa*, como decian los mineros. A las doce de la noche, en efecto, pues trabajaba noche y dia, el 31 de diciembre el último tiro rompió una grieta de la roca que obstruía en el centro del túnel la marcha de los zapadores que venian de las estremidades, y en el acto mismo comenzó la fiesta. Mr. Pearce hizo matar dos bueyes gordos, dió á los cocineros tantas cebollas, arroz, papas, sal y ají cuantas cabian en todas las pailas de la faena, que pasaban de quince, hizo amasar 25 ó 30 fanegas de harina, y sobre todo esto llegó del *valle*, como llaman en esta localidad á Aconcagua, una tropa de mulas con 14 arrobas de aguardiente y 24 de chacolí... A las doce del dia 1.º de Enero ya estaba hecho el almuerzo, y á las dos de la tarde toda la faena, sin exceptuar mujeres y niños, yacian por el suelo sumidos en la mas profunda y universal borrachera que se habia visto en aquellos sóbrios lugares. La única precaución que Mr. Pearce, el Camacho de aquellas bodas, habia tomado, fué la de hacer depositar á los peones todos sus cuchillos en el bodegon, medida que generalmente se adopta todos los sábados por la tarde, para evitar las riñas y averías de la pendenciera ociosidad dominical.

XVII.

Tiene sin embargo el contratista de los Maquis la mejor idea, y con justicia, no solo de la singular consistencia y energía en el trabajo de los peones, pues esto es imponderable, sino lo que parecerá extraño, de su docilidad para ser gobernados. Nos decia que él habia dirigido faenas de alemanes, yankees, y sobre todo de irlandeses y que no habia punto de comparación con el trabajo de que eran capaces sus *boys* chilenos y la facilidad para manejarlos. A él le bastaba tirar las orejas de cualquiera que se desmandaba, aunque fuera una cuadrilla entera, para reducirlos al órden, mientras que en los Estados Unidos era á veces preciso tener asustados á los galpones de los trabajadores cañones cargados á metralla con el objeto de mantenerlos en órden.

Todo el secreto para manejar estas masas, que en ocasiones han sido tan turbulentas, está indudablemente en el *buen trato*, ó lo que es lo mismo, en el *buen patron*. Pagar bien, es decir, con puntualidad y justicia, y alimentar bien, es decir, hasta que esté completamente satisfecho el peon, hé aquí el resorte májico de la obediencia, de la moralidad y del asiduo trabajo de las faenas. ¿Cómo se queria que no hubiese alzamiento en las obras de los canales de Maipo y de Colina, si á veces se pasaban meses enteros sin pagar los jornales de los trabajadores y se les escatimaban mezquinamente sus raciones? ¿Cómo no habian de levantarse Corrotea y otros bandidos en las faenas de los *carros*, cuando andaban por los caminos centenares de infelices presidarios enjaulados como fieras? Mr. Meiggs y toda su falange de auxiliares han dicho á sus peones: «Comed hasta que os bastéis, y cada sábado venid á recibir vuestro salario sin rebaja de un solo centavo.» Y con esta promesa cumplida, no hay gente mas empeñosa, mas feliz y mas agradecida. Mr. Meiggs es adorado hasta por los niños de las faenas, y ninguno de sus subalternos lleva ni revolver ni un chicote siquiera en la mano para hacerse obedecer y respetar, siendo tan correspondida la confianza de parte de los trabajadores, que el cajero de la faena de los Loros nos aseguraba que ningun peon cuenta el dinero que le pagan cada sábado, pues está seguro que no le defraudarán un centavo. Mas todavía, Mr. Pearce nos informó que en su faena habia mu-

chísimos trabajadores que tenian depositado en su poder un fondo de 100, 150 y hasta de 200 pesos de sus ahorros, cosa que quizá es sin ejemplo en nuestras faenas.

Pero lo que mas admira á los directores de la obra, es la pujanza de los peones para el trabajo, particularmente entre los mineros. Cuenta Mr. Pearce que le vinieron recomendados cuatro mineros ingleses de Cornwall, que se reputan los mas fuertes operarios de Europa; pero resultó que ninguno de ellos podia manejar un combo de mas de 20 libras de peso, mientras todos los mineros chilenos pasan 9 ó 10 horas diarias manejando combos que pesan 32 libras. Esto mismo habian ya observado los ingenieros que enviaron de Inglaterra las compañías de minas en 1824 y 25, al mando de colonias de mineros europeos, y las que desaparecieron en ruinas, pues no pudieron hacer competencia al trabajo sóbrio y vigoroso de los chilenos. Sir Francis Head, uno de aquellos exploradores científicos, atribuye la robustez de nuestros mineros á los higos y nueces que comen en gran cantidad. Los que ahora están empleados en los socavones de los Maquis y los Loros, consumen de aquellas menestras á su arbitrio, lo que no impide que sean los mas inquietos y ambulantes de todos los trabajadores de la línea.

XVIII.

Por lo demas, la organización de las faenas es sumamente sencilla. Al rededor de la casa de los contratistas é ingenieros, en la que no se ha escaseado ni el papel para las paredes ni el tripe para los pisos, se agrupan en desórden ó formando estrechas callejuelas centenares de ranchos y ramadas donde viven los trabajadores con sus mujeres y familia. Al amanecer, una campana, colocada en un punto elevado, dá las señas del trabajo, y todos salen llevando sus herramientas á sus respectivas ocupaciones. A las ocho tienen un almuerzo y media hora de descanso; á las doce la comida, cuya base son los frejoles, legumbre que el peon chileno prefiere á la misma carne, cuando está bien guisado con grasa y ají, y pueden en seguida disponer de hora y media para dormir la siesta del medio dia. Despues trabajan hasta puestas de sol y reciben por última ración una ó dos libras de pan. En algunas faenas, como la de los Maquis, el toque de la campana los llama á dormir á las nueve de la noche y desde ese momento todos tienen que entrar á sus ranchos. La campana de los Maquis está pitorescamente situada en una roca á una inmensa elevación, por lo que se oye en las faenas inmediatas, 5 ó 6 leguas á la redonda, y como su toque matinal tiraniza el sueño de algunos miles de obreros, la han bautizado estos con el nombre de la *grandísima*... campana.

XIX.

Los dias domingos los consagran los *carrilanos* á su favorito pasatiempo del juego, teniendo el *monte* un lugar preferente en su desenfadada predilección. De esta manera pasan en un solo dia de unas manos á otras algunos miles de pesos, pues hay faenas en que cada sábado se paga de 10 á 15 mil pesos. Las mujeres son jeneralmente las mas dadas á este vicio y las mas diestras y voraces. Lo fomentan tambien los *coimeros*, especie de usureros ambulantes que los dias lúnes y mártés especialmente invaden las faenas para prestar dinero á los que han perdido el domingo anterior con el interés de un real en peso, para ser pagados el dia sábado. Hay además en cada faena, fuera de las casas de juego construidas y de garitos subterráneos, grandes ramadas de baile, en las que los mineros lucen su agilidad y pintorescos atavios en la *zajuriana*, baile que nuestros montañeses prefieren á la misma zumacuca. Los domingos, además de estos



teatros fijos de danza, se improvisan en los alrededores de las faenas ramadas de allegadizos en las que se canta y se venden las frutas y licores del valle. Por estas ramadas se paga, sin embargo, un derecho de piso ó de chingana, porque como en Chile todos somos iguales ante la ley, en Santiago dan el gran teatro municipal de valde al que primero lo pida; mas al roto que fabrica su propio teatro de chilela y cotigüe, le cobran el derecho de piso, el de vihuela, etc., etc., y despues, si no se porta cortés á la funcion, lo plantan en el cepo....

B. VICUÑA MACRENA.

(Concluirá.)

## EDGARDO QUINET Y EL OBISPO DE ORLEANS.

### Un documento de Edgardo Quinet.

En una carta de Suiza del 21 de Marzo, he recibido el siguiente documento, impreso en el *Siecle* de Paris y precedido de las siguientes líneas:

«Recibimos y publicamos con gran satisfaccion las siguientes líneas que nos dirige el Sr. Edgardo Quinet. Nosotros «estábamos como esperando la palabra del ilustre proscrito, «del elocuente escritor, del patriota inspirado; la causa de la «heróica Polonia habia de despertar tan generosas simpatías.

«¡Ojalá sea oida esta ardiente súplica dirigida al clero católico! nadie lo desea mas que nosotros.

«L. Havin.»

Veytaux, (Canton de Vaux) 7 de Marzo de 1863.

Señor:

Envío á Vd. lo que para mi es un grito de conciencia. Tenga Vd. la bondad de darle la publicidad del *Siecle*. Espero que en esta circunstancia los amigos de la Polonia me prestarán su ayuda.

Reciba Vd., señor, la espresion de mi consideracion distinguida.

E. Quinet.

### SÚPLICA AL CLERO CATÓLICO.

He asistido al renacimiento de la Grecia, de la Italia, de la Rumania; pido al cielo me deje aun ver la resurreccion de la Polonia.

Esta resurreccion depende sobre todo del clero católico. Demasiado largo tiempo me ha dado razon cuando lo acusaba de rechazar el derecho moderno y de ponerse al lado del mas fuerte. Yo hoy le suplico me confunda, y con las manos juntas le digo:

Teneis una ocasion solemne, única, no solo para taparnos la boca, sino para obligarnos á ser agradecidos. ¡Aprovechadla! Fuisteis vosotros los que en el siglo pasado abatisteis el corazon de la Polonia, contribuyendo á perderla de ese modo. ¡Restablaedla!

Mas que nadie, lo podeis vosotros. Levantad ese cadáver, evocad ese Lázaro, y nos obligaréis á bendeciros.

Es verdad que no os pido únicamente palabras, colectas, sermones lejanos adentro de una iglesia. Os pido, de lo que abundais, cuando quereis, ¡ACROS!

Cien veces habeis hecho actos á favor del despotismo, obrad una sola vez por la libertad. Habeis sabido hacer una Venda contra-revolucionaria, levantad una Venda Polaca! Acordaos de lo que habeis podido por la causa del pasa-

do; armaos con las mismas armas por la causa del porvenir. Agoviadnos con vuestra victoria. La llamo, la salud, la reconoceré.

Tomad la cruz, marchad á la cabeza. Tocad arrebató desde las torres de San Pedro de Roma, y que se propague del Vistula al Niemen, en toda ciudad y en toda aldea de Polonia.

Vuestro será el honor, á vosotros el poder.

Habréis conseguido dos cosas: tendréis la gloria de haber salvado á una nacion y haréis ver que vuestros adversarios son ilusos. Se trata de mostrar que la fuerza que habeis ejercido para oprimir, la poseeis tambien para libertar.

E. Quinet.

Veytaux (Suiza) 7 de Marzo de 1863.

La persona que me envia el documento agrega:

«Si el clero corresponde al llamamiento, queda el sentimiento humano satisfecho. Sino, el autor de *Revolucion Religiosa* (Quinet) habrá probado una vez mas, que tiene razon desde hace treinta años contra el eterno enemigo del «Derecho, de la Libertad, de la Justicia

«Los ultramontanos están furiosos. Monseñor Dupauloup, «Obispo de Orleans, responde á Edgardo Quinet con un «gran anatema publicado en la *Gazette de France*. El célebre padre Félix le hace eco con otras maldiciones. El «diario ultramontano de Veuillot, el *Monde*, prueba á fuerza de injurias, que el sentido de este llamamiento de Quinet es la inspiracion mas feliz, la idea mas profundamente «política de estos últimos tiempos.»

Hé ahí la importante novedad religiosa y política que os comunico, por si quereis trasmitirla á vuestros lectores de *La Aurora*.

Y aunque mi conviccion es, que si el Clero Católico puede ser un elemento de guerra poderoso que contribuya á salvar á la Polonia, tal aliado, aun suponiendo correspondiera al llamamiento, no creo pueda jamás fundar una República, ni en Polonia, ni en ninguna parte del mundo donde los habitantes sean seres dotados de razon y libertad.

Edgardo Quinet, coloca al catolicismo, como vulgarmente decimos, *entre la espada y la pared*. Se dice que la Polonia es católica. La Rusia extermina la religion, la lengua, la nacionalidad. Si el catolicismo no acude á salvarla, ¿de qué sirve, sino para cantar el *responso* sobre el sepulcro de un pueblo, ó el *Te-Deum* al emperador verdugo?—¿Y podrá lógicamente el clero católico levantar la bandera de la *rebelion polaca*, cuando Pio IX, con su *infalible* palabra ha llamado *ilustre rey de Polonia* al emperador cismático?—No. No puede. Si lo hace es inconsecuente, y nosotros aplaudiremos su inconsecuencia, y lo aceptaremos como aliado en el momento de la lucha. Si no lo hace,.... maldecido por sus creyentes, desaparecerá envuelto en ese torbellino que arrebató á los paganismos antiguos y modernos.

Tambien, no lo olvidemos, el catolicismo aparecia como la religion de Méjico. ¿Y cuál ha sido su conducta en la presente guerra de la República y de la Independencia Mejiicanas contra la invasion pirática de Bonaparte el perjuro? El partido clerical, llama y favorece la invasion precedida por el jesuita Miranda,—y el Gobierno de la República ha tenido que proceder contra ese clero.

¿Qué espectáculo el del Viejo Mundo! Y cuando aqui en nuestra América, ya sentimos el aliento de esa aurora que ilumina las altas cabezas de los republicanos, cuando las manos de los gobiernos y pueblos se buscan á la luz de esa aurora para formar la mística cadena de la Repúbli-

ca, fraternidad de un mundo, ¡cuán triste nos ha sido ver á un gobierno americano, rechazar esas manos que levantan el *palladium* del porvenir para buscar las ensangrentadas manos de los déspotas!

Bien lo habeis comprendido y expresado, y es por esto que me permito este desahogo al transmitirlos el documento de nuestro muy querido Quinet.

Vuestro—

Francisco Bilbao.

Buenos Aires, Mayo de 1863.

### Contestacion del Obispo de Orleans á la súplica de Edgardo Quinet.

Señor Edgardo Quinet.

Muy señormio:

Aunque los tiempos que corren nos debian tener ya curados de espanto y acostumbrados á lo extraordinario, debo confesar que pocas cosas me han sorprendido tanto como la *Súplica al Clero Católico*, que en favor de Polonia ha publicado Vd. en el *Siecle* y la *Opinion Nationale*.

¿Cómo nó? cuando Vd. mismo era quien hace pocos años escribió esta frase: «Es preciso deshonorar al catolicismo: «¿qué digo deshonorarlo? No basta. Es preciso ahogarlo en «fango.» Hijo y pontífice de la Iglesia Católica, he sentido que mi mano temblaba al trasladar estos insultos y aun para escribir al que los ha proferido tengo necesidad de vencer una repugnancia muy grande. De seguro que no me estimaria Vd. si yo abrigara otros sentimientos, asi como creo que se reiria grandemente de mi credulidad si me fiara de esas súplicas que ahora dirige Vd. al mismo clero, cuya fé ha atacado Vd. con tanta impiedad y cuyo honor aja Vd. en estos momentos dirigiéndole sus súplicas.

Sin embargo deseo, ó mejor dicho, debo contestar á una provocacion tan estraña que hay lugar para preguntar al verla si es una lisonja ó una injuria, un lazo ó un desafío.

En las primeras líneas que ha escrito Vd., veo que nos acusa de «colocarnos siempre al lado del mas fuerte.» Francamente, esta calumnia me produce náuseas; porque, en efecto, entre Inglaterra y la Irlanda estamos en la última; en Oriente estamos al lado de los cristianos del Líbano; en América con los esclavos; en Rusia con Polonia; en Italia con el Papa; y en una palabra, en todo el mundo con los débiles, los pobres, los niños y los desvalidos; con el pudor, la inocencia y la honradez; finalmente, con todo aquello que el mundo abofetea, proscribe y crucifica con Jesucristo. ¿No es cierto que todos estos fuertes á cuyo lado nos encontramos en todas partes, tienen una fortaleza muy singular?

Añade Vd. en su súplica, que en el próximo pasado siglo «nosotros fuimos quienes quebrantaron el corazon de Polonia», pero si hojeo la historia de dicho siglo, veo que el Papa Clemente XIII en 30 de Abril de 1767 escribia á los reyes de Francia y España y al emperador de Alemania abogando por Polonia; luego veo que el Papa Clemente XIV, quince dias antes de comparecer ante Dios, esto es, en 7 de Setiembre de 1774, defendia aquella misma causa, y por último, con veinte documentos públicos y solemnes, espeditos por estos dos pontífices, puedo probar á Vd. que los dos fueron los únicos que en Europa protestaron contra la iniquidad de aquella conquista y aquel reparto; y que lo hicieron con toda la enerjia que nace de la fé, la caridad y el amor á la justicia.

En la espresada historia veo ademas que Voltaire con fecha 18 de Noviembre de 1773, escribia lo que sigue al rey de Prusia:

«Hay, señor, quienes suponen que ha nacido de V. M. la

idea de dividir á la Polonia; esta idea es de tal modo hija «del génio, que yo creo verdadera esta suposicion.»

Pero dejemos á un lado el exordio de la súplica, y veamos: en resúmen, ¿qué nos pide Vd.? ¿Dinero? Sin duda nó, puesto que dice que no son colectas lo que se busca. ¿Palabras? ¿Pues quién desde un siglo acá, ha hablado mas, ha escrito con mayor elocuencia y ni quién estos mismos dias representa en favor de los católicos, con ahinco mayor que los católicos? ¿Quién antes que de Maistre, uno de los nuestros, ha proclamado execrable el reparto de Polonia? (1)

En fin, ¿qué quiere Vd.? ¿Hechos por ventura? ¿Pero cuáles? «¿Que nos coloquemos en vanguardia y ensordecemos el aire con nuestros clarines?» en una palabra, ¿que demos la voz de á las armas?

Pues á esto le digo á Vd. que todo cuanto el clero puede hacer lo está haciendo heroicamente el clero polaco. Este sin descanso bendice, cuida, alienta y consuela, y abiertas siempre las puertas de la iglesia para recibir á los heridos, no hay riesgo que aquel clero no afronte por socorrer á sus hermanos. Bendito por ello sea.

Conque ¿quiere Vd. que prediquemos la guerra? Si lo hacemos, ¿faltará entre vosotros alguno que crea conveniente recordarnos que somos ministros de paz?

¿Acaso cree Vd. que podríamos hacer algo mas de lo que hacemos, que podríamos alzar mas nuestras voces y conmover los corazones en favor de aquella nacion infortunada. Dejemos á un lado si lo podríamos ó nó. ¿Sabe Vd. quien nos impedia hacerlo? Pues será Vd., si Vd., que deseando tener el clero arrinconado perpétuamente detrás de los altares, se ha reservado sacarlo de allí cuando cree que le conviene: Vd. que con empeño ha trabajado por ligar sus manos, para acusarle luego porque no se movia. Vd. que le pedia que rindiera las armas en Castelfidardo, y ahora le pide que las tome en Varsovia; Vd. finalmente, que quiere imponerle silencio cuando supone que va á hablar contra Vd. y que ahora le incita á que grite, suponiendo que lo haria en provecho de Vd.

En esto, sin embargo, hay algo mas grave y que el interés principal de Polonia me obliga á manifestar, y es que solo Vd. y los suyos son quienes, no solo estravian, sino que pierden todas las causas buenas en que intervienen, quienes han hecho sospechosa á la libertad y quienes la han matado, casándola á la fuerza con la revolucion. Por eso vemos que el hombre de bien sabe como se ha de mover cuando se contempla oprimido por dos obstáculos: las leyes que coartan las palabras que querria decir y los partidos que corresponden en las obras que le son gratas.

Si por ventura diéramos la voz que Vd. desca, ¿quiénes acudirian? Sin duda aquellos á quienes no se llamase. Al oír nuestra voz se levantarían las almas generosas, los héroes cristianos, pero al oír luego vuestras voces acudirian tambien los revolucionarios para hacer presa suya aquella nacion noble y religiosa.

Nosotros convocariamos á las águilas, con vosotros llegarían los buitres. Esto acarrearía á Polonia un peligro muy grande. Sin embargo, héme aquí pronto á seguir el consejo que Vd. nos ha dado, pero con una condicion: que nos prometa Vd. que la revolucion no se mezclará en ese asunto. ¿Sabe Vd. por qué fué grande la Venda? Pues fué porque

(1) Al pié del convenio firmado por el emperador de Rusia y el rey de Prusia, el 17 de Febrero de 1772, para la particion de Polonia, se lee la declaracion siguiente hecha por la emperatriz reina de Austria, Maria Teresa, en 4 de Marzo de 1772: «Sea puesto que así «lo quieren tantos y tan sábios personajes; pero algun tiempo des- «pues de mi muerte se verán las consecuencias de haber pisoteado lo que hasta ahora se ha creído justo y sagrado.»



vosotros no estuvisteis allí. En 1789 acudisteis, y por eso sucedió lo que sucedió.

En resumen: no hay para qué dar una voz que ya está dada. Allí hay quienes mueren: por eso oramos nosotros aquí. ¿Quién sabe hoy lo que sucederá el día de mañana? Pero sea el que quiera el decreto del Señor, es preciso que Polonia, vencida ó vencedora, salga gloriosa de esta lucha desigual y mas libre y digna que nunca de ser amada, compadecida y respetada.

Ha dicho Vd., y con razon, que aquel pueblo solo por nuestro auxilio recobrará su libertad, y en efecto, es indudable que si la revolucion llegare á enseñorearse en él, su libertad peligraba. Pero por fortuna mi esperanza es mas halagüeña, porque cuando la sangre que corre es pura siempre fecundiza.

Aun cuando saliera vencedora, Polonia se habria perdido si se habria dejado corromper por los agitadores de Europa; así como llegaria día en que se levantáramas poderosa, aunque sea vencida, si la fé y el patriotismo combaten por ella. Si: la justicia eternamente será justicia.

Creo, pues, que Vd. me dispensará si no acudo á su llamamiento y no me ajusto á su programa. Para amar á Polonia con todo mi corazón, puede Vd. estar seguro de que no he esperado á que Vd. me lo suplicara. Si; siempre he amado con todo mi corazón á la patria de Juan Sobieski, á ese pueblo heroico que ha sido el baluarte mas firme de la cristiandad contra el islamismo victorioso, y que aun sorprendido y vencido en un día, despues de mas de un siglo en que ha visto ahrorojadas por la tiranía sus libertades, ha sabido, como Irlanda, conservar entera la libertad primera y mas noble: aquella libertad que ningun tirano sabrá quebrantar nunca; la libertad de su fé y su conciencia.

¿Sabe Vd., señor mio, cómo quisiera yo servir á Polonia? Pues es en los consejos de las naciones Europeas. Quisiera, á precio de mi sangre, persuadir á los que pueden lo que nosotros no podemos, de que hay en este asunto una grande iniquidad que reparar, un derecho escandalosamente violado que restituir, una barrera que levantar, necesaria á Europa y á Francia; ¡y quiera Dios que nunca tengamos que saber hasta qué punto nos hace falta esa barrera, con tan admirable oportunidad puesta donde lo está por la Providencia y tan imprudentemente sacrificada!

Porque esa católica y valiente nación ¡ay! no hace falta solo á Europa y á Francia, sino tambien á la Iglesia. Pero tambien por esto es imperecedera la causa de Polonia. Ya en el siglo XVII, en el momento que esa nación parecia morir, y cuando se veia á sus enemigos arrojarle sobre ella como leon que tiene la presa entre las garras, próximo á hacerla pedazos, exclamaba Bossuet con el grande impetu de su elocuencia y la viva luz de su fé: «Dios lo habia dispuesto de otro modo: Polonia era necesaria á la Iglesia y le debia un vengador. De repente truena desde lo mas alto de los cielos, y Polonia queda libertada.»

Nosotros con mas humilde acento, pero con igual fé y la misma esperanza dirémos tambien: «En vano queréis enterar esta dolorosa y magnánima cuestion: en vano se pretende esquivarla y hundirla en una orden del día, porque «la justicia la tiene de su mano, y Dios y el honor la tendrán «de la suya perpétuamente». Con este motivo me ofrezco de Vd. atento servidor—

FELIX, Obispo de Orleans.

POSTDATA—Despues de escrita mi carta, la he vuelto á leer y me parece bastante viva. Pero ¿qué remedio?—No he podido llevar con calma lo que Vd. ha tenido valor para escribir contra mi fé. Recuerdo sin embargo, que Vd. ha estado proscrito, por opiniones que no son las mías, aunque

respeto el desinterés con que las profesa. ¡Libreme Dios de aumentar con un disgusto los muchos que Vd. padece. Acaso habia yo debido tener presente que es Vd. poeta lirico, y dulcificar la severidad de mis palabras, no merecidas acaso por un hombre á quien así conmueve la dolorosa poesia de los infortunios de Polonia. Perdóneme Vd.: condenado á tomar las cosas como son en sí, he tenido que responder en prosa no como poeta, sino como obispo.

El *Siecle*, diario de Paris, en su número de 31 de Marzo, inserta la contestacion del Sr. Edgardo Quinet, precediéndole con las siguientes líneas:

«El señor Edgardo Quinet, nos dirige, en contestacion al «señor Obispo de Orleans, las siguientes líneas, sobre las «cuales no tenemos necesidad de llamar la atencion de los «numerosos admiradores del gran poeta, del historiador «eminente, que nunca fué mejor inspirado.»

**Contestacion del señor Edgardo Quinet á monseñor el Obispo de Orleans.**

Monseñor:

Al terminar vuestra carta, os vituperais, por haberos dejado llevar de un lenguaje demasiado hostil. Espero no incurrir en la misma falta, pues en mi igual violencia seria imperdonable; porque si apareceis movido por un odio sincero en contra mia, puedo aseguráros que no siento ninguno contra vos.

Para autorizar el tono de vuestra polémica, desde las primeras líneas os cubris con una frase que escribia (segun uos) hace algunos años. De este modo me dais desde el principio, una gran ventaja. No abusaré de ella; me cuesta muy poco responder: esa frase que citais con tanta seguridad y cuya transcripcion os estremece, es un texto alterado, falsificado. Los que os han provisto de tan bello argumento contra mí, debian haberos prevenido que es una arma torcida con la que podeis heriros. Se han mofado de vuestra buena fé, como tambien de la del público. He desdeñado contestarles, pero, puesto que me escribis como Obispo, tengo la corteza que lo haréis por mí. (1)

Os hiere esta otra palabra «que siempre os colocais del lado del mas fuerte.» Me objetais que estais en Italia con el Papa. Lo concedo. Sois en Roma partidarios de vuestra propia causa. En cuanto á lo que se pasa en otra parte, sabéis que de ello no puedo hablar.

Mi *súplica al Clero Católico* ha sido objeto del mayor asombro para vos.

No sabéis si ha sido un homenaje ó un desafio. A vos os toca decidir: Haced lo que os pido y es homenaje. Me veria forzado á tributarlo. Hé ahí con qué lazo voluntario me he ligado, con admiracion de muchas personas que participan de vuestra sorpresa separándose de vos en todo lo demas. Hablais de trampa. Sí, la trampa es para mí, de vos depende hacerme caer en ella, y para ello, no teneis necesidad sino de tender eficazmente la mano á un pueblo que asesinan. ¿Qué enigma? diréis.

(1) Mucho he escrito que pueda disgustar á un Obispo, para tener el derecho de pedir, que nada se agregue. Las palabras citadas han sido empleadas para caracterizar el espíritu *rabelaisiano* de una obra del siglo XVI: *les Differens de Religion*, de Marnix de Sainte Aldegonde, cuyo sentido está claramente determinado por esta conclusion: *Tal es el fin de Marnix*. Naturalmente, se ha suprimido esto último. Se ha cambiado el principio al que se ha sustituido un *es necesario*, que no está en mi texto. Y durante años, esta frase, desnaturalizada y mutilada, ha servido de ese modo de máquina de guerra contra mí. Por este procedimiento bien conocido, se puede hacer decir á un escritor, todo lo que quiera. He combatido abiertamente; jamás he ultrajado. Tengo á pecho que se haga tal diferencia.

Es muy sencillo. Un obispo debia comprenderlo:

Es que la vida y las tristezas mismas de que hablais me han enseñado una verdad que no comprendia bastante, y de la que he jurado no desistir jamás. Esta verdad, héla aquí: cuando la humanidad clama, es necesario ante todo socorrer la humanidad y dejar las trabas del espíritu de partido, al cual no debe uno entregarse sino despues de haber escuchado el clamor de la naturaleza humana, y ¡ojalá, que jamas se hubiese oseeurecido este principio!

Creo tambien que la señal de que una opinion, un partido son dignos de mandar á los hombres y de dirigir á una nacion, es cuando se muestran capaces de dominar sus prevenciones, sus repugnancias, sus intereses pasajeros, y de atender ante todo á la piedad y al interés que inspira una causa que sangra y que no admite espera! Hé ahí, á juicio mio, el signo de la grandeza, es decir, del poder. Hé ahí como se demuestra que grandes destinos os aguardan, para los cuales no desmereceréis. No escuchar, no aceptar sino el espíritu de partido, es señal segura de debilidad y esterilidad, identificarse con la gran causa humana donde quiera que aparezca, sacrificarle aun las ventajas inmediatas, sobre todo sus odios, es en el fondo la mas verdadera la mas sólida política. Y darla por base á su partido, es elevarlo á la mayor altura á que pueda ser colocado.

Tales mi creencia. ¿Comprendeis ahora mi *Súplica al clero*, y que he querido conseguir dos cosas que solo para los ciegos pueden ser contradictorias? Desde luego, antes de todo, salvar á un pueblo (y nadie, lo repito, lo podia mejor que vosotros.) En segundo lugar, atestiguar que los amigos de la libertad, saben dar tregua á sus resentimientos, es decir, practicar la virtud mas necesaria para la discusion de las cosas humanas. Al provocar esta emulacion, me atrevo á decir que si os invitaba á una ocasion gloriosa para vosotros, tambien la procuraba para la democracia.

Y de esta rivalidad podia salir un renacimiento del espíritu público. La humanidad y la política ganaban en este terreno proponiendo á cada uno se alistase en una causa amada y aceptada por todos.

¿Segun vuestro propio interés, es vuestra contestacion la que debiais á mi *Súplica*? No lo creo. Ayudaréis á la Polonia, si os garanto de que no se introduzca ninguna revolucion. Desencadenaréis las águilas, si contengo á los buitres. Pero, á mas de que las águilas son, como sabéis, de la misma familia que los buitres, se deduciria que rehusais ayudar jamás á ningun pueblo en peligro. ¿Porque, en dónde está aquel que pueda ser sustraído á toda probabilidad de revolucion? ¡Pedidme mas bien sustraerlo á la atmósfera del siglo!

¿Es de este modo, monseñor, que debemos imitar al buen Samaritano?

Clamo á vosotros: hé ahí un hombre, presa de asesinos! Lo han herido; so ahoga en sangre; si tardamos un momento, sucumbe!—¡No pensemos sino en salvarlo! ¡Que viva para vosotros, para mí, poco importa! ¡Pero que viva! ¡No! No sois vos, pontífice, que podeis responder con sangre fria: «Antes de socorrer á ese hombre, informémosnos primero si «despues no se juntará con jente mala; si no tiene por casualidad algun amigo peligroso que lo extravié; antes de armaros por él, sepamos desde luego si no tiene relacion con «alguno que piense de distinto modo que nosotros.»

Os lo repito, ¡no! no podeis decir eso, monseñor; ni yo tampoco, pues no puedo afirmar que no llegue hasta Polonia el espíritu de nuestro siglo. Habeis llevado demasiado lejos el espíritu de partido. La vehemencia del escritor os ha arrastrado. Salvemos desde luego á este justo; otros despues

se disputarán su alma. Al menos nos quedará la buena accion de haberlo arrancado de manos de sus asesinos.

¡Y en verdad tambien, me dais demasiada razon, cuando haceis de una manera tan implacable el proceso á todo lo que se llama revolucion! Siempre he sostenido que sois inconciliables con la herencia de la revolucion francesa; que ella y vosotros teneis dos espíritus que absolutamente se excluyen. Muchas buenas gentes han querido hacerse ilusion y han resistido á las pruebas con las cuales me obstinaba en convencerlos. Pero os encargais de arrancarles el último refugio; y bajo este punto de vista me dais la satisfaccion mas amplia. No quisiera esta victoria que parece la consigo por sorpresa. ¡Qué! ¡Aun en Vendea, las águilas, los buenos, los gigantes no están sino en un lado! ¡Y los buitres, los malvados, los enanos en el otro!—¡Y esos enanos se llaman Kléber, Marceau, Hoche!

Os decia: Para males tan grandes como los de la Polonia, no es demasiado, creedme, la concordia momentánea de todas las fuerzas vivas que pelean en otro terreno. Unámonos á lo menos en este gran acto de caridad universal para con un pueblo. Que el honor sea vuestro con tal que hagamos cesar la servidumbre. El recuerdo de una gran accion emprendida en comun es capaz de atenuar divisiones que quizá no tenemos razon de creer fundadas en la naturaleza de las cosas. ¿Cómo contestais á esto, monseñor! «¡Guerra, siempre guerra! ¡jamás tregua! ¡Si os mezclais, el bien se convierte en mal!» Hé ahí lo que nos decis en otros términos.

Despues de esta tentativa de mi parte ¿quién se atreverá á renovarla? ¿y no estoy muy fundado para decir, que me dais demasiada razon, puesto que cerrais toda puerta á la esperanza de una reconciliacion futura?

No tocaré la antigua historia de Polonia. ¡No hay un solo polaco que no sepa, que sois vosotros los que disteis el primer golpe, cuando enajenasteis á los cosacos de la Urania, y tambien el último que fué la enciclica de 1831, que arrojó el interdicto al porvenir! No se trata de recriminaciones sobre lo que ha sido. El pasado es pasado; se trata de salvar el presente. Una accion grande y magnánima puede rescatar en un día el mal hecho en tres siglos. Esta accion para la que os invito á costa de mis intereses inmediatos, ¿en dónde está, quién la ha visto? ¿Es bien positivo que haceis todo lo que podeis hacer? ¿Es cierto que no podeis hacer mas? Quisierais, lo decís, estar en el consejo del poder. ¡Ay! mi última esperanza era modesta. He creído que á lo menos vosotros, principes de la Iglesia, votariais la peticion que ha metido tanto ruido. ¡Qué! ¡Ni un voto para una súplica! ¡Gloraba que os fuese tan difícil.

¡Con todo, monseñor, esperais!—Y en esto al menos, no podeis impedir me encuentre con vos en una virtud que no es la menos difícil en tiempos como los nuestros. Porque, ¡yo tambien, espero! Y es porque he sentido durante largo tiempo, lo que es la ausencia de la patria, que estaba tan dispuesto á grandes sacrificios para volver una patria á los que ya no tienen.

Despues que habeis borrado en parte las injusticias de vuestra pluma, no llameis poesia, lo que los hombres que debemos tomar por modelo han llamado siempre piedad, justicia, misericordia, amor del bien público.

Me oponéis las realidades de vuestra vida. Yo soy extraño á ellas y mi camino es probablemente mas áspero que el vuestro. Pero, ¿qué tienen que hacer vuestras personas? Olvidad la mia, y fijaos solo en lo que os propongo.

Pensadlo aun, qué duelo eterno si la Polonia abandonada ó desatendida por las razones accesorias que haceis valer, pudiera un día decirnos como Juana d'Arc á vuestro colega de Beamais:



«¡OBISPO, TÚ ME MATAS!»

Aceptad, monseñor, (y sois vos quien me obligais á pasar mio á esta fórmula que ya no es de vuestro uso ni del mio) el homenaje de los sentimientos que tengo el honor de ofreceros

Edgardo Quinet.

Veytaux, (Suiza) 26 de Marzo de 1863.

P. D. No habiéndome enviado ninguna persona de Francia vuestra carta, hace solo veinticuatro horas que la conozco. Me disculparéis por esto de no haber podido contestaros mas pronto. Han querido evitarme una herida, sin pensar que debo ya estar acostumbrado y aun á algunas mas fuertes.



Por F. de O.

IX.

Amaneció el día veinte de Enero.

¡Día aciago para mí!... ¡inolvidable por los muchos incidentes que en él me sobrevinieron!

Al punto de las nueve me disponia á dejar la casa, cuando de improviso, al llegar al zaguán, divisé á una señora de avanzada edad que tomaba la alfabá para hacerse sentir: al verme la dejó, y con pasos mesurados se acercó á mí con manifiesta intencion de querer dirigirme alguna pregunta.

En efecto: con mucha flemma y mirándome de hito en hito, dijo estas palabras:

—Decidme, caballero: no es esta la casa en donde vive un jóven muy elegante llamado F...?

—Habeis acertado su casa, señora.

—¿Sabéis si ha regresado de la Florida? Como hace tres meses pasados que marchó á aquel destino....

—Ha regresado hace dias.

—Sí... entonces me haréis el favor de conducirme á su presencia, ó indicarme el paraje en donde lo pueda hallar.

—No hay necesidad: estais, señora, en la presencia de F.

—¿Será posible!

—Sí.

—¿Conque sois vos el jóven elegante por quien os he preguntado?

—El mismo.

—Caballero: soy mensajera de noticias funestas que conmoverán á vuestro corazon; yo quisiera no ocasionaros ningun daño, ni haceros sentir la mas pequeña sensacion.... pero la necesidad me induce á revelaros noticias funestas para vos....

Algo atónito me quedé al escuchar estas últimas palabras pronunciadas con sumo dolor.

Sin embargo, la atonia fué instantánea porque la excitacion me inducia á obrar de otra suerte.

—¿Noticias funestas para mí!

—Para vos.

—Entonces decidme las sin pérdida de tiempo.

—Aguardad.... apenas yo desplegue los labios para articular palabras dolorosas, sé muy bien que vuestro corazon se llenará de tristeza, y vuestro rostro palidecerá.

—¿Qué habláis?—repuse yo con marcada impaciencia, no dejando de demostrar el asombro que me causaban sus enigmáticas palabras.

—Un venerable anciano á quien vos conocéis, está esperando la muerte de un momento á otro, os espera postrado en su lecho; él os llama; dice que acudais á recibir su último suspiro.... quiere morir en vuestros brazos, confiando en vos la ejecucion de todos los deseos dispuestos en su última voluntad!

—Si es, como vos decís, amigo mio, el que se halla á la sazón en tan inminente apuro y desca verme y hablarme, conviene que no nos detengamos ni un solo instante: por lo tanto os ruego que me dirijais ó indiquéis su morada.

—A buscaros vine.... seguidme.

Cerré la puerta, y en seguida cediendo la derecha á la señora, empezamos á caminar hácia el Hospital Italiano.

—Cuando yo salí dejé al anciano en una situacion muy culminante, y el facultativo como para entonces lo habia desahuciado, decia que muy pronto sucumbiria irremisiblemente. ¡Sabe Dios si para la fecha existe!....

—Señora, ¿podré saber el nombre de la persona que se encuentra en las últimas gradas de la muerte?

—Llámase D. Fernando.

—¿D. Fernando! exclamé yo con acento desgarrador y con esplicita admiracion.... ¡D. Fernando al borde de la tumba!... ¡esto es increíble!

—Si, repelia ella cada vez con mayor tristeza: D. Fernando muere de sentimiento, porque su injusta hija, sin temor á los castigos que Dios derrumba sobre aquellos que desobedecen la suprema y sagrada voluntad de sus padres, y sin considerar la pesadumbre que le ocasionaria, ha tenido el inaudito valor de fugarse de su lado; ¡de afufarse con un jóven avieso y lleno de defectos, quien sabe hácia dónde!... ¡hácia el punto que la lleve su seductor! ¡Pobre Elena! ¡abandonas á tu padre y le das la muerte, porque quisiste complacer ciegame los deseos de un infame, á quien amas con visible idolatria! ¡Ese amor ciego que te ha impulsado á obrar ilicitamente, ya te lo predije, te conducirá á la tumba! Recuérdate de la prediccion que te hizo tu anciana vecina en momentos que no pudo evitar tu descabellada afuacion. Caballero, Elena, aquella cándida é inocente criatura que iba á contraer matrimonio con vos, segun me decia su padre, ha huido cinco dias hace....

—¡Ah! ¡conque Elena ha huido!... ¡Miserable seductor! Al escuchar aquellas palabras, no pude dejar de sentir un estremecimiento jeneral por todo mi ser que penetraba hasta la médula de mis huesos, proferir estas y quedarme por un momento anonadado....

Ya no tenia disposicion para continuar caminando, porque el fuerte y punzante dolor que sufría en el alma debilitaba gradualmente mis fuerzas, y hacia que mis piernas flaqueáran; pero, por no abandonar á la señora en la mitad del camino, y dejar de acudir al llamamiento del moribundo D. Fernando, reconcentré poco á poco mis desfallecidas fuerzas, mostréme enérgico, para seguir sus pasos con sumo disimulo y aparenté conformidad.

La señora, sin embargo, no dejaba de traslucir el trastorno que me causaron las noticias que me diera, y el deseo que tenia de querer llegar cuanto antes á la morada de mi infortunado amigo: por esto fué, como caminaba con demasiada lentitud, que empecé á aligerar el paso.

Al fin de tres cuabras que las cruzamos con una rapidez indecible, se paró ella ante una puerta negruzca y bastante fea, y me indicó á que pasára por ella.

En el primer patio habia un número considerable de caballeros que obstruian el tránsito, y otro grupo menor instalado delante de una puerta, todos con semblantes sombríos, hablando despacio y con suma tristeza.

X.

¡Pobre D. Fernando!

Acudí á su casa, á su propia habitacion, á su propio lecho, y ¡fatalidad! ¡lo hallé agonizando!....

Varios caballeros elegantemente vestidos circundaban el lecho del enfermo; dirijiendo sobre él sus miradas espresivas y penetrantes, con el mas profundo dolor, cual aquel que todo hombre siente en momentos de perder para siempre un amigo que se eclipsa de la escena de la vida.

¡Qué aspecto sombrío, lúgubre y aterrador representaba aquella habitacion mortuoria!

D. Fernando se debilitaba por grados.

De repente le sobrevino el delirio....

Las palabras desvariadas é inconejas que pronunciaba con voz débil y acento pausado, y los tristes ayes que prorrumpia, eran suficientes para hacer enternecer á todos los circunstantes, y á la persona mas indómita é impresionable que fuera.

Yo me conmovia al ver á aquel anciano en momentos de agonía, cuando su delirio rayaba en frenesí.

Declamaba por su hija, y entre otras cosas pronunciaba tambien mi nombre asentándose en el lecho y dirijiendo sus miradas á todas direcciones para columbrarme y despues atraerme junto á sí.

Al traslucir esta ansiedad, me acerqué á su lecho, y apesar que deliraba de una manera asombrosa, y de tener sus ojos cubiertos con un denso velo tan oscuro como la misma muerte, tuvo la perspicacia y le vino la razon entonces para conocerme y hablarme con cordura.

—F\*... Elena fugó con su nuevo amante.... ¡buscadla! ¡buscadla! Yo muero por su culpa.... de sentimiento.... de pesadumbre que ella me ha ocasionado.... Marcho á reunir-me á otros hermanos que me aguardan en el otro mundo.... Mi vida se estingue... mi voz se debilita... mi razon se ofusca....

—Valor, D. Fernando.... sed magnánimo en la hora de vuestra muerte.... ¡Reanimaos!

—Ella.... ella ha huido....

—Si.... ¡ha huido!

—F\*... no lloreis.... los hombres nunca lloran....

¡Ah! sus palabras horadaban mi corazon.... y el recuerdo de la ingrata me mataba! por eso lloraba asemejándome á un niño de siete años.

—F\*... tú, tú la encontrarás..., mi corazon me asegura que tú la encontrarás en el tránsito de tu vida, sumida en la miseria, en la desgracia... como una flor perdida por el ce-laje, arrojada y llevada hácia allí por el céfiro ponzoñoso.... si la ves en este caso, ¡socórredla!... Decid... ¡jurais socorrerla?....

—D. Fernando....

—Jurais....

—Os lo juro.

—¿La perdonaréis tambien?... ¡Cómo os ha sido tan infiel!

—Os lo juro.

—Entonces.... solo me resta añadir que muero testado, y con un consuelo que vos me dais jurándome socorrer y perdonar á Elena si alguna vez la hallais por el mundo.... Marcho á la eternidad.... ¡Adios.... hijo mio!

Miró al rededor suyo con una mirada bastante escudriñadora, y con los ojos desencajados, como queriendo despedirse por última vez y para siempre de sus amigos, y darles á entender que fueron fieles á la amistad hasta la hora de su muerte; en seguida hizo un esfuerzo considerable para asentarse en el lecho, alargando con sumo trabajo sus brazos desfallecidos, y consiguió porque yo permanecia impassible sumido en el mas profundo dolor pasarlos al rededor de

mi cuello: estando en esta actitud, su rostro en contacto con el mio, pronuuciando mi nombre, y vomitando una bocanada de sangre, exhaló su último suspiro....

¡Asi murió D. Fernando, el padre de mi ingrata, en los brazos de aquel que pensaba ser algun dia su querido hijo!

XI.

Se habia derrumbado sobre mí un frajelo terrible, y por eso sufría con harto dolor los sufrimientos amargos que devoraban mi corazon

El recuerdo de Elena venia á exacerbar mi afliccion, como un dardo venenoso ocasiona una herida dolorosa cuando se introduce en el cuerpo humano.

Nada habia que me distrajera, ni objeto á que dirijiera con avidez mis deseneajados ojos, ni persona que me consolára, ni inspiracion que me hiciera soportar las angustias con humilde resignacion, ni cosa que me surjiera la esperanza de hallar algun dia el objeto precioso, el tesoro invaluable que de mis brazos arranca hoy el fatal destino, que sojuzga á la humanidad con su veleidoso capricho, como la mujer á su esposo cuando ambos se aman.

Para mí, desde el acerbo momento que empecé á ser el juguete del destino, y apurar la ponzoña que prepara el infortunio, todos los objetos visibles me eran odiosos, y se representaban ante mis ojos, con una disformidad inesplicable.

Esto era efecto de la ceguedad y avatimiento.

Para mí el sol habia perdido ya todo su esplendor; parecióme que habia tenido alguna variacion repentina, alguna transformacion misteriosa, algun cambio imaginable, para presentarse á mi vista con un adorno desconocido, menos encantador que el que antes poseyera.

La luna, esa compañera de las almas sentimentales, que tantas veces prodiga consuelo á los corazones ulcerados por las funestas vicisitudes de la vida, y compañera inseparable que hace mas grata la soledad, y que proporciona muchas veces en las noches apacibles momentos de interrumpible calma en que se disfruia el infalible gozo;—se presentaba ahora á mi vista, sombría, opaca, como si alguna mancha rojiza tuviera impresa en su círculo, ó densa nieblina le privára irradiar, difundir sus rayos con profusion, y hacer con esto mas iluminada su claridad.

La aurora, madre amorosa de los inocentes pajarillos que esperan impacientes su despunte para entonar sus trinos y hacer que una ráfaga de viento los envuelva y lleve á su regazo; las innumerables estrellas que regatean en toda la estension del espacioso firmamento; las nubes impregnadas de agua que cruzan de un polo á otro polo, y las otras que se conservan firmes al parecer en el mismo puesto como clavos cenicientos con que está tachinado el cielo; el gorjeo de las aves, el murmurio que producen las ojas de los árboles cuando se chocan unas con otras impelidas por el céfiro que corre,—y tambien el acento que produce la voz humana, me parecia que todo carecia de su primitiva realidad: que era todo en su conjunto una nimia ilusion que absorvia mis potencias, y que se presentaba á mi imaginacion de distinta forma, con un desmerecimiento completo.

Las mismas flores, antes lozanas y llenas de fragancia, las hallaba ahora místicas, marchitas, decaidas completamente, como si el aquilon las hubiera tronchado en su nacimiento ó dejado en ese ser para no adquirir mayor hermosura.

Todo, en fin, á mi vista se habia trocado completamente.

Para mí ninguna clase de atractivo ejercian las diversiones públicas y privadas,—y hasta las pantomimas que de ordinario reproducen en las calles los ociosos trovadores



que van tocando la arpa, y otros el organillo, eran contempladas por mi con la mayor frialdad é indiferencia.

De suerte que para mi no existia la sociedad, puesto que no asistia á sus invitaciones; ni mundo porque desconocia sus bellezas.

Me sumerji, pues, en la mas lóbrega soledad haciendo firme propósito de pasar una vida sedentaria semejante á la del misántropo, considerando que cambiando de género de vida, disiparía gradualmente las ideas, los amargos y desconcertados pensamientos que bullen en mi fatigada imaginacion, y que con esto recuperaría la tranquilidad.

Desde el momento que adopté este nuevo método de vida, conocí que ya los dolores no me afectaban tanto, y que no fluctuaba en mi imaginacion aquel cúmulo de pensamientos que causan el desasociado, porque inquietan el espíritu de una manera inexplicable.

Confore mitigaba mis dolores y disipaba los pensamientos, noté yo mismo que me debilitaba completamente, y que la consuncion, el horrible marrasmo invadía sin hacerse sentir por todo mi ser.

No tomé ninguna precaucion para preservar su desarrollo antes que hiciera progresos, porque ignoraba la influencia que ejercía ese mal en el cuerpo humano, como tambien sus funestos resultados.

Por mi propia negligencia cada dia iba decayendo el espíritu que me conservaba.

Cuando vagaba solitario en el jardin de mi casa, dirigia miradas tiernas á las flores, particularmente á una rosa que recién entreabría sus pétalos, y parecía absorber mi atencion por un ficticio momento con la fragancia que despedía; como la rosa se me presentaba natural, esto es, muy hermosa y olorífera, traía á mi mente el recuerdo de otra flor que con cuyo aroma embriagaba, y enjenaba á uno completamente—el recuerdo de aquella flor, sí, causa de mis tormentos.

Pero... cosa estraña...

Impulsado por el deseo de querer manosear aquella rosa que parecía tan lozana y llena de vida estando prendida en un gajo, la arrancaba con suavidad por temor de no estrujarla demasiado, y á tiempo de tenerla en las manos la veía... marchita... y cuando la iba á percibir su fragancia yo no sé por qué la arrojaba... sí... porque su aroma se había extinguido, sin duda por haber sido antes estrujada por manos mas ásperas que las mías?...

Este incidente me sujeria un recuerdo doloroso.

Entonces creía ver á Elena arrullada en los brazos de otro hombre, prodigando caricias al que á ella le prodiga... ¡á Elena!... gozando los deleites inefabiles que proporciona la mancomunidad...

¡Ah! ¡esta ilusion me desgarraba el corazon!

¡Huid de mi mente pensamientos lúgubres que venis á perturbar las horas de mi reposo!

Elena sería dichosa en su afuacion con su compañero que la arrancaba de la casa paterna, y ningun recuerdo del pasado vendría á angustiarla en los momentos que probára la dicha, en tanto que aquel caballero que la había amado con el mas ardiente amor, y que le ama todavia con excesiva vehemencia; se halla postrado... ¡para qué repetir la misma dolencia tantas veces!

Este recuerdo era pasajero, de muy poca duracion.

Tambien hacia memoria del malogrado D. Fernando: ¡pobre anciano fallecido por el sentimiento de perder una flor cuya hermosura tanto le había costado conservar desde sus mas tiernos años?

Tres meses pasaban asi.

Como seguía pasando una vida contemplativa, perenne-

mente entregado á la meditacion, sin poner en natural ejercicio mis fuerzas físicas y morales, y reprimiendo con austeridad habitual las exigencias que demanda el cuerpo, era indispensable que mi mal creciera de una manera asombrosa, pero yo bien ajeno estaba de temer sus consecuencias.

Llegué al grado de la postracion; entonces fué cuando conocí que corría peligro mi existencia, causa á mi propio abandono, debido á la infatuacion que me cegaba completamente; cuando me apercibí de esto, procuré poner cura al mal, no habiendo remedio ya.

Sin embargo, el médico á cuyo cargo ponía mi curacion, me consolaba imbuyéndome la esperanza de verme en breve restablecido.

Una vez, (bien recuerdo que era en una mañana calorosa) vino él á decirme que yo necesitaba respirar otro clima para desterrar de mi mismo la inveterada enfermedad que me agobiaba.

Yo por de pronto reprobaba su resolucion; pero despues que me hizo presente la critica posicion en que me encontraba, y que mi existencia se debilitaba por grados, comprendí que el facultativo hablaba inspirado por su ciencia.

—Es preciso que marcheis á Rio Janeiro.

—Corriente, contesté sin objeccionarle.

En efecto: el diez y siete de Mayo zarpaba el paquete con destino á la capital del Imperio—y en él me embarqué.

Al dejar á Montevideo, la patria que me vió nacer, Hora-ba amargamente en un sitio retirado por no ser observado por los curiosos, y me recordaba de la ingrata Elena, de las palabras sentimentales que me dijo la anciana vecina de esta cuando íbamos á la morada de D. Fernando, y de la funesta prediccion que hizo este en la hora de su muerte!....

¡Prediccion que mas tarde llegó á ser cierta!....

Yo quisiera referir los muchos incidentes que me acaecieron en Rio Janeiro; pero... eso será materia para formar otro volumen un poco mayor que este.

## UNA NACION AGONIZANTE

### CANTO A LA POLONIA.

Este epigrafe lleva una composicion que acaba de ver la luz recientemente, con motivo de los últimos triunfos que ha obtenido en su lucha heroica y giganteza, la noble Nacion que parece destinada á eternos y constantes sacrificios en aras de una deidad imposible de conciliar para ella con los halagos de una situacion pacífica y feliz.

Su autor, usurpando los fueros de poeta, de que goza para los que aceptan una opinion sin origen conocido, nos impone el deber de despojarle de sus pretendidas inmunidades, entrando á considerar esa su produccion, la mas descabellada de cuántas han invadido las rejiones del Parnaso, en sus formas, en su fondo, en sus tendencias.

Abrazamos esta tarea sin perjuicio de analizar en un todo las poesias del mismo autor, cuya publicacion se anuncia bajo la designacion de *Flores silvestres*.

Comprenderíamos la obligacion de ser indulgentes, cuando la indulgencia se tomara por estímulo, pero si se juzga que el autor que vamos á observar ha recorrido ya mucho trecho, sin convencerse de la profanacion que ejerce pulsando una desacordada lira en el templo augusto de las armonias, fácilmente quedará justificada nuestra severidad, que tampoco se separa un ápice de los límites de la rigurosidad y absoluta justicia.

Al adolescente que penetra tímido por la primera vez, bajo las bóvedas del sagrado recinto, y desde uno de los apartados y sombríos extremos hace sonar las débiles cuerdas de su sencillo laud, le decimos con voz alentadora—¡adelante!

Pero, al que á cara descubierta se nos presenta, dando descarnados gritos, con presunciones de canto, despues de haber cursado medio siglo en las aulas de la poesia, no podemos menos de gritarle—¡atrás!

Esto como introduccion, empezaremos á citar cada una de las estrofas de esa composicion de D. Francisco X. de Acha, á cuyo pié observaremos.

De indignacion un grito tremendo se levanta  
Y vá de polo á polo cundiendo con horror!  
¡Polonia! es ese grito que al universo espanta,  
Al siglo diez y nueve cubriendo de baldon!

Para espresar que el grito tremendo de indignacion, cunde de polo á polo, es necesario decir de donde se levanta, y luego, el grito puede sembrar el horror, cuya esencia ya profundizaremos, pero no tiene la facultad de cundir, acompañado de tan terrible personaje, porque es una miserable verdad que la causa precede al efecto—y el efecto sucede á la causa.

Es completamente sin fundamento la aseccion de que el grito—¡Polonia!—espanta al universo; porque el universo no es una cobarde criatura, ni la Polonia un fantasma inventado para intimidarle.—La suerte de la desventurada Polonia, puede despertar en los corazones una invencible simpatía hácia la mártir, un odio irreconciliable hácia la tiranía, pero de estas naturales impresiones, á las del espanto, hay la distancia que media entre la verdad y el absurdo.

¿Por qué el grito de Polonia cubriría de baldon al siglo diez y nueve?

Todo lo que tiene de noble el sentimiento del patriotismo, dentro de los límites que la misma naturaleza le prescribió, tiene de ridícula simpleza todo lo que vaga en una exajeracion que no es otra cosa que la prueba incontestable de la falsedad de su origen.

El mundo no puede ser solidario de la retrógrada política de la Rusia, como los pueblos no pueden ser responsables de la política de sus gabinetes.

¡Polonia! noble mártir su libertad defiende,  
¡Polonia! sus derechos reclama al espirar!  
Y ¡oh Dios! la diplomacia de Europa no comprende  
Que espira con Polonia la ley de humanidad!

Que la Polonia defienda su libertad, equivale á establecer que la Polonia ha gozado de libertad, y esta es una falsedad histórica, porque mas de dos siglos ya contaba, sometida al yugo de la tiranía, y en ese espacio, mas de una vez pretendió su libertad sublevándose contra el poder que la despotizaba.

Resalta un contrasentido á la frase de que la Polonia, reclama sus derechos al espirar, cuando precedentemente se ha dicho que lucha en defensa de su libertad.

Y con tal raciocinio, en forma de elogio, se lanza tambien una calumnia y un desmentido al heroismo de los polacos, ¡suponer que al espirar reclaman sus derechos, cuando se han insurreccionado y constituido numerosos ejércitos, llenos de fuego y de patriotismo, para obtener á costa de su sangre preciosa su cara libertad y sus derechos!

¿Qué no comprende la diplomacia que con Polonia espira la ley de humanidad?

¿Cuál es esa ley de humanidad de que nos habla?  
Y siguiendo el casi imperceptible rayo de luz que de tan

oscura frase se desprende, ¿es posible que la diplomacia lo ignore?

¡Cuán importuna es aquí, la exclamacion de—¡oh Dios!  
Preciso es que se comprenda al fin, que aunque Dios está en todas partes, no por eso en todas hemos de ponerlo nosotros, y que precisamente por la primera razon, debíamos abstenernos de lo segundo.

Hay martillazos que no pueden darse, y necesario es que el cacumen desempeñe sus funciones y cante victoria algunas veces, en la encarnizada lucha que se vé obligado á sostener con los obstáculos de la medida y del consonante.

¿Qué esperan las potencias, sus reyes afamados,  
Sus huestes altaneras y su marcial poder?  
¿Justicia, honor, derechos, no ven ametrallados?  
¿La libertad de un pueblo en agonía no ven?

La pregunta hecha á los reyes *afamados*, espresion algo sino muy vulgar, podemos considerarla en los límites de la razon, pero no así la que se dirige á las huestes, que dependiendo absolutamente de esos reyes, se ven sometidos á sus inmediatas órdenes.

Habiendo hecho una interpelacion á los reyes y á sus huestes, nos parece del todo inútil hacerla á su poder, que como poder, es decir instrumento, no posee el infeliz los medios de contestar, que una nécia disposicion de la naturaleza, ha hecho propiedad esclusiva del ser dotado de vida y de imaginacion.

¿Será necesario clasificar el poder de las huestes y si es necesaria la clasificacion, el término empleado será el que la razon y el buen sentido aconsejan?

Confesamos que ignoramos lo que son derechos *ametrallados* y que en vano hemos acudido al diccionario para que nos lo explique.

Dale con que la libertad de Polonia yace en agonía, cuando la libertad ha muerto para los polacos de doscientos años atrás, y cuando ahora es precisamente que parece resucitar, pues que la libertad tiene el privilegio del ave Fénix.

De una Nacion entera no basta ver el luto,  
La heroica resistencia, la fé en la libertad,  
O es fuerza que sea eterno de sangre su tributo  
Sellando del cosaco la bárbara crueldad?

¿En qué consiste el luto que lleva la desgraciada Polonia?  
Claro es, que en el tributo de sangre que *sella del cosaco la bárbara crueldad*.

Y entonces, ¿cuál es el pié, cuál el fundamento, cuál el sentido de la anterior estrofa?

¿Y á qué el adjetivo *entera* aplicado á la nacion, cuando no vá á hacer la mas mínima distincion, ni menos á establecer ningun parangon?

¿Y qué analogía puede haber entre *el luto, la heroica resistencia y la fé en la libertad*, para sacar íntegra la deducion encerrada en los dos últimos versos?

Pasamos una estrofa por alto porque es casi una repeticion y proseguimos con la que le sucede.

Do están los brios heroicos de la arrogante Francia,  
Do está el orgullo altivo de la potente Albion?  
De Italia el fiero arrojo, de España la arrogancia?  
Murió para esos pueblos la santa abnegacion?

En esta cuarteta, el poeta no se cuida de otra cosa que de repartir con harta prodigalidad elogios á las naciones, sin fijarse tampoco en el mas ó menos acierto de los términos característicos.

La *arrogancia* es una cualidad generalmente negativa de títulos que la justifiquen, y por eso no entendemos como puede ligarse á la *heroicidad*



El orgullo es siempre altivo y desde que la misma naturaleza califica, es innecesario y de todo punto inoficioso el auxiliar del poeta.

Parécenos que sería mejor decir—el noble arrojo de la Italia, que el fiero arrojo, término calificativo, que denunciando una infracción de la verdad, hace traición en nuestro concepto á la idea que lo formuló.

El poeta llama *pueblos* á la Francia, á la Inglaterra, á la Italia y á la España?

¡Valla con la originalidad!

Los pueblos, hemos dicho ya, se han dado gobiernos, de cuya política no son solidarios, y mal podemos aconsejarles la rebelion contra el poder si queremos evitar un mal mayor con uno menor.

La abnegacion no tiene un sentido absoluto. La actitud pasiva de los pueblos de Europa, que por otra parte no es el efecto de sus aspiraciones íntimas, no importa que se hayan estraviado de la abnegacion en ellos característica.

¿Y cómo no responde la Europa, ni levanta, Alzando la bandera de civilizacion?

No entendemos jota, como tampoco el autor lo entiende, ni menos por consecuencia, el mas interesado en dar al verso una esplicacion satisfactoria.

¿Murio para esos pueblos la santa abnegacion?—se pregunta el poeta—¿Por que no dirá en esos pueblos, como lo aconseja la lójica? ¿O habrá sido detenido por la imponente fuerza de la medida, tanto mas imponente cuánto mas ríplon es el poeta?

¿No es harto el infortunio, no es harta la matanza, De niños y mujeres y débil senectud?

¿No habrá para Polonia un rayo de esperanza?

¿No basta de martirio, de horror y esclavitud?...

Los dos primeros versos nos dejan en ayunas, porque de ellos parece desprenderse que las únicas muertes que acontecen en la Polonia son de mujeres y niños, cuando es lo menos que hemos oido.

El tercero y cuarto no encierran en nuestra opinion mas que una simpleza que raya en chocarrería;—tan tontas y ridículas son esas preguntas, como las que dirige Zorrilla á la calavera.

La libertad del mundo, la ley del cristianismo, No claman hermanadas ¡Polonia! con horror? ¿Volvemos á los tiempos del torpe paganismo, Despues que alumbrá al mundo la luz del Redentor?

No alcanzamos á que viene la libertad del mundo á colacion, porque esto solo es aceptable como una perogrullada.

En efecto, ¿no habia de resentirse la libertad del mundo, si tal libertad existe, en la plenitud que las palabras demandan,—¿no habia de resentirse, decimos, cuando en una de sus partes impera el absolutismo del autócrata?

Pero es tambien un hecho que la tal libertad del mundo se veia atacada de una manera terrible, antes de la insurreccion de la nacion polaca, y que esa insurreccion no importa otra cosa, que la libertad haciendo estallar los elementos que la comprimian.

Y no es solo en Polonia, ó mas bien dicho en la Rusia, donde la libertad tenia un sentido negativo; en casi todas las naciones de la Europa sufría y sufre formidables ataques de la autoridad legal, en mengua de los derechos de los pueblos que la libertad consagra, y tambien en el corazon de todos esos pueblos, se abriga con mas ó menos fuerza, mas ó menos ardiente, el vivo sentimiento de la libertad, que se

fortifica en el infortunio, y que en vez de destruir, solo consigue vigorizar la política añeja de los déspotas.

Mucho nos ha agradado ver en esta composicion que el autor ligue á la libertad del mundo la ley del cristianismo, porque esto nos muestra, que al hablar de la ley del cristianismo, le concede el sentido que le dá la filosofía y no el que ha querido aplicarle el fanatismo, conculcando su verdadero espíritu y pretendiendo estraviar á las masas, sumerjiéndolas en el error, para hacerlas servir á sus exclusivos intereses.

¿Qué tienen que ver los tiempos del torpe paganismo con los acontecimientos políticos de la Polonia?

Acaso el imperio despótico de Alejandro es obra de las tinieblas de la ignorancia?—Si tal cree, lance una oblicua mirada al trono imperial de la nacion que marcha á la vanguardia de la civilizacion y se convencerá de que la comparacion que establece es absurda en toda su manifestacion.

Los pueblos quieren todos trozar esas cadenas, La diplomacia solo contiene su poder!

¿La diplomacia contiene el poder de los pueblos? ¿Qué clase de poder puede ser entonces el de los pueblos?

¡Polonia! es un gran pueblo que su mision comprende Pues muere proclamando su santa libertad!

Es la libertad, acaso, la mision de los pueblos?

La libertad la acompañará y dignificará, porque ella es un preciso y precioso auxiliar, pero sin duda que no por eso la libertad es la mision de los pueblos.

Aqui termina el análisis.

Permitasenos ahora retrogradar nada menos que al titulo de la composicion y hacer notar lo absurdo de su espíritu en presencia de los triunfos de los polacos y cuando la nacion que yacia en agonía, recobra el aliento de vida y pelea por vindicar sus derechos sacrosantos.

Si, la Polonia se veia agonizante ó mas bien sin vida, cuando era oprimida bajo la sangrienta férula del Czar, y no deja de ser original que cuando dá señales de existencia y en una composicion patriótica, consagrada á admirar su heroismo, se le tilde de *nacion agonizante*.

Aqui concluye nuestra tarea y creemos habernos desempeñado, sino con ingenio, á lo menos con verdad.

ALCIMO.

### Un hombre de tomo lomo.

#### SONETO.

Quando su faz rolliza el sol asoma,  
Suele desperzarse mi gaznate  
Con un gran cangilon de chocolate,  
De esquisito sabor, de grato aroma.

Almuerzo, como y ceno; en esta broma  
Nunca el vino faltó en mi escaparate,  
Y ante un plato de magras con tomate  
No me cambio por César el Roma.

De amor, no he conocido yo mas llama  
Que aquella en que se coce lo que como;  
La que guise mejor, esa es mi dama.  
¿Trasnochar? No señor, ni por asomo,  
Doce horas duermo en mi mullida cama,  
Y estoy hecho un señor de tomo y lomo.